

The background of the book cover is a photograph of a person's back and shoulder, with a hand resting on the shoulder. The image is in a warm, brownish-orange color palette.

**MARIANO ROVATTI**

# **Fantasías inconfesables**

**Historias**  
**Cuentos eróticos y simbólicos**

**MARIANO ROVATTI**

# **Fantasías inconfesables**

**Historias  
Cuentos eróticos y simbólicos**

HECHO EL DEPOSITO DE LA LEY 11.723

DERECHOS RESERVADOS

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 26674649

**Advertencia:**

por su contenido, este libro es de lectura  
exclusiva para mayores de edad

Diseño de tapa: Mariano Rovatti

ISBN en trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados en favor de Mariano Rovatti

## Historias

## Corazón virtual

Lucrecia era una mujer muy delgada, de pelo largo y desprolijo. Piel pálida y ojos saltones. Trabajaba en una oficina del microcentro, de la que iba y venía a su departamento de Congreso.

Toda su vida transcurría entre el ajeteo laboral y la pesada soledad de su casa, sólo interrumpida por algún lánguido maullido de su gato Baltasar.

Jamás la habían escuchado hablar de marido, hijos o hermanos. Alguna vez contaba algo de *mi amiga*, sin precisar de quién hablaba.

Su rodaje por el mundo era escaso. Había lidiado sola con la enfermedad de sus ancianos padres, hasta que ambos fallecieron, no sin antes complicarle la vida hasta el hartazgo. Pero una pesada carga culpógena le impedía a Lucrecia desear que por fin partieran y la dejaran en paz.

Por insistencia de una de sus compañeras de trabajo, abrió de mala gana una cuenta en Facebook. Decía que le parecía banal estar sentada frente a la computadora hablando con *amigos* virtuales.

Empezó así, como todo vicio, con resistencia, hasta que en poco tiempo se transformó en una obsesión. Hablar frente a la computadora con amigos virtuales, pronto pasó a ser una actividad central en su vida. Sin darse cuenta, empezó a sentir en su propio cuerpo lo que le pasaba a sus *contactos*.

Claro que, al principio, no se entregaba tan dócil a una conversación con un varón. Veía a los hombres predisuestos únicamente a encuentros sexuales desafectivizados e inmediatos.

En medio de esa desconfianza, conoció virtualmente a César. Un cincuentón atractivo, inteligente, seductor. Era diferente a los otros. Muy fotogénico, en sus posteos revelaba una inteligencia y una agudeza muy por encima del promedio. Luego de una docena de *me gusta*, Lucrecia se animó a hacer un comentario elogioso de una de las intervenciones de César. El caballero le respondió galante y agradecido. Al poco tiempo, comenzaron a intercambiar mensajes privados a diario.

Cuando Lucrecia llegaba de trabajar todas las tardes, encendía ansiosa su PC, para encontrar en el chat a César, quien siempre estaba conectado. Sus charlas duraban cada vez más, superando la hora y media de conversación.

A ella le encantaba el estilo de él, pero le llamaba la atención que éste no demostrara intención de concretar un encuentro personal. La seducía, le decía frases con doble sentido y le enviaba fotos. Pero no avanzaba más allá, logrando tanta inquietud como atracción en el corazón de Lucrecia.

Una vez se animó a pedirle hablar a través de una *web cam*, a lo que César respondió afirmativamente, pero para el día siguiente. Así Lucrecia pudo ver y escuchar a César, quien lució tan seductor como en el chat y en las fotos.

Después de un tiempo, Lucrecia no aguantaba más que César no quisiera conocerla, y comenzó a imaginar cómo hacer para contactarlo personalmente. *Googleó* sus datos, pero no halló nada relevante. Ni siquiera sabía dónde vivía. No tenía forma de seguirlo por la calle, o caerle de sorpresa en el trabajo o en la casa.

En medio de esa tensión, Lucrecia se expuso como nunca antes.

- *César, te tengo que decir algo*
- *Sí, ¿qué es?*
- *Mirá, me parece muy raro ésto...*
- *¿Qué?*
- *Que tenemos tanta onda...digo...me parece a mí...me llama la atención que no quieras conocerme...*
- *Ya nos conocemos...nos llamamos todos los días, chateamos, hablamos por web cam...*
- *Sí, pero nos falta algo*
- *No sé*
- *Sí, digo..quiero verte alguna vez..*
- *Ajá*
- *Vos me interesás...*
- *Vos también*
- *Y bueno, entonces....*
- *Te propongo que empecemos declarándonos como una pareja virtual*
- *¿qué significa éso?*
- *Que nos amamos, nos conocemos, nos cuidamos...como cualquier pareja, pero a través de la red*
- *Pero yo quiero un beso...un abrazo...*
- *Todo éso ya va a llegar...primero lo primero*

- *Bueno, como vos digas...*
- *Gracias, mi amor*

A partir de esa tarde en que sellaron su amor virtual, hablaron más seguido y compartieron más momentos de *intimidad*. Hicieron planes, soñaron juntos, se juraron amor eterno...todo a través de la web.

Una tarde Lucrecia volvía de su trabajo con una compañera, hablando de César. Le contó que todo le resultaba extraño, pero que de todos modos, se sentía feliz. Ella le sugirió que lo apurara, que lo intimara a que si no se veían, se terminaría la relación.

- *No puedo...no soportaría perderlo...*
- *¿perderlo? ¿qué vas a perder...?*
- *Es mi pareja, no quiero volver a estar sola*
- *¡pero si estás más sola que nunca, mujer...!*
- *¡No señor! ¡vos lo decís de envidiosa! ¡vos sos la que está sola! ¡Yo tengo alguien con quien hablar, alguien que me espera, alguien con quien compartir mi vida...!*
- *¿qué compartís? Cada uno sentado en su casa frente a la PC! ¿qué clase de relación es ésta, Lucrecia? por favor...*
- *Andate, no quiero hablar más con vos...*

Lucrecia llegó llorando a su casa y prendió la PC. Vio conectado a César y le contó lo sucedido entre sollozos.

- *Calma, tranquila, le respondiste bien*
- *Es una hija de puta....pero tiene razón*
- *No tiene razón, no nos entiende*
- *Yo quiero que esto sea real*
- *¿Y no te parece real? ¿Acaso no estás llorando? Si no fuera real, no te interesaría*

La conversación por chat siguió, y cada una de las quejas de Lucrecia fue desarticulada por la lógica implacable de César.

Ella recordó que ni siquiera sabía la ciudad en la que vivía César. Una noche intentó saberlo.

- César, ¿dónde vivís?
- ¿Para qué lo querés saber?
- ¿y para qué me lo ocultás?
- Vivo en Argentina
- Ahh, menos mal, yo también
- Ya sabía
- ¿en qué ciudad?
- Buenos Aires
- Uff..bueno...vamos acercándonos...¿barrio?
- Balvanera
- Ah bueno.....resulta que somos vecinos...¿calle?
- .....
- ¿calle?
- .....
- César ¿en qué calle vivís?
- ERROR
- ¡César!
- SYSTEM AS FAILED
- César ¿qué pasa? ¿estás ahí?
- CURRENT ERROR. PLEASE TURN OFF YOUR COMPUTER AND BEGIN A NEW CONNECTION
- .....
- UNABLE

Lucrecia no entendía qué pasaba. Apagó y reencendió la computadora e intentó conectarse nuevamente, y las respuestas fueron más desconcertantes aún.

- César, estás ahí?
- I don't understand you. Can you speak in English?
- César, soy yo, Lucrecia...
- Lucrecia? Wow! Your name is not so frequent. I'm Christopher.
- César, ¿qué te pasa? ¿por qué no me querés hablar más?
- Answer me in English, please, Lucrecia

Lucrecia apagó la PC y se fue a la cama, pero no pudo dormir. Al día siguiente, lo fue a buscar a Gastón, el encargado de sistemas de la oficina y le contó lo sucedido.



- *me parece que sé lo que paso. Dejame ver tu PC y te digo*

Gastón fue a la casa de Lucrecia y encendió la computadora. Digitó unos códigos interminables y súbitamente se descargó en la pantalla una larga lista de frases. Eran todas las conversaciones entre Lucrecia y César.

- *¿lo conociste a César?*
- *Ehhh ...no, la verdad que no. Sólo lo ví por web cam*

El joven siguió tecleando y de golpe aparece una foto de César.

- *¡¡¡Ahí está!!!* gritó Lucrecia

Gastón sonrió con ternura, y la miró con un dejo de piedad.

- *Lucrecia, César...*
- *...sí...¿qué pasa con César?*
- *...César también es Christopher, o François, o Erik, o Jorgen...según el país en donde te encuentres*

Allí le mostró múltiples perfiles, todos con las mismas fotos.

- *Lamento comunicarte que César no existe. Es una creación virtual de mylove.com. Con ese perfil falso logran que millones de mujeres en el mundo se conecten y armen relaciones virtuales. Ellos venden la publicidad que está al lado..¿ vés? Y además arman bases de datos que también venden a empresas de publicidad on line. También crearon perfiles de mujeres para que se conecten hombres. Ellos ya tienen programadas más de cien mil frases para sostener conversaciones virtuales, como si fueran partidas de ajedrez on line. Incluso, también tienen previsto el envío de fotos y las comunicaciones por web cam, que las tienen pregrabadas. Normalmente, la farsa no se descubre ya que ninguna relación dura más de unas pocas semanas. Vos, ¿hace cuánto que chateabas con...César?*
- *Llevamos seis meses de noviazgo*
- *Bueno, lo lamento*
- *¿podés hacer algo?*
- *Perdón...¿algo como qué?*
- *Digo...que César vuelva*

- *Te dije que César no existe*
- *¡sí que existe! Existe en mi corazón, existe en mis pensamientos, existe en mi vida...Nunca había sentido algo así por alguien...Me peleé por él, lloré por él...Los sentimientos existen carajo, son verdad...*

Lucrecia despidió a Gastón, se sentó frente a la PC y llorando, buscó entre sus archivos, una foto de César. La imprimió y la puso en un portarretratos en el living.

Al día siguiente fue a trabajar, toda vestida de negro, con el pelo recogido y sin maquillaje.

## El personaje

Consuelo se había casado joven. O mejor dicho, la habían casado con Adolfo, un viudo adinerado de la misma edad que su padre. De ese matrimonio, nacieron dos hijos; el mayor varón, llamado como el padre.

Pese a los calcáreos parámetros sobre los roles del varón y la mujer que tenían Consuelo y su esposo, ella pudo concluir su carrera universitaria graduándose de contadora, aunque sin asomarse por el ejercicio profesional.

Una tarde de invierno, Adolfo hizo sus valijas y se fue. Encandilado con las piernas de su secretaria, no resistió sus presiones para que no tuviera una doble vida y optara. Adolfo optó y se fue. Manejó él mismo el divorcio y la división de bienes. Por algún ardid registral, logró que la sociedad conyugal a disolver no fuera tan voluminosa como ella esperaba. Consuelo tuvo que trabajar, y jamás pudo volver al tren de vida que llevaba antes.

La vida se le complicó a Consuelo. Los hijos aún estaban en edad escolar y tras dejar el caserón de San Isidro, se mudó a un departamento en Villa Urquiza, que no estaba mal, pero no era lo mismo.

El ajeteo del trabajo y los hijos dejaron a Consuelo fuera del circuito sentimental, pese a ser aún una dama joven y bella. Con la separación, Consuelo *aseñoró* su imagen. Se cortó el pelo, pareciéndose más a su madre, y se alejó de toda posibilidad de formar una pareja.

Ante la insistencia de sus amigas, y a medida que sus hijos crecían, Consuelo aceptó el consejo de empezar a frecuentar ámbitos en donde conocer caballeros, pero los desestimaba sistemáticamente. Entre los motivos invocados, se destacaba uno muy curioso: la edad. Pero no por viejos, sino porque todos le parecían muy jóvenes.

Concientemente o no, Consuelo mantenía un paradigma de hombre que coincidía con el perfil de Adolfo. Mucho mayor que ella, y con un patrimonio interesante. Dos características que le ofrecían cierta seguridad.

En algún momento, conoció a Félix. A pesar de su nombre, heredado de algún antepasado, era un hombre de la misma edad que Consuelo. Ambos recién entraban en la cuarta década. Pintón y deportista, aficionado a la salsa y la bachata, que bailaba con tanta destreza como seducción.

Era empleado de un banco. No tenía auto y su departamento había quedado para su ex mujer, condenándolo a la categoría de inquilino *per saecula seculorum*. Vivía en un monoambiente de Almagro, al que llevaba fin de semana por medio a su hija de diez años.

Félix no tenía chance alguna con Consuelo. A pesar de que él le parecía físicamente atractivo y tener más que interesantes conversaciones hasta la madrugada.

Al muchacho no le ocurría lo mismo. Apenas la conoció intentó seducirla. Consuelo tuvo una actitud ambivalente. Parecía que sí...pero no. Tras un tiempo, Félix desistió y enderezó su proa hacia otras posibilidades, más allá de que siguieron viéndose, dentro de los límites de la amistad angelical.

Consuelo quería volver a estar entre gente importante. Ya sea para vincularse afectivamente o para hacer nuevos clientes. En una oportunidad, le hicieron llegar una invitación para una boda muy especial. De esas que son cubiertas por las revistas *Caras y Hola*, con la ceremonia religiosa en la Catedral de San Isidro, y la fiesta a todo trapo en Pilar. Los contrayentes eran dos jóvenes de apellidos patricios, cuyas familias eran productores agropecuarios, criadoras de caballos de polo y destacadas activistas de una entidad católica preconiliar. Defensores de un modelo de familia decimonónico, en el que la madre sólo paría y criaba una multitud de hijos.

Consuelo vio en esa boda la posibilidad de reingresar a un mundo que sentía como propio. Cuando vio el sobre con la participación, éste decía *Consuelo Roldán y esposo*. Por alguna razón —un olvido, una confusión- los novios creyeron que Consuelo aún estaba casada. No se la imaginaban divorciada, porque esa condición era propia de las mujerzuelas.

Consuelo quería ir a esa boda sí o sí, pero se dio cuenta que no podía ir sola. Necesitaba un marido. Recordó que a esa familia que la invitaba nunca le había presentado a Adolfo, y menos aún les había contado que éste la había abandonado.

Su cabeza no paraba de pensar alternativas, hasta que se decidió: ¡Félix...! Era más que presentable, encima la haría quedar bien. Esta era una ocasión para clientes y para volver a pertenecer...no necesariamente para conocer un hombre. Todos irían con sus esposas y sus largas filas de hijos.

Lo llamó para tomar un café en el centro. Se encontraron y Consuelo fue al grano:

- *Necesito que me hagas un favor...bah...no es un favor es un trabajo...y te quiero pagar por ello...*

Consuelo no quería el *no* ni el *dejame que lo piense* como respuesta, y se apresuró a ofrecerle una paga. Mala negociadora es la ansiedad.

- *...necesito que por un día... o una noche en realidad....seas....bueno no...que crean que sos ....mi marido*
- *¿qué? ¿tu marido...? ¿te volviste loca...? ¿para qué querés eso...?*
- *Es muy largo de explicar...yo te doy como un libreto...vamos en mi auto sabés....decimos que el tuyo se rompió y vamos en el mío...como auto de mujer pasa...lo dejamos más lejos para que no lo vean...*
- *¿Vos querés que yo mienta? ¿Qué haga un personaje...?*
- *Ehhh sí, algo así....por favor...decime que sí...*

Consuelo al borde del llanto imploraba tomando las manos de Félix, quien a medida que ella hablaba, fue cambiando de emoción. La perplejidad y el enojo iniciales fueron tornándose en lucidez y pragmatismo.

- *Está bien, pero tenemos que hablar del precio...*
- *Siiiiii...¡gracias! yo sabía que no me ibas a fallar...yo había pensado en pagarte algo así como...*
- *No quiero plata*
- *...ah...y ...¿entonces?*

Consuelo soltó las manos de Félix y se sentó con la espalda totalmente apoyada en el respaldo de la silla. Lo miró fijo, seria, con la boca entreabierta. Empezó a caer.

- *Quiero que esa noche, después de la fiesta, vengas a mi casa y pasamos la noche juntos, sin restricciones. A la mañana, desayunamos, te vas y seguimos siendo amigos.*
- *.....*
- *Che, no te estoy pidiendo nada raro...¿tan desagradable soy? Ja ja ...te reitero, seguimos siendo amigos después, vos lográs tu objetivo y yo el mío*
- *Está bien*

Los días previos a la boda hablaron fríamente para coordinar detalles.

Finalmente, llegó el día de la puesta en escena. Ambos lucían elegantísimos. Consuelo llevó sus alianzas, que guardaba en el cajón de la mesa de luz y se las pusieron en sus respectivos dedos anulares izquierdos. Las mujeres están en los detalles. Llegaron a la iglesia con anticipación. Al bajar del auto, él tomó la mano de ella.

- *¿qué hacés, boludo?*
- *Somos una pareja, no? Si te retobás, se van a avivar*
- *Bueno, está bien*
- *Después en la iglesia te voy a dar algún piquito y en la fiesta te chapo....*
- *Hijo de puta...*
- *No. Esto hay que hacerlo bien. Si no, se van a dar cuenta...*

La boda fue un éxito de concurrencia tanto en la iglesia como en la fiesta. Consuelo se hizo notar y repartió tarjetas por doquier. Rieron, bailaron, se besaron...durante el transcurrir del evento, Consuelo se fue relajando.

En algún momento, los invitados comenzaron a marcharse. Luego del carnaval carioca, como suele ocurrir en esta clase de acontecimientos –calcados uno al otro- las luces se encendieron con todo su fulgor, la música se llamó a silencio y los mozos vaciaron las mesas.

Consuelo y Félix se despidieron de los flamantes esposos, y se fueron para el auto. Caminaron en silencio, y permanecieron así dentro del auto mientras viajaban por la Panamericana.

Al llegar a Gral. Paz, sin convicción, Consuelo le pregunta a Félix:

- *Ehh estamos yendo para tu casa, no?*
- *Era lo acordado*
- *Sí, no, está bien...digo...capaz que estás cansado, no sé...*
- *Estoy bárbaro*
- *¿No tenés sueño?*
- *No*
- *Bueno, ok, vamos...*

Llegaron al departamento de Félix, que Consuelo conocía, pero en otro rol. El le ofreció una ducha, que ella aceptó más que nada, porque le servía para dilatar el momento del...pago. Cuando salió del baño, envuelta en un toallón naranja, él le dijo *esperame en la cama* como única indicación.

Al llegar él al lecho, ella le pidió que apagara la luz. Félix aceptó. Notó a Consuelo tensa, pero al entrar a la cama, se dio cuenta que ya estaba desnuda. Le acarició todo el cuerpo, que estaba rígido e inmóvil. De repente, Consuelo dejó escapar un leve gemido. Félix la empezó a besar suavemente, y la respiración de la dama se alteró. Tras unos minutos de tanteos, soltaron sus deseos y se entregaron el uno al otro.

Las luces del día invadieron horas después la habitación. Ambos estaban dormidos, abrazados y con una mueca sonriente apenas dibujada. Abrieron un ojo cada uno casi simultáneamente y comenzaron a besarse nuevamente. Así siguieron hasta el mediodía. Les costó despedirse.

Pasaron los días y no se llamaron. Algo había sucedido entre ambos. Cumplieron su acuerdo al pie de la letra, salvo en un punto. Sentían que ya no podían seguir considerándose amigos.

Consuelo recibió llamados de varios invitados a la fiesta, para que trabajara para ellos. Sintió satisfacción por éso, pero *el* llamado que estaba esperando no se producía. *Y... este fin de semana está con la nena...si me llama será para el otro finde...no...soy una boluda...qué me va a llamar, ya está ya me garchó..y listo...y yo me metí de vuelta en ese mundo...así que bien...lo hice...salió fenómeno, soy una campeona...a otra cosa...*

Pero ese discurrir no le alcanzaba a Consuelo de ídem. Ella seguía esperando ese llamado.

Cuando empezaba a ganarla la resignación, el jueves de la semana siguiente, recibió un mensaje de whatsapp:

*Hola cómo estás? Tengo un trabajo para vos...me invitaron a un evento de salsa, y la invitación decía "Félix Saldivia y Sra" venís??*

## Signora Milva

Augusto era un encumbrado hombre de negocios y ya peinaba canas cuando conoció a Milva. Había llegado a Roma de la mano de un diplomático argentino con sólidos contactos en el Vaticano.

Con Lucia casi ya no tenían vida de marido y mujer. Los viajes, los negocios, las amantes fugaces y la ausencia de hijos en común habían distanciado definitivamente a la pareja, después de casi treinta años de convivencia.

Una tarde fue a tomar un café a Piazza Navona, a la espera de una cita con el Cardenal Benedetto Rossini, uno de los pesos pesados del ISOR, el banco del Vaticano. Augusto venía de capear la crisis del 2001/2002 con la inestimable ayuda de la devaluación asimétrica, y quería relanzar la empresa haciendo negocios en Europa. La misma abarcaba numerosos rubros de la producción de bienes y servicios: construcción, telecomunicaciones, hidrocarburos y derivados, y hasta lotería y casinos. Corría el verano del 2003.

Se sentó en una mesa de la vereda, y desplegó *La Repubblica*. Mientras tenía clavada la vista en la página de economía, una dulce voz interrumpe su lectura:

- *Buon giorno, signore, che gli piace l'ordine?*

Alzo la vista y quedo deslumbrado por la belleza y la seducción de la camarera. Una morocha de labios gruesos, ojazos negros, mirada desafiante y porte imponente esperaba su respuesta.

Tardo en responder, luego de tartamudear, pidió tímidamente un *ristretto*, y no dejó de mirarla -o contemplarla- hasta que un llamado telefónico le confirmó la cita que estaba esperando.

A la mañana siguiente volvió buscando ser atendido por la misma camarera. Cuando ésta llegó, intentó hablarle

- *Ciao, come stai?*

- *Bene, e voi? che io porti da bere?*

- *Un ristretto e una mezza luna. Sapere dove posso cena è stasera? Vengo dall'Argentina e andare con un cardinale.*



- *Argentina? Vorrei andare ... Ho una zia e cugini che vivono lì, a Mar del Plata e Rosario, ma non mi ha mai raggiunto per la tariffa. Se anche imparato a ballare il tango ...*

Augusto saco una tarjeta y se la dio.

- *quando si desidera viaggiare per visitare i parenti in Argentina, mandami una mail e ti do il biglietto. Prometto,* dijo levantando levemente su mano derecha, en señal de compromiso.

Ella sonrió incrédula, pero rápidamente captó el mensaje de Augusto, y le siguió el juego.

Al despedirse, recién dieron a conocer sus nombres.

Augusto fue al mismo café todas las mañanas, y mantuvo animadas charlas con Milva, aumentando el trato de confianza entre ambos.

La última de esas ocasiones fue la que precipitó los hechos

- *Hola Augusto como estás?* Le dijo en un inusual castellano.
- *Bien Milva, mañana viajo a Buenos Aires*
- *Dentro de una semana tomo vacaciones. ¿Sigue en pie tu ofrecimiento?*

Augusto la miró con una sonrisa que bañaba de luz su cara.

- *Hoy mismo te saco el pasaje.*

Así lo hizo y se lo entregó en mano a las dos horas.

Se volvieron a ver en el aeropuerto de Ezeiza, diez días después. Milva viajaría inmediatamente a Mar del Plata y Rosario a ver a sus parientes y así justificar el viaje. Luego se quedaría veinte días libre en Buenos Aires.

Cuando le preguntó tímidamente a Augusto sobre algún hotel económico, el le respondió *de ninguna manera, te alquilo un departamento en el Centro* y así fue.

Esperó impaciente que Milva volviera a Buenos Aires, y apenas ello ocurrió, se deshizo en agasajos e invitaciones desde el primer día. Tras un par de salidas, se besaron y hicieron el amor en el departamento de ella.

Augusto aún estaba casado con Lucia, y aunque casi no hacían vida marital, mantenían ciertas apariencias que cayeron brutalmente con la presencia de Milva en Buenos Aires. El empresario ya no volvía a su casa ni a dormir, y ello precipitó conflictos en su matrimonio que hasta entonces se hallaban tapados.

Augusto estaba exultante. Tenía casi cincuenta y cinco años, y su amante italiana, veintidós años menos. Se sentía poderoso, y lleno de vitalidad. Además, disfrutaba de un excelente momento económico, con su empresa recuperándose rápidamente de la *depre* generada en medio de la eclosión 2001/2002.

Cuando faltaban apenas dos días para que Milva volviera a Roma, sintió una gran ansiedad, y la necesidad de sacar un conejo de la galera para retenerla. En verdad, él había abierto su vida a Milva, quien ya sabía perfectamente quién era Augusto, y sobre todo, cuánto tenía. Pero Augusto ignoraba todo acerca de la vida de Milva.

La bella moza debía su nombre a la gran cantante italiana surgida en los años sesenta, perteneciente a una generación pródiga en figuras internacionales como Ornella Vanoni, Gigliola Cinquetti, Mina e Iva Zanicchi. Aquella Milva era una pelirroja histriónica, con una voz grave y vibrante, y una personalidad sensual y arrolladora. Cuando pronunciaba las erres, producía un temblor bajo los pies. Tras venir varias veces a la Argentina, cantó tangos junto a Astor Piazzolla, en los años ochenta.

Pero esta Milva era morocha, soltera, vivía con su hermana alcohólica, y su madre anciana y ciega en las afueras de Roma. Tenía un novio que estaba desocupado, y sólo sabía tocar la guitarra y pasar la gorra por las cantinas romanas. Milva era el sostén de todos ellos con sus dos trabajos de mesera, ya que además del café de Piazza Navona, atendía los fines de semana en un pub por las noches.

Había vivido un gran amor de muy joven, del cual quedó embarazada, cuando aún no había terminado la escuela secundaria. Sin comprender lo que hacía y por presión familiar, abortó al bebé y cortó la relación con el muchacho, algo mayor que ella. Luego, le costó vincularse con los hombres. Su padre había sido un jugador compulsivo con habituales episodios violentos en la casa, hasta que murió en un confuso hecho callejero. Milva tenía un recuerdo difuso suyo, e incluso dudaba sobre un posible abuso cometido por él cuando Milva era niña.

El poder económico y las galanterías de Augusto impactaron a Milva desde el primer momento. Rápidamente, comprendió que tenía en su mano la voluntad

del veterano empresario.

En esos días en Buenos Aires, Milva decidió tomar clases de tango en secreto, sin que se enterara Augusto. Algo sabía ya, pero quería aprovechar su estadía en la Meca del 2x4 para perfeccionar su estilo, y conocer varones criollos, recios y viriles como los personajes de esos mismos tangos que ella estaba aprendiendo a bailar. Con uno de ellos, Román, un profesor que ensañaba en La Ideal los mediodías, tuvo un fugaz romance, simultáneo a su relación con Augusto.

Este se hallaba en medio de esa ansiedad previa a la partida de Milva, y decide jugar su última carta.

- *Milva, yo se que te parecerá alocado ésto que voy a proponerte, pero el pecho me está por explotar...*

La italiana ya se la veía venir, pero puso cara de intriga

- *Che cosa farà esplodere il cuore?*
- *Te propongo que no te vuelvas a Italia, y que nos casemos en cuanto yo pueda divorciarme de Lucia*

Milva simuló asombro y excitación por la idea, pero masculló algunos argumentos en contra...

- *Cosa farò ora con mia mamma e mia sorella ... hanno bisogno di me ... non lo so, voglio, ma non posso...*
- *No sé, Milva, a tu mamá y a tu hermana las traemos acá, con nosotros, vemos....*

Finalmente, acordaron que Milva volvería a Italia, tal como estaba previsto, y que mientras ella ordenaba todos los asuntos familiares y laborales, Augusto debía avanzar en su divorcio. Recién cuando éste estuviera firme, Milva haría las valijas para Buenos Aires.

En realidad a Milva no le interesaba en lo más mínimo la situación de su familia, a la que detestaba y consideraba una carga. Veía en esta propuesta la posibilidad concreta de deshacerse para siempre de ellos. Pero los usó como excusa para negociar las mejores condiciones con Augusto, y no quedar sometida a su voluntad. De paso tendría siempre la posibilidad de facturarle que por él dejó a su familia.

Augusto era de esos hombres que resolvían todo con la billetera, quitándole cualquier poder de decisión a sus parejas. Así fue su matrimonio y así fue su divorcio. En poco tiempo, se sacó de encima a Lucia con una oferta imposible de rechazar que incluía el departamento de Recoleta donde ambos vivían y una jugosa suma de dinero a su nombre.

Con dólares que tenía en una cuenta anónima en Suiza, Augusto compró una casa en un country de Escobar, y le comunicó a Milva su nuevo estado.

- *Caro Augusto, purtroppo, mia mamma e mia sorella non vuole viaggiare in Argentina, ma lo farò, perché ti amo, e non posso vivere senza di te*

La respuesta sonó como bella melodía para los oídos de Augusto, que le prometió a Milva que todos los años dispondría de lo necesario para viajar a Roma una o dos veces por año.

El casamiento fue un gran acontecimiento social, que tuvo repercusión mediática, ya que fue cubierto por las revistas *Caras y Hola*. La pareja fue de luna de miel a una isla del Pacífico Sur y a la vuelta se radicó en el country.

Augusto siguió manejando sus negocios como siempre, levantándose muy temprano y yéndose a trabajar a las ocho de la mañana, volviendo nunca antes de las veintiuna horas. Nunca hablaron sobre qué quería hacer cada uno de sus vidas. Augusto sobreentendía que Milva sería una sumisa ama de casa, satisfecha de ser mantenida por su marido poderoso y de no tener que trabajar nunca más. Tras una breve etapa de disfrutar el *dolce far niente*, Milva empezó a sentir un vacío en su vida.

Tras las primeras conversaciones con su marido se dio cuenta que no tenía opciones, pero al menos logró que Augusto le dejara las manos libres en la organización de la casa.

Pero, al poco tiempo, Augusto avanzó en sus planes, y le planteó a Milva su deseo de ser padre. La italiana ya estaba preparada para ello, y aceptó. Los espermatozoides de Augusto carecían de la fuerza necesaria para concebir, por lo que tras un tratamiento de fertilización asistida, Milva quedó embarazada de mellizos.

Durante el embarazo, Milva se portó bien. Se cuidó, no hizo grandes esfuerzos, y sus tareas se limitaron a organizar al personal de la casa. Curiosamente, dispuso que el horario de trabajo del mismo fuese exclusivamente por la mañana.

Argumentaba que por la tarde necesitaba dormir la siesta y que quería evitar ser molestada.

Nacieron los niños, y Augusto vivió su mejor momento, con éxito económico, una mujer joven y bella a su lado y dos hijos que lo hacían sentir más joven que nunca. Obviamente, era Milva la que tenía que ocuparse de ellos de la mañana hasta la noche.

Pese a que Milva sentía que su vida se había encadenado a la voluntad de Augusto, la maternidad la llenaba, y pronto sabía que iría recuperando su libertad de movimientos. Mientras, se hizo regalar un automóvil por parte de Augusto, con la excusa de que así podría manejarse mejor con los niños.

A partir del ingreso de ellos al jardín maternal, Milva comenzó a disponer más de su tiempo. Al principio, para descansar. Luego, empezó a vincularse sexualmente con cuanto jardinero, electricista o limpiador de piscinas le pareciera interesante. Ella sabía que era irresistible, y que gozaba de impunidad total por las tardes.

Pero mientras el tiempo pasaba, Augusto envejecía, los problemas de la empresa lo estresaban cada vez más, los niños crecían y ya concurrían a una escolaridad de tiempo completo. Milva pasaba a tener aún más tiempo libre, pero se dio cuenta que podía aprovecharlo mejor.

Sin decirle nada a Augusto, se inscribió en la Universidad de Buenos Aires, en la carrera de Administración. Allí concurriría a cursar materias durante la mañana, siempre después de que los niños marchasen a la escuela, mientras Augusto trabajaba. Con mucha dedicación, estudió y rindió materia por materia hasta graduarse años después.

Mientras estudiaba, Milva conoció numerosos muchachos más jóvenes que ella con los que se acostó sin compromiso afectivo alguno. Todo se hacía prolijamente antes de las diecisiete horas, cuando los niños eran dejados en la casa por el micro escolar.

Poco tiempo después de graduarse Milva, se produjo un hecho que volvió a transformar su vida. Augusto estaba preocupado porque se habían ventilado a través de los medios periodísticos algunos episodios de corrupción de funcionarios del gobierno, en los que quedaba involucrada su empresa.

Pese a ser un gran emprendedor, Augusto siempre se apoyó en el poder de turno para hacer crecer más rápido sus negocios. Su padre -Don Ricardo- había creado la compañía en los tiempos de Juan Carlos Onganía, cuando el Ministro de

Economía era su amigo Adalbert Krieger Vasena. Luego se vinculó con la Confederación General Económica (CGE) cuyo titular, José Ber Gelbard, fue Ministro de Economía de los Presidentes Héctor J. Cámpora y Juan D. Perón. Augusto heredó de don Ricardo la empresa, su capacidad emprendedora y su facilidad para vincularse con el poder político.

De todos modos, Augusto llevó esta característica hasta las últimas consecuencias. Don Ricardo falleció pocos meses después del golpe de 1976, y su empresa vio afectadas sus posibilidades por su cercanía con el gobierno depuesto. Augusto no dudó en entregar a los delegados más combativos de la empresa para que se los *chuparan*, con tal de lavar el perfil de la compañía ante el gobierno militar, y seguir cerca del poder.

Rápidamente, la empresa fue una de los principales exponentes de la *patria contratista* y ganó posiciones en el mercado. Entró en problemas en 1980, pero la devaluación de 1981 dispuesta por Lorenzo Sigaut, y la licuación de pasivos del año siguiente implementada por Domingo Cavallo, le devolvieron el oxígeno.

Durante el gobierno de Raúl Alfonsín, no tuvo mayores problemas más que la acelerada inflación, y en los noventa dio otro gran salto. Tras la devaluación del 2002, y una vez iniciado el periodo kirchnerista, supo llegar al núcleo del poder pingüino y se cansó de hacer plata.

Pero siempre había mantenido un perfil bajo, lo que le dio cierta impunidad. Su casamiento con Milva significó su ingreso al mundo de las *celebrities*, y con ello aumentó su exposición pública. Ver su nombre cuestionado y datos de su vida privada al alcance de todos le generó una crisis emocional difícil de sobrellevar.

Además, comenzó a desconfiar de colaboradores que habían estado con él durante años. Sabía que uno de sus gerentes había filtrado datos -quizás a cambio de dinero- a los medios, que se estaban haciendo un festín.

Moviendo influencias políticas, finalmente logró que la atención judicial se desviara hacia otros asuntos, y los medios fueron dejando de informar, ya que no se producían novedades. Pero ya había sido detectada Milva por las revistas del corazón, y a la morocha italiana no le disgustaba en absoluto que le hicieran notas, pese a la oposición de su marido.

Fruto de la desconfianza, Augusto empezó a retirar documentación de la empresa y a llevársela a la casa, la que fue examinada sigilosamente por Milva, quien así iba accediendo a información que su marido le negaba hasta entonces.

Una tarde, mientras Milva se hallaba en un albergue transitorio de Núñez, con su profesor de tenis del country, Augusto tuvo una fuerte descompensación que motivó su traslado de urgencia a un importante sanatorio ubicado casualmente, a pocas cuadras de donde circunstancialmente se hallaba su esposa, quien al enterarse salió presurosa al nosocomio.

Cuando llegó, Augusto ya estaba muerto.

El hecho fue un gran impacto para todos los miembros de la empresa, en especial para los gerentes, que no daban un paso por pequeño que fuese si no estaba aprobado por su jefe. La muerte de éste generaba angustia e incertidumbre para ellos, porque ignoraban que pasaría de ahora en más. ¿Quién se haría cargo de la empresa a partir de ese momento? ¿Qué rumbo le daría a la gestión? ¿Sería esa compañía un barco sin timón? ¿Sería vendida a capitales extranjeros? ¿Serían sustituidos sus gerentes?

Mientras aún se llevaban a cabo las exequias de Augusto, los gerentes murmuraban esas mismas preguntas entre sí, dando apenas algunos esbozos de respuestas: *...pobre mina, no sabe donde esta parada,...ésta lo único que hizo hasta ahora fue tomar sol, ¿qué sabe de la empresa?... ella se va a apoyar en Rinaldi, que es al único que conoce, por éso hay que estar bien con él...*

Hugo Rinaldi era el Gerente General, el hombre de máxima confianza de Augusto, hasta el momento en que se le clavó la espina de la sospecha. Ya era un veterano muy pillo, y durante el entierro, se puso al lado de Milva todo el tiempo, mostrándose como el hombre más cercano al difunto, en quien su familia podría confiar. Se sentía seguro en su silla, y daba una imagen que con él al frente, nada cambiaría en la empresa y habría paz para todos. No tenía idea de lo que se venía.

Una semana después, Milva se presentó en las oficinas de la empresa sin previo aviso. Aún vestida de riguroso luto, su presencia era impecable, y por qué no, radiante. Llevaba consigo una tablet, varias carpetas y un rollo de cartulina.

Saludó cálidamente a la recepcionista y pidió hablar con Rinaldi, quien la recibió de inmediato, dándole muestras de afecto. Ya en la oficina de éste, le pidió, con la voz trémula y mirada tristonía, si le podía armar una reunión con la plana mayor de la empresa.

- *Por supuesto señora, ¿para qué día quiere la reunión?*
- *para dentro de media hora, ¿puede ser, Rinaldi?*

El ejecutivo carraspeó, y le dijo *como usted lo prefiera, señora Milva*.

Ella sonrió y se fue a saludar a los empleados y obreros del establecimiento, uno por uno, agradeciendo las muestras de pesar por la muerte de su marido.

Llegó a la sala cuando ya todos los gerentes se hallaban sentados. Se respiraba un estado de ansiedad en todos ellos, que Rinaldi pretendía calmar con frases como *tranquilos, muchachos, esta todo bajo control...*

Amablemente, rechazó sentarse en la cabecera, al lado de Rinaldi, y prefirió hablar de pie. Lo hizo con voz grave y colocada, mirando a los ojos de cada uno de sus interlocutores, mostrando una imagen que a todos les resultó desconocida y sorprendente.

*Caballeros, buenos días, disculpen si he sido inoportuna con esta visita no anunciada. Les agradezco el haberme acompañado en un momento tan penoso. Valoro mucho su actitud tan humana. Para Augusto, esta empresa era también su familia, y todos ustedes se han comportado como dignos miembros de ella.*

*Pero la vida sigue, estimados...Llorar a los muertos sin fin es un ejercicio que nos lleva a un camino sin salida, y nosotros tenemos responsabilidades muy altas con nosotros mismos, nuestras familias y nuestro país. Porque Argentina es ya mi país, señores, si hasta aprendí a bailar tango...! A Augusto no le gustaba que yo bailara tango..pobre...*

*Por razones que no viene al caso analizar ahora, mi marido me mantuvo siempre al margen de todo lo que tenía que ver con la empresa. Pero yo sabía que algún día ésto podía pasar...Augusto era mucho mayor que yo, y era lógico que partiera antes. Nuestros hijos aún son muy pequeños para hacerse cargo, así que la primera cuestión que quiero comunicarles es que seré yo quien se haga cargo de la conducción de esta compañía.*

El clima ya era de una tensión muy grande, con todos los gerentes mirándose todo el tiempo unos a otros. Rinaldi estaba perplejo y tragaba saliva permanentemente. En este momento Milva saca el rollo de cartulina, lo abre y expone al auditorio.

*Durante estos años estudié Administración en la UBA, y me gradué de licenciada, hace seis meses. Acá esta la prueba, éste es mi diploma, ja ja...mi difunto marido jamás se enteró de esta travesura de su esposa.*

*Quizas, para ustedes no signifique mucho que yo sea una profesional, porque al*



*fin y al cabo, no estuve nunca en la empresa. Quiero decirles, ay...perdón querido Augusto....que mi difunto marido venia llevando abundante documentación a nuestro hogar, porque sospechaba -y les aseguro que con mucha razón- de la lealtad de no pocos de ustedes. Obviamente, que toda esa información la obtuve a escondidas, leyendo esas carpetas en los largos momentos del día en que me hallaba sola. Pero no conforme con ello, contraté por mi cuenta a un detective privado que logró meterse en la vida de la empresa sin ser advertido por ustedes, quien me siguió aportando datos valiosos. Pero no contenta con todo ello, logré contactarme con ese periodista de La Nación que ustedes tanto detestan, porque sabe muchas cosas, y lo convencí -no me pregunten cómo- de que me pasara toda la información a mí, en vez de publicarla.*

A esta altura de la alocución, las caras de los gerentes eran de terror, con gruesas gotas de sudor deslizándose por sus frentes.

*Caballeros, ustedes saben muy poco de mi, y en cambio, yo sé mucho de ustedes. Por éso es que les voy a dar un tiempo para que se adapten a mi presencia. La segunda decisión que quiero comunicarles, es que todos están confirmados en sus puestos, inclusive usted, Rinaldi: sigue siendo el vice-presidente. La presidencia la asumiré yo, una vez que termine la sucesión de mi marido.*

*De nada serviría que ahora inicie una caza de brujas, para ver quién fue leal y quien un traidor a mi marido....además, honestamente, no me siento con la debida autoridad moral para llevar a cabo una iniciativa semejante. Señores, los convoco a mirar hacia adelante, y trabajar juntos detrás de objetivos comunes. Lo que pasó, pasó. Si alguno esta nostálgico, y añora el pasado, le comunico que acá estamos para otra cosa. Puede pasar por la oficina de Recursos Humanos que se le hará la liquidación correspondiente. Seguramente, organizaremos una cena para despedirlo con afecto, y le entregaremos una medalla.....*

*Pero al resto, le digo que me apoyaré en quienes me demuestren -no conmigo sino con los objetivos y con el método propuesto- la máxima lealtad posible. Serán mis predilectos aquéllos que asuman con mayor capacidad técnica y emocional los nuevos desafíos que hoy tiene esta empresa, y que mi marido supo ver, pero aún no había empezado a tratar concretamente.*

*Esta compañía tiene muy buenas relaciones con el poder político, sea quien sea el que esta sentado en el sillón. Les pido que sepamos cuidarlas, pero también que éso solo no alcanza, y que tenemos que desarrollarnos más como una empresa competitiva a nivel mundial.*

*Sepan que el mundo hoy es un solo mercado, es más exigente que antes, pero*

*también es un ancho mar de posibilidades. Vamos a tener que aprender juntos a saber aprovecharlas. No tengo la experiencia de ustedes, es cierto, pero esa experiencia, caballeros, ustedes la forjaron en un mundo que ya no existe.*

*Les agradezco su presencia. ¿Alguna duda? A partir de hoy, nos veremos todos los días. Gracias.*

Volvió a sonreír, saludó con un beso a cada uno y se fue.

Todos quedaron helados, sin animarse a hablar entre ellos de lo que sentían.

Días después, Milva viajó a Roma. Gracias a una gestión del obispo norteamericano Stanley Griffith -discípulo del viejo cardenal Rossini- tenía una cita personal con el Papa Francisco.

## Venganza letrada

Enrique Roccatagliata era un abogado casi sesentón, verborrágico, seductor, gastador compulsivo. Su especialidad era el Derecho Penal, en el que se desempeñaba con brillantez, con clientes ricos y famosos, muchos de ellos, del ámbito de la política. Había cobrado cierta notoriedad en algunos casos que se hicieron mediáticos.

Lideraba un estudio integrado por varios colegas, que cubrían todas las ramas de la profesión. Su socia era María Luisa Villagra, una laboralista que había sido su esposa durante treinta años. Con ella tuvo tres hijos varones: Enrique hijo, Luciano y Rafael. De ellos, sólo el primero era abogado y trabajaba con el padre. El del medio se había ido a Brasil por negocios, y el tercero era un estudiante crónico de abogacía, pero la detestaba, prefiriendo las artesanías y la vida hippie.

La separación del matrimonio se había producido por una de las tantas infidelidades de Enrique, esta vez con la esposa de uno de sus clientes. El tipo estaba preso en Marcos Paz, y Enrique empezó una relación con Virginia, razón por la cual empezó a tirar para atrás sus intentos de acortamiento de pena. Cuando al fin salió, le dijeron la verdad, y ello determinó que una noche, Enrique recibiera una feroz paliza de cuatro matones en la calle, a metros de su estudio. El profesional respondió del mismo modo enviando igual número de miembros de la policía bonaerense, lo que determinó el cese de las hostilidades entre ambos. Enrique perdió a su cliente, pero se quedó con Virginia.

El Dr. Roccatagliata podía recurrir a los policías por su amistad con el comisario Juan Carlos Capelli, quien había sido su socio en los tiempos en que Enrique fue juez, antes de la llegada de la democracia. Desde sus inicios en el escalafón policial, Capelli se había especializado en delitos como robo de autos, proxenetismo, juego clandestino y narcotráfico. Tanto logró saber de ellos, que terminó formando parte de las organizaciones que lo manejaban en la zona sur del gran Buenos Aires.

El hijo de Capelli era también muy amigo y socio de Enrique hijo, quien en poco tiempo había logrado convertir al estudio en una virtual sucursal paralela del Registro de la Propiedad Automotor. Con cobertura policial, Federico Capelli robaba los autos que Enrique hijo blanqueaba creándole una documentación falsa, pero aparentemente real.

Otro abogado del estudio era el exótico Salim Sfeir, quien además de especializarse en concursos y quiebras comerciales, practicaba la astrología, la

numerología y el tarot. Era consultado por Enrique antes de hacer cualquier presentación importante, para ver si la misma estaba bien aspectada por los astros y los números. Todas las noches, luego de las veinte horas, cambiaba la rígida vestimenta occidental de abogado por otra que invocaba al Medio Oriente de sus ancestros para recibir a sus *otros* clientes.

El último en sumarse fue Marcelo Melián, quien se ocupaba de los asuntos civiles, tanto patrimoniales como de familia. Era el que tenía las causas menos relevantes del estudio en términos económicos, pero estaba para que ningún cliente gordo se les escapara si tenía que divorciarse o afrontar una ejecución de expensas. Su despacho era el más pequeño, y el más alejado de la puerta de entrada.

El estudio funcionaba muy bien, basado en la constante generación de casos que impulsaba Enrique desde el ámbito penal. Pero hubo un momento en que esa prosperidad comenzó a detenerse.

Años atrás, un acto terrorista había conmovido al país y al mundo. La sede de la Sociedad Israelita de Beneficencia (SIB) había sido volada por un coche bomba, dejando un saldo de ochenta y seis muertos y trescientos heridos. De la investigación judicial, cobró fuerza la hipótesis de que el atentado había sido planificado por el gobierno de Persia, en manos de una facción fundamentalista musulmana desde fines de los años setenta

Ahora, para operar en el país, los persas habían contactado a través de operadores allegados a la embajada en Buenos Aires, a Capelli, quien fue quien organizó el atentado en el más estricto de los secretos, cobrando una suma millonaria en dólares por anticipado.

La célula que armó el comisario no excedía las ocho personas, incluyendo al conductor suicida que manejó el vehículo que sirvió de bomba. La mayoría eran integrantes de la Policía Bonaerense y reconocían en Capelli a su jefe.

Tiempo después, la investigación judicial llegó hasta Capelli y su grupo, a quienes citó y procesó, quitándoles a todos además, su rango policial. El comisario llamó a su viejo amigo y socio Enrique, para que llevara adelante su defensa.

En este juicio, Enrique vio la posibilidad de convertir a su estudio en el más importante de la Argentina. Imaginó cientos de notas periodísticas, y su cotización por las nubes, sólo accesible para los delincuentes más exitosos.

Pasó a dedicar el cien por ciento de su tiempo a la causa SIB, delegando en su

hijo la conducción del estudio. Pero el joven estaba fascinado con su trabajito relacionado con los autos robados, y se quedó encerrado en su quinta.

Tras más de un año de audiencias interminables, y luego de discutir arduamente entre los distintos abogados de la defensa, éstos lograron unificar su estrategia en base a la sugerencia de Enrique, atacando el proceso desde el punto de vista formal, impugnando la validez de las pruebas. Una de ellas había sido obtenida a través de un soborno.

Finalmente, la sentencia absolvió a los acusados, al lograr la defensa hacer caer todo el juicio por la invalidez probatoria aludida.

Capelli no había perdido el tiempo en prisión. Entró comisario dado de baja y salió abogado. Enrique hizo un juego más de llaves y se las dio al ex policía. *Usá el estudio, es tuyo*, le dijo como única instrucción.

A los pocos días, cuando todavía estaban exultantes, Enrique le dijo a Capelli

- *Ahora tenemos que hacer el reclamo civil*
- *Sí... ¿cuánto se puede pedir?*
- *Mirá, vos y todos los demás tenían rango de subcomisario para arriba...si tenemos en cuenta los años que pasaron, salarios caídos, aportes jubilatorios, daño moral...mínimo un palo por cada uno...*
- *Mmm me parece poco...*
- *Estoy hablando de un millón de dólares por cada uno, y vos un poco más que eras el de más alta graduación, y el de mayor antigüedad*
- *Ah, eso es otra cosa...y ¿quién lo llevaría?*
- *Yo me encargo de poner a los abogados del estudio con esto, y acordate que arreglamos que mis honorarios son el 50% de lo que les den como indemnización y retroactivo*
- *Lo hablo con los muchachos y les digo*

Enrique decía que ese juicio iba a ser su jubilación. Lo llamó a Marcelo, el que se ocupaba de los asuntos civiles, para que estudiara el caso, y si lo quería hacer.

- *Te doy el 50% de lo que nos dan a nosotros, pero tenés que seguirlo día a día. Es mucha guita, te vas poder comprar casa y auto con eso. Nunca vas a ver tanta guita junta en un juicio*
- *Bueno dale, gracias por la confianza.*
- *Los demandados van a ser el Estado Nacional, el Estado Provincial, Carlos Menem, Eduardo Duhalde, los ministros de Justicia, de Seguridad, el Jefe de la Bonaerense...no se va a salvar nadie*

- *Bien*
- *La semana que viene vamos a comer con Juan Carlos para arreglar todo.*
- *Ok*
- *Ah, tené en cuenta algo: yo lo conozco a Juan desde hace muchos años. Es un tipo que no tiene alma...*

Efectivamente, los tres abogados se juntaron a comer en un bodegón de Talcahuano y Paraguay, que estaba –como siempre- llenísimo, con las mesas pegadas. No era el mejor lugar para hablar de indemnizaciones millonarias, ni de actos terroristas impunes.

Enrique comenzó dando la palabra a Marcelo:

- *Marcelo está estudiando el caso, y lo primero que le pedí es que se fije en la competencia. En cuál fuero habría que iniciarlo*
- *A mí me parece que hay que ir al Fuero Federal Contencioso Administrativo, teniendo en cuenta los demandados...*
- *(interrumpe Capelli) nooo...hay que ir al Fuero Federal Civil y Comercial...*
- *¿por qué? ahí hay causas vinculadas a empresas petroleras, navieras, aerolíneas...¿qué tiene que ver con ésto?*
- *Por eso mismo. nene...a los jueces de esa cámara los podemos tocar...¿me entendés?...están acostumbrados a sumas grandes...todas las sentencias de primera instancia son en millones de dólares...los vas a ver, y le agregan como quien no quiere la cosa medio palito más, mitad para ellos, mitad para la parte que ganó el juicio...y el que perdió lo paga sin chistar, total son todas multinacionales...*
- *Aja...*
- *(Enrique cierra la discusión) Juan tiene razón, vamos por el fuero civil y comercial*
- *Pero nos van a meter la incompetencia...*
- *Noo, estás loco, no tenés idea cómo funcionan estos tipos*

Marcelo salió aturdido del bodegón. Nunca había hablado con nadie en esos términos, Se sentía superado por la situación, y con ganas de dejar el estudio inmediatamente. Presentía que más allá del contenido de la conversación, había una arrogancia insoportable en Enrique y Capelli, y un desprecio por el hombre común que trabaja y se gana la vida como puede, como él mismo, sin cruzar determinados límites. Ellos sentían que eran más que el resto de los seres humanos, simplemente, porque carecían de aquéllos.

Tras dar vueltas por la Av. Santa Fe para distraerse, Marcelo fue para el estudio. Al llegar se cruza con dos hombres, que salían del despacho de Enrique hijo.

Tenían las caras visiblemente retocadas, con la intención seguramente de modificar su apariencia.

- *Qué caripelas, che...¿éstos son clientes tuyos?*
- *En realidad ya somos socios...che, a propósito, ¿vos andás buscando auto, no? ¿no te interesa un Polo por diez lucas? Es modelo dos mil dos, pocos kilómetros, está impecable...*
- *¿Tan barato? Ese auto no baja de veinticinco lucas...*
- *¿sos boludo vos? El coche es poncho...los muchachos que viste recién se lo chorearon el otro día, y yo le hago los papeles...todo legal*
- *¿vos me querés vender un auto robado a mí? Loco, estamos trabajando juntos..*
- *Por eso, me parece que es una buena oportunidad...*
- *No quiero un auto afanado...*
- *Jódete, pelotudo, pagálo tres veces más...*

Marcelo se sentó en su despacho, con la cabeza revuelta. *¿Qué hago acá?* se decía angustiado. De pronto, lo interrumpe María Luisa.

- *Marce, ¿cómo estás hermoso? Tengo un divorcio para que hagamos juntos, todo tranqui, sin hijos ni bienes, le firmamos vos a él y yo a ella. Los cité para hoy a las nueve de la noche,¿ podés? Perdón por no avisarte antes...*
- *Eh...sí. ¿Tenés los datos? Así hago el escrito...¿por qué tan tarde...?*
- *Y...él trabaja hasta tarde...pero mejor, vamos a estar tranquilos...Salim se va temprano hoy*
- *Bueno*

Marcelo sospechaba que María Luisa estaba interesada en él. Hacía rato que le sugería actividades por fuera del estudio. Era una señora grande ya, culta y elegante, una generación orteguiana más arriba que Marcelo, que estaba solo, ya que acababa de dejar a su novia Valeria. De golpe, vuelve María Luisa para chequear información.

- *Marce.. hace mucho que no la veo a Vale...¿todo bien no?*
- *No, cortamos*
- *Ayyy, qué pena....bueno, pero por algo será, ¿no? en realidad me parece que vos eras mucho para ella, no sé...Vale no era profesional ¿no?*
- *Es maestra*
- *Mmm, no es lo mismo que un abogado...*
- *Tsé...no pasa por ahí...*

- *Bueno, pero igual, vos tenés que tener otro tipo de mujer al lado, de tu mismo nivel*
- *Sí, claro*

A las nueve de la noche llegaron los clientes, firmaron y pagaron sin mirarse. María Luisa habló sin parar, casi sin que los otros tres participantes de la reunión metieran bocado. Tras cerrar la puerta, María Luisa estaba eufórica y se le acercó más de lo habitual a Marcelo para agradecerle, tomándole las dos manos. Le ofreció su ancha sonrisa enmarcada en labios pintados minutos antes, con un carmesí intenso.

Se quedaron unos segundos mirándose, sin que María Luisa le soltara las manos a Marcelo. Ella suspiró muy hondo y los ojos le empezaron a bailar. Marcelo se dijo *y bué..dale pa'delante...¿qué puede pasar?* y se fundieron en un beso desesperado.

Habían pasado pocos minutos sin parar de besarse, y comenzaron a desvestirse mientras caminaban torpemente hasta el escritorio oval en donde se hacían las reuniones importantes. Corrieron de un manotón los escritos del divorcio que acababan de rubricar, ubicándose María Luisa sobre el mismo boca arriba, mientras Marcelo le sacaba la bombacha ansiosamente. Allí nomás, él se sacó los pantalones y la penetró de pie, sin delicadeza.

Los días siguientes, siguieron encontrándose, más calmos. Para María Luisa, la relación con Marcelo representaba una secreta venganza contra Enrique, quien la había dejado por la esposa de un cliente preso. Inconscientemente, deseaba que se enterara, pero no le pasaba lo mismo respecto de su hijo, por lo que mantuvo discreción.

Una tarde sonó el teléfono en el estudio. Era Alberto Oswald, amigo de Marcelo, algo mayor que él. Había sido montonero y furioso menemista. Se había criado en el Once, lo que le había granjeado amistades entre la colectividad judía.

Uno de sus viejos amigos del barrio era Víctor Levy, quien por esos días se hallaba en Buenos Aires. Levy había viajado a Israel siendo muy joven, y se había incorporado al Ejército, aunque su vocación estaba en la televisión. Había combatido en la Guerra de los Seis Días en 1967 y en la Guerra del Yom Kipur en 1973, obteniendo condecoraciones por el valor demostrado en las mismas.

Pero luego se retiró del Ejército, y entró en el mundo de la televisión, a través de producciones realizadas en Tel Aviv. Cada vez que venía a la Argentina, pensaba en cómo hacer negocios que unieran sus dos patrias. Encontró esa posibilidad en



la comercialización de telenovelas hechas aquí, que pronto fueron un éxito en Israel gracias a su intermediación.

Pero Levy tenía otro negocio no declarado: la venta de armas. Y había llegado a Buenos Aires para ubicar productos en la Argentina, comisionando a su amigo Oswald, para que abriera las puertas de potenciales clientes. Si podía, el Estado, y si no, el que fuera.

- *Marcelito, ¿cómo andás? ¿Tomamos un café?*
- *Dale*
- *Tengo cosas para contarte, pero mejor nos vemos*

Se encontraron en una confitería de Palermo, sobre la Av. Libertador. Oswald llegó exultante. Venía de una reunión en las oficinas del Mosad, en la calle República de la India.

- *Estuve recién en el Mosad con Víctor ¿sabés quién es, no?*
- *Sí, ya me contaste*
- *¿Te conté lo de las armas, no? Mañana lo veo al gato Lencinas, que es secretario del Ministro de Defensa...¿lo ubicás al Gato, no? Era hombre de Galimberti, de la columna norte, militamos juntos*
- *Ah, claro...le tendrás que dar algo, supongo*
- *¿Algo? Este hijo de puta quiere todo...son insaciables estos tipos, pero bué..es mucha guita igual, y yo vengo a los tumbos*
- *Bueno, andá con cuidado*
- *Escuchame, cambiando de tema...te quiero poner sobre aviso de algo jodido..*
- *¿Qué?*
- *Lo escuché al pasar...hay bronca en la colectividad con el fallo del caso SIB*
- *Sí, obvio*
- *Y hay más bronca, allá*
- *¿Allá?*
- *Claro boludo, en Jerusalén. Comparan este caso con el de Munich y tantos otros que quedaron impunes*
- *¿Vos decís el atentado en los juegos olímpicos?*
- *Claro, allá la justicia alemana cerró el caso, y el Mosad se encargó de limpiar a todos los responsables. ¿no viste la película? La dieron hace poco*
- *No la ví, pero sabía. Spielberg es el director, ¿no?*
- *Claro, no la hizo un cuatro de copas*
- *O sea, que en cualquier momento volamos por el aire*

- *Voy a averiguar bien, encima vos no tenés nada que ver con esos tipos*
- *No, y la verdad, los desprecio bastante*

Marcelo duda, pero prefiere callar la conversación que había tenido con Enrique y Capelli.

- *te voy a tener al tanto*
- *gracias*

La cabeza de Marcelo nuevamente era un caos. Encima de todo, podía sufrir de rebote un atentado en su propia oficina. Lo invadió una mezcla rara de emociones.

A los pocos días, Oswald lo vuelve a llamar, y se encuentran en un bar perdido de Villa Crespo.

- *Mirá, tengo datos más concretos. No te puedo decir quién me los dio. Están con la idea de bajarlo a Capelli y después a los otros. Pero no con tiros, sino con bombas. De mediano alcance, para eliminar sólo al objetivo y a nadie más. Y dejar todo roto y que sirva como mensaje.*
- *¿Y para cuándo sería eso?*
- *Si ubican acá un contacto que se encargue, en diez días tienen todo listo.*
- *¿qué necesitan?*
- *Alguien que se meta en la casa del tipo y esconda la bomba. Ellos la activan desde afuera, desde un auto, ponele*
- *¿Cuánto pagan?*
- *No sé*
- *Averiguá. Vamos 50 y 50*
- *¿Estás en pedo?*
- *¿desde cuando sos un marica pacifista vos? ¿En tu juventud cuántos caños pusiste?*
- *No, pero esto es distinto...*
- *Vos lo hiciste por la Patria Socialista, y yo lo voy a hacer por plata*
- *....*
- *En vez de meter la bomba en la casa, la meto en el estudio, y de paso, hago justicia. Me encargo de que no haya inocentes cerca*
- *Bueno, te averiguo.*

Oswald lo llamó a los tres días desde un teléfono público y le dio la cifra, en clave por la dudas. *Lo hacemos*, dijo el abogado. Jamás había ganado ese número, ni por aproximación. Era más que lo que le prometía Enrique por el reclamo civil de los policías, y se cobraba en pocos días.

Marcelo le pidió una reunión a Enrique para que estuvieran presentes Capelli y Enrique hijo. Les dijo que era para defender a un pez gordo de la política. Cuando dio su nombre, a Enrique le brillaron los ojos. Le creyó porque Marcelo tenía militancia encima, y conocía a algunos dirigentes importantes, aunque nunca había *mojado la medialuna*. Le aclaró que tenían que estar los tres. La ambición le ganó a la desconfianza. Acordaron para el jueves siguiente a las seis de la tarde.

Esa misma noche, Marcelo fue citado para encontrarse en la estación Retiro con una persona que le entregaría el material y el adelanto de efectivo. Lo único que le aclararon es que se trataría de una mujer rubia, que lo saludaría con un beso en la boca y le entregaría un bolso. La chica ya lo tenía ubicado por fotos.

Así fue cerca de las once de la noche. Marcelo se llevó todo a su casa. Tenía un día para trabajar.

Llegó temprano la mañana siguiente al estudio. Al saludar al portero, le dijo que tenía un vencimiento en las dos primeras horas. Fue al mismo escritorio en donde se hacían las reuniones importantes –y en donde había tenido su primer encuentro con María Luisa- y colocó el dispositivo en la parte inferior de la mesa. Tardó diez minutos.

Lo más difícil era asegurarse que no estuvieran María Luisa ni Salim. A ella la citó en su casa, para un encuentro amoroso. A él le inventó una reunión con un potencial cliente en el local de éste en el barrio de San Cristóbal.

Llegó el momento esperado y estaban los cuatro abogados sentados en torno al escritorio oval. Nadie más se hallaba en el estudio. Afuera había un auto con dos personas, desde el que se activaría la bomba.

A las seis y diez sonó el portero eléctrico. Marcelo dijo *es él* y se levantó raudo a atender. *Algún boludo cerró con llave, bajo a abrir...* dijo servicial.

Su cómplice volvió al auto en donde el otro integrante ya tenía en la mano el dispositivo para activar la bomba. Sólo tenía que mover una palanquita de plástico. Marcelo salió a la vereda, cruzó la calle, se acercó al auto y les dijo al pasar *ya está*.

El estruendo se oyó desde Retiro hasta Constitución, y desde el río hasta San José de Flores. Una bola de fuego se asomó por el balcón del quinto piso, para consumir muebles, documentos y tres cuerpos que saltaron por el aire.

Mientras contemplaba su obra, Marcelo pensó que —con un buen motivo— él también era capaz de cruzar ciertos límites.

Este cuento es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad, es mera coincidencia.

## La cara de su víctima

Para el mundo, eran la pareja ideal. El trabajaba todo el día y le daba todos los gustos. No le hacía faltar nada. La trataba como a una reina. Ella siempre sonreía a su lado y hablaba de él con admiración. Derramaban felicidad.

Pero había una zona oscura entre ambos. La intimidad de la pareja no era tan glamorosa como su imagen pública. Cada vez les costaba más encontrarse, sobre todo en su lecho de matrimonio. El cansancio, la rutina, las trabas morales, la falta de confianza... hacían que la cama fuera un territorio de hostil frialdad entre Alejo y Marisa.

Tácitamente, habían acordado no tener hijos. Y también a través del silencio recurrente, ambos consentían que la mutua insatisfacción sexual fuera un tema que cayera lentamente en una prolongada procrastinación.

Ninguno se animaba a encarar el tema, hasta que a Alejo empezó a carcomerlo la sospecha. ¿Cuántas horas por día pasaba Marisa fuera de su control? ¿En qué empleaba ella su tiempo cuando él trabajaba? Las actividades de la casa no eran tan agobiantes, y los cursos con que Marisa llenaba sus tardes eran inofensivos. Artesanías, tejido, o cocina en microondas no parecían ser ocasiones para la infidelidad.

Un día, accidentalmente, escucha un mensaje en el contestador que lo sobresaltó.

*Hola Marisa, soy Edu, ¿cómo estás? ¿Qué te pasó reina que no viniste ayer...? La clase de teatro estuvo re buena...ah no sabés...hay un chongo nuevo que tiene un lomazo...pero le gustan las minas, no tengo posibilidades con él...bueno te mando ...¡bip!*

¿Clase de teatro? Alejo no sabía nada de esa actividad de Marisa. Y encima con un chongo nuevo...¿cómo enterarse de esa actividad que Marisa había decidido ocultarle?

Alejo contrató a Guillermo Vinelli, un detective que tenía una peluquería sobre la Avenida San Juan como pantalla de su actividad principal. Hacía seguimientos de esposas y deudores, con altísimos indicadores de eficiencia.

Al mes, Vinelli lo llamó:

- *Alejo, ¿cómo andás? Tengo noticias para vos*
- *¿buenas?*
- *Saber la verdad siempre es una buena noticia...*

Vinelli le entregó un sobre de papel madera con fotos e informes detallados sobre las actividades de Marisa. Se destacaba la presencia de un muchacho algo más joven que ella, flaco, alto y de pelo largo enrulado. En varias fotos, se los veía sonreír juntos y subir a un auto. En una de ellas, se advertía que el coche entraba en un edificio. No se los vio salir. El detective indicó que se quedó en la puerta y ella salió del lugar dos horas después.

Alejo le pagó y le encargó que siguiera con su tarea focalizada en este personaje. Quería saber todo de él.

En dos semanas, Vinelli volvió a comunicarse con Alejo:

- *tengo datos del muchacho*
- *venite ya mismo a mi oficina*

El investigador aportó más datos. El hombre se llamaba Valentín. Se conocía con Marisa del gimnasio al que ella concurría, y juntos empezaron a ir a las clases de teatro. Ella podía ocultarlo gracias a los extendidos horarios laborales de su marido.

Vinelli le dio información detallada que incluía nombre y apellido completos, domicilio, bienes a su nombre, datos de su automóvil y su trabajo.

- *yo llegó hasta acá, lo que hacés con estos datos es asunto tuyo, ok?*
- *Está bien. Gracias. Nuevamente hiciste un gran trabajo.*

Alejo ya lo venía pensando. Con estas evidencias, ya tenía lo necesario para actuar.

Una noche lo esperó y lo siguió con su auto. En un semáforo, se le puso a la par. Bajó el parabrisas derecho y le golpeó el izquierdo a Valentín, como para preguntarle algo.

- *Flaco, ¿sabés cómo hago para salir a Cabildo?*

Valentín bajó la ventanilla para responderle, pero apenas asomó su cara, no llegó a pronunciar palabra. Alejo ya tenía preparado en su mano derecha un revólver calibre 45 con silenciador y le disparó en menos de un segundo. El primer balazo le entró a Valentín entre sus ojos y los otros dos le entraron por la parte superior de la cabeza. Raudamente, Alejo puso primera y se alejó del lugar.

Los días siguientes, Alejo observó detenidamente cómo reaccionaba Marisa. No observó nada raro. Sin confesarle su delito, le encargó a Vinelli que la volviera a seguir a Marisa y le informara sobre sus actividades. El informe del investigador fue benigno para la mujer.

- *Con el tipo no se vio en todos estos días*, le susurró mientras se guardaba sus pensamientos. Ya tenía muchos años en el oficio y se imaginaba el final del cuento.

Con el tiempo, Alejo fue mejorando su relación con Marisa. Incluso, ella quedó embarazada y la llegada de ese hijo mejoró el clima de la pareja. Se acercaron más en el sexo, comenzaron a hacer planes y proyectos conjuntos y recuperaron una armonía que ya no era para afuera, sino también era sentida hacia adentro.

Una tarde, años después, Alejo jugaba con su hijo en los bosques de Palermo. En un momento el nene se sentó en el auto, haciendo como que manejaba. Alejo lo miraba desde el piso afuera del coche. De repente, tuvo una visión que le heló la sangre.

El mismo gesto, la misma mirada,. La nariz, la boca, las orejas, el cabello. Alejo vio, de golpe, asomándose por la ventanilla del auto, a la cara de su víctima.

## Tragarse el sapo

La clase de teatro era un lugar especial. Mayoría de mujeres, con un profesor gay, que solía enamorarse de los hombres equivocados. Heterosexuales y alumnos suyos, por lo general. Allí se destacaban, como los aprendices más promisorios, Beatriz y Julio César. Había entre los dos una química especial, que los hacía elegirse entre la pluralidad de actores y personajes. Sus improvisaciones eran creíbles y los convertían en cómplices.

Betty caminaba los últimos metros antes de cumplir las seis décadas. Lejos de deprimirse, se preparaba para poner fin a su vida laboral y hacer aún más cosas que le daban placer. El teatro la apasionaba, y también se animaba a bailar salsa y pintar cuadros abstractos. Estaba casada desde hace treinta años con Raúl, un activo gerente general de una cerealera multinacional. A cuatro años de jubilarse, vivía su trabajo como un desafío que le había llegado con la madurez, y que no quería desaprovechar, para poder tener una vejez libre de privaciones.

Raúl y Betty vivían en un country del noroeste bonaerense, y cada uno en su auto iban al centro a transcurrir sus largos días hábiles, para luego descansar cerca de la naturaleza los fines de semana. Viajaban cuatro o cinco veces por año al exterior, y luego ella atestaba de fotos su cuenta de *Facebook*.

Betty era una morocha consistente, de no muy alta estatura, con pechos y caderas formadas. Cabello enrulado y mirada intimidatoria. Voz colocada y proyectada. Rostro no muy bello pero atractivo, como el de Anna Magnani.

El martes era un día especial para Betty. El franco teatral le permitía disponer de una implícita autorización para llegar tarde, después de la cena, que generalmente compartía con sus compañeras más cercanas de la clase.

Hasta que llegó Julio César. El profesor suspiró apenas lo vio entrar. Lo convirtió en el centro de su atención. Pero él estaba en otra cosa. Acababa de terminar abruptamente una relación tórrida, y la clase de teatro le representaba un intento de oasis en un momento de angustia.

Si bien no tenía experiencia en las tablas, Julio César demostró una estrecha conexión con su mundo emocional, y una facilidad poco común en el género masculino para exhibirlo ante los demás.

Cuando dijo su edad, todos se sorprendieron. Nadie le daba más de cuarenta, pero estaba cerca de la década siguiente.



La evolución de Julio César y el oficio de Betty los convirtieron en poco tiempo en la pareja más avanzada de la clase. Así empezaron a jugar roles importantes en las improvisaciones y en los textos que tenían que estudiar.

Una noche, Betty lo invitó a la cena con *las chicas*, y él aceptó. Todos se divertieron hasta más allá del postre. En realidad, en el chusmerío femenino había una corriente que sostenía que Julio César era gay, y otra en la que militaba Betty, que aseguraba diametralmente lo opuesto. La conversación con el muchacho despejó las dudas, ya que el mismo se encargó de dispararlas contando más de una aventura amorosa, y sobre todo, su desventura con Roxana, su última pareja.

En la clase siguiente, el profesor puso a Betty y Julio César a improvisar una escena de despedida. Ella tenía que abordar un tren o un avión para separarse definitivamente, y él tenía que convencerla de quedarse.

Metidos en sus personajes, sin registrar el entorno, y recurriendo -como hacen los actores de verdad- a sus archivos emocionales más profundos, vivieron una escena desgarradora con los ojos cargados de lágrimas. Terminaron fundiéndose en un abrazo interminable y en un beso apasionado, que no tuvo ningún rasgo de ficción.

Se soltaron muy lentamente, sin ganas, y abrieron sus ojos con pereza, como despertándose de un sueño. Volvieron cansinamente a la realidad de la clase, sumida en un venerante silencio. El primer aplauso del profesor impulsó la ovación del resto y la sonrisa cómplice que se dedicaron.

Por esa noche no se hablaron más. Julio César salió raudo hacia su casa y Betty estuvo ausente en la cena con las otras mujeres. Pero toda la semana, el recuerdo de ese beso taladró sus mentes hasta el martes siguiente.

Allí se encontraron en la vereda de la sala. La ansiedad por el reencuentro los había hecho llegar quince minutos antes del comienzo. La tormenta y un corte de luz los recibió y la certeza de suspensión fue confirmada por el profesor vía telefónica.

- *Vamos a tomar algo?*
- *Dale*

La pareja de actores fue caminando rápido bajo la lluvia hacia el auto de Betty.

Tras la pregunta de ella hacia dónde podían ir, Julio César se acercó con decisión y la besó sin piedad. Se abrazaron y se tocaron sin pudores y decidieron allí mismo ir a un hotel.

El encuentro fue fogoso y desesperado. Se desnudaron el uno al otro con prepotencia, y él la penetró sin delicadezas. Luego, más sosegados, se brindaron en caricias y besos por todo el cuerpo hasta el fin del turno.

No volvieron a comunicarse hasta el martes siguiente. Ambos estaban conmocionados. Para él, Betty representaba una doble oportunidad: salir de la angustia por la pérdida de Roxana y estar con una mujer más grande, una fantasía que nunca había logrado concretar. Para ella, Julio César representaba permitirse lo prohibido, algo que jamás había materializado en más de treinta años.

Comenzaron a verse los jueves en la casa de él. Sus encuentros eran apasionados al principio y luego, se internaban en conversaciones deliciosas, con risas y miradas cómplices. Una tarde, ya casi noche y con la necesidad de ella de partir, se puso seria y le dijo:

- *No quiero que ésto se termine*
- *¿Por qué va a terminarse?*
- *Porque soy casada y no voy a dejar a Raúl...tenemos una vida juntos...hijos, aunque ya están grandes y hacen la suya....no sé cuánto tiempo voy a sostener ésto...*
- *Mientras Raúl no se entere...*
- *No se va a enterar. No quiero hacerle daño...pero tampoco te lo quiero hacer a vos...*
- *Conmigo está todo bien...no pretendo que modifiques tu vida... lo que compartimos me alcanza...*
- *No, pero vos estás solo...los fines de semana yo estoy con Raúl y los chicos si están en casa...*
- *Yo estoy con amigos, no te preocupes....*

Betty se fue con una sensación rara. Por un lado sentía alivio al blanquear sus aspiraciones. Por el otro, sentía cierta frustración al verlo tan conforme a Julio César. Hubiera querido sentir su angustia y su reclamo, pero nada de eso pasó. Los encuentros siguientes fueron menos intensos, pero la relación siguió.

Un sábado, Betty le propone a Raúl ir al teatro. Habían estrenado la obra en que volvía Julio Chávez al escenario, y era una ocasión para no perder. Se encarga de

sacar las entradas por internet y van directo a hacer la cola para entrar. Una multitud estaba en una de las grandes salas de la calle Corrientes.

De golpe, mientras ambos hablaban trivialidades, a Betty se le hiela la piel. Apenas cinco metros delante suyo estaba Julio César, que había tenido su misma idea. Primero siente culpa, pero mira bien y vé que no está solo. Hay una mujer. Rubia. Joven. Bella. Los dos ríen y hablan a los gritos. Súbitamente, él la rodea con su brazo izquierdo y la besa en la boca.

- *Qué pasó Betty? Te quedaste medio ida...*
- *No nada, me pareció ver a una clienta, pero nada que ver...*

Betty sintió que su alma era atravesada por una espada. Había estado cuarenta y ocho horas antes con Julio César, y en esa misma cama, probablemente él estaría en poco tiempo más con esa rubia. No sentía derecho alguno a tener celos, pero los tenía y le arruinaron la noche.

El martes ella lo esperó a la salida de la clase.

- *Quiero hablar con vos*
- *Sí. ¿Qué pasa?*
- *El sábado te ví en el teatro, en la obra de Chávez...*
- *Ahh vos fuiste también ...¿viste qué capo el tipo...?*
- *Pará, no quiero hablar de la obra....*
- *¿Qué pasó?*
- *Estabas con una mina...*
- *Sí...¿y?*

Ella balbucea y lagrimea...

- *Que...nada....me hizo mal verte con otra...*
- *Bueno...vos estabas con "otro" también....*
- *No, es mi marido*
- *Bueno...la diferencia es que yo ya sabía que vos sos casada...*
- *No..no me entendés...no te estoy reprochando...sólo quiero que sepas que me hizo sufrir verte con otra mujer....sé que no es justo lo que te digo, pero es lo que me pasa....y no me gustó el otro día cuando hablamos,,,parecía que te daba lo mismo...ahora entiendo...no te pasa lo mismo que a mí...*

- *Vos me dejaste en claro que no ibas a dejar a Raúl..¿qué querías que hiciera?*
- *No sé, vos me dijiste que los fines de semana salías con amigos...*
- *Sí, y ésta es una amiga...bah...*
- *Sí claro una amiga...¿y te la cogiste no?*
- *Eso no te lo voy a contestar. Yo no te pregunto qué hacés con Raúl*
- *.....yo no te quiero reprochar nada...sólo quiero que sepas lo que me pasa con vos...*
- *Ok*

El martes casi no hablaron. Llegó el jueves y a las seis de la tarde, la hora en que se encontraban habitualmente, el timbre no sonó. Julio César imaginó que la relación ya estaba finalizada. Cuarenta minutos después, y ya en medio de otras cosas, un mensaje de WhatsApp lo interrumpe:

*Betty: tas en tu casa? si querés voy un rato y hablamos*

*Julio César: dale te espero*

Los dos se encontraron y sin tocarse hablaron durante media hora. Lloraron y dejaron caer sus corazas. Se abrazaron, se besaron, se consolaron. Se preguntaron si acaso, éso que sentían era amor. Y siguieron, tragando cada uno su sapo, de una realidad que no era la ideal, pero que ellos la iban construyendo como podían.

## La apuesta

Era una tarde sin primicias. La redacción del diario era una sede tediosa y sin sorpresas. Todos estaban haciendo lo mínimo, burocráticamente, esperando el cierre para irse a su casa.

Pablo era uno de los cronistas deportivos, aunque su imagen corporal distaba de ser un paradigma olímpico. Desaliñado, petiso, regordete, pelado, cuarentón, fumador. Soltero y tímido, vivía con su madre, quien no paraba de complicarle la vida con reclamos y culpabilidades.

Esa tarde se hallaba escribiendo sobre la interna del plantel de Boca, un clásico cuando las noticias escasean. De golpe, irrumpe en la redacción Zoraida, con su vozarrón acentuado aún en Medellín. Su figura impactaba. La colombiana tenía veinticinco años y era bellísima, simpática, y dueña de un cuerpo trabajado durante miles de horas de gimnasio.

Zoraida había llegado a Buenos Aires para estudiar medicina, como tantos de sus compatriotas. Se incorporó al diario como periodista especializada en restaurantes y lugares para salir a la noche. Su personalidad avasallante, unida a su belleza, simpatía y físico escultural, la convertía en una presa inaccesible para los muchachos de su edad.

La colombiana se quejaba de los hombres. Los consideraba maricones, histéricos y débiles de carácter. En realidad, semejante mujer terminaba intimidando a los varones que conocía, lo que le generaba a la muchacha una vida sexual mucho menos intensa que lo que su imponente imagen sugería.

Para peor, en el gimnasio al que concurría religiosamente, Zoraida conoció el boxeo. Aprendió rápidamente sus rudimentos y se entusiasmó. En cuanto la vieron en acción, nadie se le animó como *sparring*. Ni las chicas, y menos aún, los varones.

Esa tarde aburrida en la redacción, Zoraida llegó con toda su furia y fue recibida por el jefe, pero el diálogo fue escuchado por todos:

- *Hola Zo, cómo estás?*
- *Hola Rafa, más o menos, me tienen harta los hombres...*
- *¿Y ahora qué te paso, nena?*
- *Viste que empecé a boxear, no? Bueno, ninguno de mis compañeros se anima a pelear conmigo, pues...ninguna tiene las huevas, chico...*

- *Hacen bien, ja ja*
- *No, pero qué les pasa a los argentinos...ningún berraco que se me anime....*

De golpe, una voz poco habitual sale firme del fondo de la oficina:

- *yo me animo*

Todos buscaron a ver quién era, y cuando lo detectaron, no lo podían creer. El que menos se esperaba, Pablo, levantó su mano derecha en señal desafiante.

- *Pablito, qué te pasa? Tomaste algo? Ja ja*
- *Zoraida, no seas histérica. Hace un minuto te quejabas de los hombres y ahora que hay uno que se te anima te cagás de risa...*
- *Bueno, perdón....pero....¿boxeaste alguna vez...?*
- *Sí, hace mucho, en el Almagro Boxing Club. Aprendí con el maestro Santos Zacarías...*
- *No sé quién es, chico...*
- *El técnico de Sergio Víctor Palma, entre otros, que destrozó a tu paisano Ricardo Cardona, por ejemplo. No es, ya falleció, ahora está el hijo*

Toda la redacción quedó muda mirando el reto. Alguien dijo *che*, ¿podrían apostar algo, no?, y los contendientes agarraron viaje enseguida.

*-Bueno, Pablito, si yo te gano, me llevás a cenar a un restaurant chévere de Puerto Madero, te parece?*

*- sí, acepto.*

*-y vos?*

*- si yo te gano, dos horas de sexo sin restricciones*

Zoraida quedó con la boca entreabierta, perpleja y empezó a mirar a sus compañeros en busca de algo de solidaridad, pero obtuvo todo lo contrario. Toda la redacción celebró la ocurrencia del inesperado *challenger*, y comenzó a organizar el evento, sin darle posibilidad a la joven colombiana de echarse atrás.

Decidieron que la pelea se llevaría a cabo en quince días en el gimnasio donde iba Zoraida. Uno de sus compañeros sería el árbitro, y otros tres oficiarían de jueces. El combate sería a cinco rounds de dos por uno, sin cabezales. La colombiana arrancaba con todo a favor. El pago de la apuesta se realizaría la noche siguiente, que caía viernes.

Pablo se entrenó como nunca en su vida. Por vergüenza, no fue al Almagro, pero

lo fue a ver a Ricardo Núñez, que daba clases al aire libre en Parque Rivadavia. Núñez era un salteño aguerrido, pupilo de Juan Carlos Pradeiro, que llegó a pelear por el título mundial mediano junior frente a Julio César Vásquez.

Pablo se concentró en el aspecto técnico con Núñez, que a la vez le ofició de *sparring*. Como preparación física, sólo modificó su dieta y dejó de fumar por completo. No hizo un abdominal. Zoraida siguió con su rutina habitual, poniendo más acento en la velocidad de sus manos y en la forma de caminar por el ring.

Llegó ese jueves, y el gimnasio desbordó de gente. Todos con sus celulares filmaban y fotografiaban la escena. Zoraida tenía el pelo recogido y llevaba calzas de colores fuertes que hacían lucir su figura como nunca. Frente a ella, la imagen opuesta: Pablo no tenía sus habituales anteojos, y vestía con remera gris y pantalón azul oscuro.

Sonó la campana y los boxeadores se pararon frente a frente. Pese a lo insólito de la situación, se notaba entre ellos un mutuo respeto, sin que ninguno soltara las manos. El primer round pasó sin pena ni gloria.

En el segundo Zoraida salió más suelta, y marcó distancia con la mano izquierda en jab, de manera constante hasta terminar siendo una tortura para Pablo. Round clarito para la colombiana.

El tercero comenzó igual, advirtiéndose ya signos de agotamiento en el petiso cuarentón. Transcurrido el primer minuto, se sacó el bucal porque ya no podía respirar. El árbitro debió obligarlo a ponérselo, pero le tuvo piedad.

Segundos antes de que terminara el round, Pablo se refugió en el encordado y parecía que estaba para abandonar. Zoraida se acercó para descargar una combinación, cuando Pablo, tras esquivar un cross de derecha de la colombiana, le clava un boleo de zurda al mentón a la muchacha, que se quedó dura, con la mirada perdida. El muchacho pudo rematarla, pero le perdonó la vida y a los pocos segundos, sonó la campana.

El cuarto round fue ya otra pelea. Pablo avanzó y Zoraida retrocedió. Pero volvió a dar la sensación de que Pablo se imponía un piadoso freno.

En el último descanso, alguien se acercó a Pablo y le dijo al oído: *acordate que sos visitante...tenés que noquearla....* Pablo asintió y recordó la valía del premio y salió a arrancarle la cabeza a la colombiana.

Antes de empezar el round, el árbitro se acordó del bucal faltante de Pablo y se

lo exigió. Una vez que cumplió la orden, el muchacho salió como un toro y le pegó por todos lados a Zoraida, quien desesperadamente buscaba amarrarse. Cuando faltaban segundos para el final, Pablo la acomodó en un rincón y le descargó un uno-dos a la mandíbula que la hizo caer de rodillas a Zoraida.

Un clima de dramatismo invadió el gimnasio mientras la chica intentaba levantarse. Cuando parecía que a duras penas volvía a la posición vertical, se le aflojaron las rodillas y volvió a caer aparatosamente, quedando desplomada sobre el tapiz.

El que hacía de árbitro empezó a agitar sus manos con desesperación pidiendo auxilio. Al dar vuelta a Zoraida, y sacarle el bucal, le volvió el alma al cuerpo cuando la chica abrió los ojos.

Todos respiraron cuando la vieron bien a Zoraida, quien tras unos segundos de recuperación en el piso, se incorporó buscando con la vista a su noqueador.

- *Qué bien que me la pusiste, huevón...*

Pablo la ayudó a pararse y en el medio del ring se abrazaron sonrientes. Al oírlo la colombiana le susurró:

- *quedate tranquilo, mañana te pago...*

Así fue. Con un par de mensajes de whatsapp, acordaron que el encuentro sería en la casa de Zoraida, por iniciativa suya.

A las diez de la noche llegó Pablo, quien confesó dolores lumbares tras la pelea. Zoraida lucía el pómulo derecho ligeramente inflamado. El cronista lucía más arreglado que de costumbre, y la notera estaba deslumbrante, como siempre.

Hablaron de la pelea, recordaron anécdotas, rieron...hasta que la chica fue al grano

- *Bueno chico, que tal si cumplimos lo pactado...*

- *Sí, claro....*

- *Vení para mi cuarto, pues*

Zoraida se acostó en la cama y empezó a sacarse el calzado. Pablo la miraba y torpemente se acercó a ella. La miró fijo a los ojos y luego la contempló a lo largo de su escultural figura, sin creerlo. Apoyó su mano temblorosa en la cara de Zoraida, quien lo miró con ternura.



Se besaron con timidez al principio, y luego con voracidad. Se desnudaron y unieron sus cuerpos como si se hubieran estado deseando por años.

Es sábado, ya es mediodía. Pablo se despide de Zoraida con un cálido beso y un par de caricias. Y lo que pase de ahora en más, es una deliciosa incertidumbre.

## Un tango, una historia

*Vamos, total al fin nada es cierto...* (del tango *A Homero*, de Aníbal Troilo y Cátulo Castillo)

En marzo de este año volví a Mar del Plata, después de una ausencia, que como siempre, es demasiado larga. Es el lugar por donde entré al mundo, hace ya medio siglo. Aquella tarde, casi tan cálida como las de enero, me encontré con mis primos Verónica y Ricardo.

Hablamos de la actualidad, del pasado, de los parientes, de los muertos comunes. En un momento, Verónica me hizo una pregunta con un comienzo que me resulta familiar:

- *Che, vos que sos abogado...*

Siempre que arrancan así es para tirarme algún muerto, y suelo ponerme a la defensiva.

- *...no, no te preocupes, no te voy a hacer laburar, estás de vacaciones...¿te acordás del tío Juancito...? El hermano de la abuela, que era poeta, músico...mirá lo que me dejó antes de morirse...*

Me dio un sobre de papel madera, del que sobresalían las puntas arrugadas de papeles amarillentos, escritos en una vieja máquina Olivetti, o Remington.

Saqué todos los escritos, la mayoría breves párrafos de escaso valor artístico. Sólo me llegaron como testimonios de un pasado que ya no volverá a ser.

Me detuve con mayor atención en una de las hojas. La que contenía el motivo de la consulta de mi prima.

El relato tenía la densidad de quien grita una verdad. Su verdad, o lo que su autor creía que era verdad, pese a la incredulidad de los demás.

La verdad...¿qué es la verdad? ¿podemos acaso capturarla? ¿podemos estar seguros de decirla? ¿quién pone el límite entre lo cierto y lo falso? ¿y los sueños, o las fantasías no son verdad acaso...? ¿no late el corazón más rápido o la respiración se entrecorta al despertar de una pesadilla? ¿quién puede negarnos la realidad de un sobresalto por un hecho que dicen que no existió?

No sé si esta historia es cierta, en el sentido que la ciencia le da al término. Pero sí percibí al leer esas hojas amarillentas, que su protagonista la vivió *realmente*. Esa es toda mi certidumbre.

Mi tío abuelo Juan Manuel Melián tenía quince años, allá por 1934. De pantalones cortos aún –como se usaba en la época para un jovencito de esa edad- entró a trabajar a una zapatería de la calle Sarmiento entre Suipacha y Esmeralda.

Allí, todos los empleados eran varones, salvo la cajera, una rubia hermosa que se llamaba Lucía. Tenía ya dieciocho años, y calzaba treinta y seis, el número en que se hacían las muestras para el calzado femenino. Por ello, Lucía también hacía de modelo.

Ella lo llamaba *Juancito*, lo que generaba una sensación amarga en el muchacho, quien día a día iba enamorándose en silencio de la cajera. Cuando cumplió los dieciséis, Juan Manuel apareció con sus primeros pantalones largos, regalados por su tío. Pero ello no hizo efecto alguno en Lucía, quien seguía tratando a su compañero con ternura, pero sin ver en él a un hombre.

Una tarde de enero, tras cerrar el negocio, Juancito se fue caminando por Sarmiento, siguiendo los pasos de Lucía, sin ser advertido por ella. Al llegar a Florida, vio lo que sus ojos no querían ver. Su rubia compañera ingresaba a una confitería elegante, y se encontraba con un caballero algo mayor que ella, quien la saludó tiernamente, dirigiéndose a una de las mesas.

Juancito se quedó mirando perplejo desde la vereda. El tipo le tomaba la mano, la acariciaba, la besaba. Ambos reían y se miraban en silencio, con sus miradas llenas. Después de unos minutos, Juancito se retiró cabizbajo, masculando dolor, rabia y tristeza. Sentía que Lucía era su primer amor, y quizás el último.

Deambuló con los ojos llorosos por las calles del centro, hasta llegar a la parada del tranvía. Mientras estaba allí, comenzó a brotarle de su corazón una incipiente melodía que canturreaba por sus labios ajados por la angustia.

Juancito venía de una familia de artistas. Poetas, músicos y bailarines poblaban la genealogía de los Melián. Sus padres habían llegado de las Islas Canarias, con la bandurria, el temple y el tamboril tinerfeño en el equipaje.

Juancito transpiraba música, en especial en ritmo de tango. En ese momento, el ritmo de Buenos Aires ya gozaba de un esplendor reconocido en París y Nueva

York. Había quedado atrás el tiempo de la clandestinidad, reinando ya en los salones de la zona norte.

En los momentos de especial sensibilidad, Juancito emitía melodías que generaba en el momento. Como ése, en el que lloraba su frustración amorosa. En ese estado se subió al tranvía y se sentó en el único asiento que encontró libre.

Cerró sus ojos y siguió canturreando, desvinculado de su entorno. En un momento, calló, quizás para respirar algo. Súbitamente, su eventual acompañante lo interrumpe:

- *Joven, perdóneme...¿podría volver a cantar esa melodía?*

Juancito asintió y mientras cantaba vio que el hombre elegante y educado que estaba a su lado tomaba un anotador y un lápiz, y dibujaba rápidamente cinco rayas paralelas. Un pentagrama.

- *Siga, siga por favor. No pare*

Juancito siguió, y miraba sorprendido cómo el hombre dibujaba signos sobre las cinco rayas. Cuando terminó, vio que su melodía ya había sido escrita por el hombre. No llegó a decir nada, cuando se levantó raudo, despidiéndose con un *gracias*, y una sonrisa sardónica.

Unos meses más tarde, Juancito estaba con sus padres y sus tres hermanas en la cena. A esa hora, se anunciaba por Radio El Mundo la presentación de una de las orquestas más renombradas del momento, que tocaría en vivo en su auditorio de la calle Maipú quinientos cincuenta y cinco, recién inaugurado. En esa época, en la radio se pasaban los tangos en su versión instrumental, y sólo se cantaba el estribillo.

Esa noche, apenas empezaron a comer, escucharon los primeros tangos de esa renombrada orquesta. Antes del final, anuncian el estreno de un tango recién compuesto. Suenan los primeros acordes, y Juancito queda petrificado. Ese tango le era familiar. Su padre le dice:

- *¿qué te pasa, chaval?*
- *Ese...ese tango....*
- *¿Ese tango qué...?*
- *Ese tango es mío....me lo robaron....*
- *¿qué dices...?*
- *Sí...el tipo del tranvía...anotó todo en una libretita...*

- *¡come y déjate de joder, hombre...!*
- *Sí, ese tango lo hice yo, por Lucía...*
- *¿quién es esa Lucía..? mujé...¿tú sabes quién coño es esa Lucía?*

Juancito empezó a buscar quién figuraba como compositor de ese tango. Finalmente, en una revista Leoplán vio la foto y ya no tuvo dudas. Era él.

Pasaron los años, y ese tango fue grabado por las mejores orquestas del país, y cantado por los grandes del género como Hugo del Carril, Charlo, Julio Sosa, Edmundo Rivero, Libertad Lamarque, Virginia Luque y María Graña. También hicieron sus versiones artistas internacionales como Plácido Domingo, Ricardo Montaner, Dyango, Diego El Cigala, Valeria Lynch o Andrés Calamaro. Fue traducido a más de setenta idiomas.

Circularon varias historias improbables sobre la autoría de este tango, pero Juancito repetía que era de él. Más que esas hojas escritas a máquina, y contar su historia a un puñado de personas, nunca hizo nada para reclamar por sus hipotéticos derechos sobre la obra.

El sentía que ese tango era un hijo de su sangre, y que con otros padres adoptivos había crecido y logrado un éxito que él no hubiera podido darle. Por eso se sentía feliz y orgulloso cada vez que lo escuchaba, sin resentimientos.

En la adultez, Juancito recorrió el país como vendedor de distintos productos. No le fue mal, pero siempre llevó consigo su espíritu bohemio, su pasión por la música, su fama de soñador y sus historias que animaban tertulias hasta el amanecer.

Cuando se jubiló, se fue a vivir a Mar del Plata. Al poco tiempo, se enteró que allí también se había radicado el poeta autor de los versos de *su* tango. Lo llamó por teléfono, se presentó y cuando empezó a contar su historia, fue interrumpido por su interlocutor:

- *mire señor, ya estoy grande para escuchar boludeces...¡hasta luego..!*

Juancito atesoró sus recuerdos hasta que partió hacia la eternidad. Se llevó la certeza de haber sido el creador de una obra de arte, que además fue un éxito. Pocos creyeron su historia, pero a él eso no le importó mucho.

Ella dio más para la literatura que para el derecho. Al fin y al cabo dos maneras de relatar la vida.

Señores, de Cobián...o Melián, y Cadícamo...Nostalgias

## Terapia intensiva

Abrí los ojos y estaba allí. Con un pijama celeste, en una cama de hospital. A mi lado, mi compañero de habitación era un obeso sesentón que respiraba trabajosamente. Mi cuerpo no tenía ninguna señal de accidentes ni invasivos tratamientos. Al pie de mi lecho, asomaban unos papeles. Me incorporé con esfuerzo y los leí. *Posible síndrome cardiovascular* rezaba el diagnóstico.

Enseguida apareció ella. Miró a mi compañero con gesto de tedio. Luego giró su cabeza y me dijo sonriendo:

- *Uh...te despertaste*
- *Ajá ¿qué me pasó?*
- *Te caíste seco por la calle. Los del SAME te atendieron enseguida y te trajeron para acá. Parecía un infarto, pero los electros te dan bien...*
- *¿Y entonces..?*
- *Te dejaron en observación. Cuando descarten que tengas riesgo cardiovascular te dan de alta*

Catalina o Katty, como prefería ser llamada, era una morocha de rostro duro, casi varonil. Cuerpo ancho, pero con cintura delgada. Piel morena, testimonio de ancestros tobas o mocovíes de su Chaco natal. Pechos prepotentes destacados por el indiscreto escote de su ambo verde agua. Pantalón al tono y ajustado sensualmente al cuerpo.

No había llegado al medio siglo de vida, pero ya tenía a su hijo en la facultad, promediando la carrera de medicina. Lo contaba con un orgullo que le bañaba de sonrisas la cara. Lo había criado sola, tras dejar su pueblo, en la alocada Buenos Aires.

Su historia devino en resentimiento hacía el género masculino, y ello había devorado cualquier posibilidad de que un hombre se le acercase con la más mínima chance. Su hijo era fruto de una relación extramatrimonial del padre, lo que además le generó una sobrecarga moral en sus espaldas.

La vida de Katty fue una lucha constante, forjadora de un carácter duro, en especial contra ella misma. No se permitía el placer, ni el amor. Todo era obligación. Lo único que la deleitaba era saber que podía educar a su hijo y ofrecerle un futuro.

De todo éso hablamos en mi primer día de ojos abiertos en el hospital. A las dieciséis horas, cuando ya terminaba su turno, parecía seguir conversando sin ganas de irse.

Al día siguiente volvió temprano, muy solícita. Me preguntó cosas de mi vida y venía a la habitación una y otra vez. Pocos minutos antes de irse me dijo que a la noche le tocaba hacer guardia.

- *¿Me vas a venir a visitar?* pregunté con picardía
- *Obvio, pero portate bien vos eh? Está bien que no tenés nada, pero por ahora estás internado...*
- *Te espero*

Me dio un beso en la mejilla y se fue. Sus pequeños ojos le brillaban como dos estrellas.

Me quedé dormido, y cuando desperté, me llamó la atención que nadie tosía a mi lado. Mi compañero había partido.

Después de hacer nuevos estudios de todo tipo, me trajeron la cena a las veinte. En la televisión daban un partido de la B Metropolitana. Pedí que me pusieran algo con música, ya que sin la tos de mi ex vecino podría al fin disfrutarla.

Esperé con cierta ansiedad la llegada de la medianoche, y con ella, la de Katty. Doce y cinco apareció por la habitación.

Me saludo con una caricia en mi pierna. Se había maquillado y perfumado.  
*-Vengo cuando estén todos dormidos,* me dijo con complicidad.

Yo pensaba si era posible que una mujer con su historia y su rígida estructura de creencias, pudiera animarse a dar ese paso tan transgresor. Quizás el haberla escuchado sin juzgarla le dio una confianza que ya había olvidado cómo brindar. O aparecí en el momento justo en que se ponen a prueba los propios prejuicios.

A la una no se oía nada proveniente de los pasillos. Todo era quietud y silencio. Sólo se oían lejanas toses y ronquidos que gambeteaban la puerta entreabierta.



Katty llegó casi en puntas de pie con dos tazas humeantes. *Te invito a tomar un café*, me dijo con ternura y se sentó en la cama, pegada a mí.

Hablamos poco, nos miramos con intensidad y le acaricié la mejilla. Cerró sus ojos y abrió apenas sus labios. Me incorporé con cuidado y se los besé delicadamente.

Había cerrado la puerta y dejó un llamador en la mesa de luz, por si la necesitaban. Con el paso de los segundos los besos se hicieron más intensos y apasionados. En ese instante, sentí que años de represión emocional cesaban para convertirse en energía liberada por su cuerpo.

Desaté su corpiño y le besé los pechos con fruición. Con cierta torpeza, ella me sacó el pijama y el calzoncillo. En un santiamén, se subió encima mío. Sentí que mordía las sábanas para no gemir hasta que encontró aceleradamente su orgasmo, para luego invertir nuestros roles.

Quizás el encuentro haya sido corto, pero de una intensidad extraordinaria. Ambos estábamos rociados de sudor del otro, y así nos reímos, nos acariciamos y nos besamos durante más de una hora.

- *Bueno bebé, tengo que volver allá. Si se enteran de lo que hicimos me rajan*

Me dormí profundamente. A las ocho de la mañana me despertó con un beso en la boca.

-*Chau, me voy. Mañana nos vemos. Gracias por esta noche tan linda...Si te dan el alta, llamame acá*, me dijo y me dejó un papelito con un número de celular.

Me quedé doblemente satisfecho. Porque la pasé muy bien, y porque percibí que Katty había logrado perforar dos murallas: la del resentimiento hacia los hombres y la de hacer siempre lo correcto.

Luego de desayunar, me comunicaron que efectivamente, me daban de alta ya que nada tenía para justificar mi internación. Tomé mis cosas y me fui rumbo a una nueva misión.

Tengo que darle la gracias al Jefe. Desde que trabajo de ángel para El, ésta fue uno de los cometidos más gratificantes.

## Viuda por dos horas

Me gusta el fútbol. Disfruto de su espectáculo, de su colorido, de su imprevisible dinámica. Voy dos o tres veces a la cancha en el año. No me atrae tanto verlo por la televisión. Menos aún en esta época de medios campos superpoblados por atléticos *pataduras* y goles concebidos en laboratorios de jugadas con pelota parada. Sí en cambio, me da un gran placer tener la radio encendida con la música de sus vociferantes relatores los domingos por la tarde.

Los hombres de mi generación viven el fútbol de otro modo. Sobre todo los casados, y más aún, los que tienen un empleo en relación de dependencia. Son hinchas fanáticos de su club, antes que del fútbol mismo. Tanto desde el tablón, como desde la silla de un bar con *tevé*, los hinchas encuentran en el cántico de rima fácil, el insulto al árbitro o en el puro grito del gol, las vibraciones que no les suministran sus grises vidas intrascendentes.

La rutina de vivir entre dos celdas -el matrimonio y el empleo-, crea la necesidad de una liberadora vía de escape. Dos horas a la semana -como si se tratara de un romance furtivo- el hincha encuentra un motivo para vivir con pasión, la que no logran despertarle su esposa ni su jefe.

La tribuna se convierte así en el único ámbito en donde el hincha se siente patrón, con derecho a exigir la perfección, sin tolerar errores, y menos aún, traiciones. El único lugar en donde no le exigen el cumplimiento de obligación alguna.

Cada vez que vomita su furia en el ámbito futbolero, queda relajado y dispuesto para seguir siendo un esposo obediente y una eficaz pieza del engranaje del aparato productivo.

Cuando el hincha es padre de hijo varón, se esmera como pocas veces en su vida en que su descendiente lo suceda en el culto de sus colores. Cuando en los primeros años de vida, su hijo le da ese gusto, siente una gran satisfacción. Seguramente, será una de las últimas.

Uno de esos especímenes era mi vecino, en el edificio-torre de la calle San José. No sé por qué, pero Vicente era un enfermizo hincha de Argentinos Juniors. Un cuarentón que evidentemente no se había hecho del *Bicho* estimulado por las proezas del *Diego*.

Me enteré de sus tendencias apenas se mudó al departamento contiguo. Un sábado a la noche oí su impertinente voz gritando desaforadamente un gol de Pisculichi en la cancha de Colón. El tipo era fanático, pero hasta Santa Fe no se había ido esa vez.

El domingo siguiente coincidí en el ascensor con una simpática morocha. Dueña de una mirada fulminante, y de una voz plateada, me saludó con una sonrisa y un aviso.

*¡Ahora quién se lo banca a mi marido...! Acabo de escuchar que Argentinos perdió de local con Gimnasia de Jujuy....*

Para mutua sorpresa, ambos nos bajamos en el mismo piso y caminamos para el mismo lado. Era mi vecina, la esposa del hincha.

Fabiana se despidió con una generosa sonrisa y una guiñada de ojo. Salvo aquél gol, nunca se los oía. Normalmente, cuando uno vive al lado de un matrimonio, oye cosas. Discusiones, peleas y risotadas son cosas de todos los días. Y a veces, cada tanto, algunos dejan escapar los sonidos de la pasión.

Una noche salí del departamento rumbo a Rivadavia. Era tarde y estaba oscuro. Cuando estaba por llegar a la Avenida, viene en sentido opuesto una bella mujer exhibiendo orgullosa su femineidad al caminar. Ropa ajustada y escote profundo. Le hice una tomografía con mis ojos. Su voz diciendo *¡hola!* me sobresaltó. Era Fabiana. Qué papelón.

El día siguiente era viernes. Cuando estaba desayunando, ojeando el *Olé*, leí una hermosa noticia. *Esta noche, Argentinos Juniors recibe en su cancha a Independiente*. Mi cabeza empezó a galopar.

Eran las 19 y monedas y yo estaba con la oreja parada en la puerta del departamento. Oí la llave en la cerradura: Vicente estaba partiendo para La Paternal. Cuando ya percibí que la puerta del ascensor se había cerrado, y tras dejar pasar unos minutos, salí y le toqué el timbre a Fabiana.

No contestaba nadie. *Mejor, me engañé, si ni siquiera sé qué decirle...Me volví.*

Pasaron diez minutos y percibí que sus tacos se acercaban por el pasillo consorcial. Abrió su puerta, entró y empecé desesperadamente a buscar en mi bolsa de excusas, la que me permitiera ir a su puerta.

En medio de ese frenesí, sonó mi timbre. Era ella. Attendí en estado de emoción violenta. Con un tono inusualmente seductor me preguntó:

*¿Sabés algo de plomería...? Me gotea la canilla de la cocina y Vicente no viene hasta las doce. Después del partido se va a comer pizza con los amigos...No sé qué hacer...*

La tranquilicé, y le pedí que me diera un minuto para buscar las herramientas... y los preservativos, por las dudas.

Fui y le reparé el caño en un santiamén. Conversamos sobre qué hacía ella los viernes a la noche sola mientras el tipo se iba a la cancha.

*Nada...me junto con las chicas, pero ellas están con sus maridos..qué se yo...*

Los dos estábamos sentados en el piso, uno frente al otro al lado de la pileta de la cocina. Aún tenía mis manos con restos de *Poxilina* cuando después de una larga mirada recíproca en silencio, nos empezamos a besar.

Para mayor seguridad, le ofrecí pasar a mi departamento. Ella me dijo *poné la radio, así sabemos cuántos minutos van del partido...*, y consumamos mientras *bichos y diablos* jugaban un partido para el olvido.

Se fue apenas Angel Sánchez dio el pitazo final. Poco antes de la medianoche, llegó Vicente.

Seguimos así durante toda la campaña de Argentinos. Cuando fue a jugar contra Newell's en el Parque Independencia, dispusimos obviamente de mucho más tiempo, ya que Vicente se fue a la mañana del domingo y volvió a la noche.

Ese domingo –más relajados- fuimos a pasear a Palermo. Hasta caminamos unas cuadras de la mano. Nos sentíamos bien.

Llegó la última fecha. Argentinos visitaba la *Bombonera*. Vicente se fue temprano. El encuentro con Fabiana fue más intenso que nunca, y la despedida fue la más larga y menos deseada de todas.

Terminado el campeonato, ya no hubo más encuentros con ella. Esperé ansioso el comienzo de la nueva temporada, hasta que por fin, llegó la primera fecha.

Argentinos recibía a Estudiantes en La Paternal un sábado a la tardecita. Toqué el timbre de mi vecina, y nadie salió. Quedé con mi oreja alerta durante todo el partido. No hubo movimientos en el departamento.

Tras dos horas de ansiedad y frustración, bajé para ir a caminar. Al llegar a la esquina la ví bajar de un taxi. Apurada iba mirando su reloj, para meterse rauda en el edificio. No me vio, y al pasar cerca mío, le oí decir a su celular:

*Ya está, amor, quedate tranquilo, estoy llegando antes que Vicente...*

## La abolición del matrimonio

Ulises era un bicho raro. Cuarentón, morocho, no muy agraciado, pero con mucho carisma. Manejaba su taxi y tenía un par de peones que lo hacían para él. Su trabajo era típico de los que llevan la vida con absoluta libertad de movimientos. Detestaba ser controlado. Era obvio que el matrimonio no era para él.

De todos modos, lo había intentado. Más de un lustro había estado casado con Dora, con quien había tenido dos hijos, un varón y una mujer que vivían con la madre y veían a Ulises dos veces a la semana. Se llevaban bien a pesar de la mala prensa que hacía la madre de su ex marido.

Ulises era un tachero de los de antes. Hablaba y escuchaba mucho a sus pasajeros. Intercambiaba ideas y se vanagloriaba de la experiencia de vida que le daba las diez horas arriba del auto. Fue terapeuta, confesor y consejero de sus pasajeros. También fue un entrometido que recibió duras respuestas para ponerle un límite.

Durante el horario de trabajo no abusaba de sus dotes de seductor, pero a la noche, en los distintos lugares a donde asistía para conocer exponentes del sexo opuesto, se convertía en un fino y certero cazador.

Uno de sus mejores atributos era la facilidad para entender la forma de pensar y sentir de las mujeres. Captaba con facilidad lo que cada una de sus presas quería escuchar, y él lo decía al pasar, casi sin acentuar. En el proceso de seducción, tenía la paciencia de un urdidor y una gran seguridad en sí mismo.

Todo ello le reportaba un admirado éxito entre las mujeres. Además, Ulises trataba a cada mujer como si fuera el amor de su vida. Les juraba que creía en el amor eterno, les regalaba flores y bombones, las llevaba a restaurantes finos, les confesaba que aún esperaba ser padre por tercera vez. También les llevaba el desayuno a la cama luego de una noche de pasión, envuelta en ternura y delicadeza.

Pero, por su libérrima condición, era muy difícil que todo ello se extendiera por más de noventa días. Ulises sentía un súbito hartazgo y la necesidad de cambio inmediato. Lo tenía asumido, y no sentía culpa alguna.

Las mujeres sabían que Ulises era así, pero en el fondo, cada una tenía la

secreta ilusión que con ella sería distinto. Todas se equivocaron.

Pero esta vida le generó cierto agotamiento a Ulises. Sobre todo, lo cansó escuchar los mismos reproches de sus víctimas. Necesitaba de un cambio, pero éste no iba a ser la de consagrar el resto de su vida a una bucólica vida marital.

Una noche de copas entre amigos surgió la idea. Todos pensaban lo mismo que Ulises sobre el matrimonio, pero no se animaban a realizar la vida que llevaba él, quizás porque no lograban llegar como Ulises al interior de las mujeres.

Uno de sus compinches sugirió que –frente a las próximas elecciones legislativas- él iba a votar a quien prometiera abolir el matrimonio. ¿Por qué no?, se preguntó Ulises, y empezó a buscar adhesiones.

Consiguió un partido de éstos que siempre sacan –como mucho- seis mil votos. Y lo fue a ver a Chiche Gelblung, de quien logró que le hiciera una nota de diez minutos. Fue su lanzamiento.

En ese programa, Ulises desgranó su argumentación contra la institución matrimonial:

*El matrimonio es una institución creada por y para la mujer. Fue pensado en un momento en que ésta era dependiente del hombre, y se dedicaba exclusivamente al hogar y la educación de los hijos. Hoy es distinto. Hay otros hombres y otras mujeres. Ellos son afeminados, y ellas viriles, pero el matrimonio sigue siendo útil a los fines de la mujer, ya que tiene un efecto narcótico sobre la natural tendencia conquistadora masculina...*

*...La educación de los hijos debe estar a cargo de la madre hasta los doce años, y a cargo del padre de allí en adelante. La familia no sólo que no es necesaria para la educación de los chicos, sino que suele ser perjudicial. La madre sólo les transmite temores e inseguridades a los hijos que de grandes no se los pueden sacar...*

*...En la guerra de los sexos, acabar con el matrimonio tendría el mismo efecto que tuvo la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima y Nagasaki...*

*...Los gastos que genera el matrimonio –ceremonia religiosa, acto civil, fiesta, luna de miel, asignaciones familiares, etc.- podrían derivarse hacia el circuito productivo...*

*...Nuestro país, en la Asamblea de 1813, fue pionero en América con la abolición de la esclavitud. Ahora proponemos que retome ese liderazgo histórico, terminando con la anacrónica institución matrimonial...*

Reforzaba sus dichos con estadísticas, que mostraba en un power point: durante el año anterior, la cantidad de divorcios anotados en el Registro Civil representaba casi el 60% de los matrimonios inscriptos en igual período. La tasa de supervivencia entre el varón y la mujer casados, era desproporcionadamente favorable a ella. La mayoría absoluta de los maridos confesaban que más de una vez, habían sido infieles.

Los teléfonos de la producción de Chiche ardieron, y por supuesto, lo convocó una docena de veces más. También fue al de Mauro Viale, en donde participó de una mesa redonda con una psicóloga, un rabino y el padre Grassi. Mariano Grondona lo denostó en su columna dominical y los diarios La Nación y La Nueva Provincia lo destrozaron en sus editoriales.

La Liga de Madres de Familia emitió un comunicado que fue leído en televisión por María Belén Aramburu, en donde transmitía su indignación con las propuestas de Ulises. El Partido Demócrata Cristiano buscó en la Justicia voltear la lista, pero Ulises se defendió bien y el caso llegó a la Corte Suprema, siendo sorteada para su estudio la Dra. Carmen Argibay.

Alessandra Rampolla también lo invitó pero hablaron de cualquier cosa menos de las elecciones. En el Facebook, se crearon dos grupos antagónicos, uno a favor y otro en contra de Ulises. Ambos llegaron a más de cinco mil *fans*.

El Colegio Público de Abogados también lo criticó porque entendió afectaba las incumbencias de la profesión, y Maru Botana convocó a una marcha a la que asistieron 500 mujeres, para condenar a Ulises.

Jorge Asís y Ludovica Squirru le hicieron a Ulises su carta natal del horóscopo chino, con resultados diametralmente opuestos. Un fabricante de ropa basic del Once vendía remeras con inscripciones a favor y en contra del candidato.

Por la calle, Ulises recibía apoyos y denuestos sin medias tintas. Los hombres lo aplaudían y le decían “maestro”; las mujeres lo escupían, insultaban y le gritaban improperios, sobre todo dudando de su virilidad.

Durante la campaña, Ulises siguió trabajando en el taxi, pero cesó toda



actividad seductora, viviendo una prolongada e inédita abstinencia sexual. Su líbido estaba consagrada a la campaña.

En la última semana proselitista, Ulises ya no necesitaba explicar su propuesta, sino que se dedicó a repetir que el voto era secreto, y que cada hombre debía manifestarse dentro del cuarto oscuro con absoluta libertad. Rogó que se anotaran fiscales, y presidentes de mesa varones, para garantizar la pureza del sufragio, evitando el *fraude feminista*.

Llegó el día de la elección. Se abrieron las urnas, y la lista de Ulises sacó casi el 25% de los votos. La mitad del padrón masculino lo había apoyado en silencio. Junto a él, entraron dos diputados más –varones- y una prostituta que tuvieron que poner en la lista para cumplir con el cupo femenino, que también había prometido abolir.

Días después, Ulises intentó volver a la normalidad. Empezó a sentir ganas vivir como antes.

Fue a bailar al boliche que más frecuentaba. Fue recibido con indiferencia. Los hombres no lo saludaban, y las mujeres le daban vuelta la cara.

Ulises no entendía por qué. Era una figura popular, con el diploma de diputado bajo el brazo, y un porvenir como político profesional. Pero nadie lo seguía en el boliche,

Los hombres no querían quedar mal con las mujeres a las que estaban seduciendo, y éstas obviamente detestaban a Ulises. Cada mujer de la ciudad lo hacía, pensando si su marido había sido uno de los que había votado a ese desgraciado.

Apenas juró *por Dios, la Patria y los Santos Evangelios*, presentó su polémico proyecto. Fue a parar a la comisión de Familia y Minoridad, en donde jamás fue tratado. Sus compañeros de bloque fueron cooptados por el Frente para la Victoria en la primera votación trascendente.

Las sesiones le resultaban interminables. Ninguno de sus colegas de banca quería sacarse fotos con él. Paulatinamente, empezó a sentir un asfixiante aislamiento.

Tras cuatro años anodinos, volvió al taxi. Se rapó la cabeza para cambiar su imagen y quiso ser el de antes. Pero se sentía viejo y sin llegada.

Una tarde, la vida le dio la revancha. Una bella y madura mujer subió al taxi y le contó su vida. Ulises la escuchó como a nadie y quedó cautivado.

Antes de bajarse Liliana, le pidió el teléfono para tomar un café. Así lo hicieron días más tarde. Pero Ulises, por primera vez, no se arrebató en su conquista. Se permitió compartir unas cuantas salidas hasta que se dieron el primer beso.

Ulises se había convertido casi en un adolescente que pensaba todo el tiempo en Liliana, quien reconoció y no juzgó el pasado del ex diputado. Construyeron una relación inédita y se fueron a vivir juntos, disfrutando de su amor y de la jubilación de privilegio.

Hoy no puede imaginar su vida sin Liliana. Reconoció sus sentimientos hacia ella, y sin proponérselo, pudo asumir un compromiso, advirtiendo que ello significaba consumir el acto más libre de su vida.

## Nueva vida

Agata cumplía cuarenta años. Gran fiesta en la hermosa casa de Béccar. Estaba su marido Horacio, quien pronto llegaría al medio siglo. Estaban sus cuatro hijos, jóvenes que usaban la casa sólo para comer y dormir; y un gran número de amigos y amigas, entre ellas, un par de mujeres solas entre varios matrimonios ejemplares.

Cualquiera que mirase la foto podría ver una imagen ideal para una mujer que llegaba a esa edad. Agata lucía bella, sana, con un cuerpo preservado de los ataques de la obesidad, la celulitis y las arrugas. Su matrimonio se acercaba a las dos décadas y habría criado a sus hijos satisfactoriamente.

Su esposo era un importante ejecutivo de una multinacional dedicada a la cosmética. Había consagrado su vida a la empresa, obteniendo a cambio una posición económica más que holgada, empujando a Agata a una dedicación full-time a sus roles de esposa y madre, convirtiendo a su diploma de profesional en las ciencias económicas en uno más de los adornos del amplio living.

A medida que los hijos avanzaban en su tránsito escolar, Agata comenzó a sentir que le sobraba tiempo. Los quehaceres domésticos estaban a cargo de una sumisa guaraní que no dejaba detalle sin resolver.

Ágata tenía excelente relación con el cura párroco de la zona. Participaba activamente de distintas tareas en la iglesia, y servía de ejemplo de mujer católica, ama de casa, esposa y madre.

Pero esa noche, las sonrisas que Agata ensayaba para cada foto eran forzadas, enmarcadas por miradas tristes y palabras de ocasión.

Pocos meses antes, su amiga Viviana la había sorprendido. Ella y su marido tenían otro matrimonio ejemplar, comparable al de Agata y Horacio.

Viviana le había confesado que había descubierto fortuitamente que Tomás tenía una amante, con la que había tenido un hijo que ya era un pre-adolescente. Durante más de una década, su marido había mantenido una relación paralela y estable con una camarera quince años menor, sin que Viviana lo advirtiese. Con el suficiente resto económico, Tomás había sostenido dos hogares simultáneamente durante más de diez años.

A Agata se le había metido un aguijón en el corazón: siendo en apariencia la vida de ambas parejas similar, Horacio podría vivir la misma situación que Tomás. Le parecía aterrador comprobar que podía ser tan imbécil como su amiga Viviana. Pero le generaba más pánico la posibilidad de reaccionar igual que ella.

Al enterarse de la infidelidad, Viviana estalló de ira, insultando a su marido y arrojándole un plato por la cabeza...pero allí terminó su protesta. Siguió a su lado como si no hubiera pasado nada, aceptando la situación. Sólo había confesado su vergüenza a Agata. Ni en la iglesia, ni en el club –ámbitos que compartían los dos matrimonios- abrió la boca ni permitió que nadie sospechara.

Agata se angustió más que Viviana por esa historia. Sabía que si a ella le ocurría lo mismo, no podría soportarlo, pero a la vez, era conciente de que se hallaba atada de pies y manos para romper sus cadenas.

Si a Agata le pasaba lo mismo, sufriría más que Viviana, porque era más digna que ella.

La historia de su amiga le empezaba a mostrar las consecuencias de su falta de libertad. Y la hacía sentir mal, a pesar del sincero cariño recibido en el día de su cumpleaños número cuarenta. Precisamente, esa cifra redonda le generaba pánico. Habiendo llegado a esa edad, su destino dependía de la voluntad de un hombre.

Casi sin darse cuenta, dejó de verse con Viviana y las demás mujeres del club y de la parroquia, y empezó a frecuentar más a sus olvidadas amigas divorciadas, Elena y Mabel. Ajenas a esos mundillos, dedicaban sus vidas a sus trabajos e hijos...y a ellas mismas. Ambas hacían terapia, y habían logrado acordar con sus ex maridos razonables regímenes de visitas de sus hijos, que les garantizaban momentos para el esparcimiento. Solían ir a bailar tango, salsa o rock, según la época. Conocían otros hombres, con los que vivían historias, algunas felices y otras no tanto. Pero vivían.

Agata sentía que Elena y Mabel le llevaban ventaja. A pesar de no tener resueltas sus respectivas situaciones económicas, las veía más plenas y vitales que lo que ella misma se percibía.

Esa tarde, la del cumpleaños, Horacio le había preguntado adónde quería viajar. Ese sería su regalo. La respuesta de Agata le resultó insólita:

- *A ningún lado. Prefiero que usemos ese dinero para instalar un negocio de ropa en la Avenida Santa Fe o Cabildo*
- *¿Estás loca? ¿Te querés arruinar la vida? ¿Qué te pasa? Le recriminó Horacio.*
- *No me sirve irme de viaje. Si realmente me querés, y querés verme bien, regalame lo que te pido retrucó Agata*
- *Pero vos no tenés idea de lo que es tener un negocio....*
- *Aprenderé –interrumpió ella- los chicos ya están grandes, la casa funciona sola y me sobra el tiempo. Estoy podrida de esta vida, y si vos no querés, saco un préstamo y listo...ah, y olvidate del viaje*

Agata había comprendido que las condiciones de su vida eran las mismas que habían llevado a Viviana a tener que tragarse el sapo de la infidelidad de Tomás.

Después del cumpleaños, Horacio no sabía qué hacer con su idea del viaje. La reacción de Agata lo había desacomodado. *Esa no era su Agata.* ¿Qué había pasado con ella? ¿Quién le calentaba la cabeza? ¿Eran sus amigas? ¿O tenía un tipo?

Los días pasaban y la relación entre ambos esposos devino en una fría tensión. En un momento, Agata lo encaró a Horacio:

- *¿y? ¿Pensaste en lo que te pedí?*
- *Yo creo que lo que me pedís a vos no te conviene...a vos nunca te faltó nada...iyo no dejé que te faltara nada...! ¡Y ahora me hacés esto...! No sé, me parece que no es para vos trabajar en un negocio...*
- *Ajá..*
- *...yo quería hacer ese viaje, porque te lo merecés, después de todo lo que hacés por mí y por los chicos, quería que viviéramos juntos un momento de felicidad...*

- *Bien*
- *Dale...elegí un lugar y nos vamos...*
- *Elijo ir al banco a sacar un préstamo*, fue la lacónica respuesta de Agata.

A partir de ese momento, nada fue igual entre ellos. Agata consiguió el dinero y abrió un local de ropa en una galería de la Avenida Cabildo.

Le fue moderadamente bien, y empezó a disfrutar de su infrecuente libertad. Con el tiempo, tomó una joven empleada que le permitió controlar la marcha de los asuntos de su casa y sus hijos.

Una tarde, Agata recibió en el local la visita de Mabel, que llegaba con una extraña bolsa en su mano. Allí estaban sus nuevos zapatos de tango. Había empezado a tomar clases personalizadas con un joven profesor que gozaba de cierto renombre en el ambiente.

Para hacer más económica la clase, podía compartirla con un par de amigas. Ya la había convencido a Elena, y ahora la invitaba a Agata.

- *Dale, vení, está muy bueno, te va a gustar*
- *Bueno, pero nunca bailé tango...*
- *No importa, el tipo tiene una paciencia....*

La semana siguiente, las tres amigas fueron al estudio del bailarín.

Román era un morocho flaco, con más de diez horas semanales de gimnasio y pelo peinado a la gomina con una colita. Tenía excelente fama como profesional de la danza, pese a no tener una pareja permanente. Se le atribuían costumbres sexuales ambiguas, pero al respecto era sumamente discreto, lo que lo convertía en muy misterioso y atractivo.

Había encontrado en las clases personalizadas su fuente principal de ingresos. En ellas, desarrollaba su demoledor poder de seducción mientras explicaba las figuras. Sabía hacer los roles del varón y la mujer por igual, lo que alimentaba sospechas y envidias. A sus clientes masculinos les daba urticaria que se colgara de sus cuellos sin remilgos, exigiéndoles un abrazo *con más contención*.

También era *taxi-dancer* de turistas extranjeras. Más de una vez, el servicio se había extendido más allá de la pista.

Mabel y Elena bailaban correctamente, y aprendieron mucho de Román. Pero lo de Agata fue diferente. En la primera clase, sintió rechazo cuando tuvo que abrazarse por primera vez con Román. Este le pidió que se relajara, pero no la presionó.

- *No estás acostumbrada a que te abracen...no importa, tomáte tu tiempo*

En verdad, Agata tenía prejuicios con el tango-danza. Estaba en un momento especial de su vida, en el que afirmaba su independencia, y veía al 2x4 como un baile que simbolizaba la sumisión de la mujer al hombre.

- *No manda el hombre, manda la música, y ambos se entregan a ella. La música es el placer, la belleza...y ambos –varón y mujer- mejor lo hacen cuanto más se dejan llevar...* desmitificó Román cuando Agata le expresó sus prejuicios.

Agata rápidamente progresó en su aprendizaje, superando ampliamente a sus amigas, quienes al tiempo, empezaron a faltar alternadamente por diversos motivos.

Ella nunca hablaba de su vida privada. Por algún motivo, ocultó su condición de casada a Román, y evitaba hablar de cuestiones domésticas con sus amigas en la clase.

Una lluviosa tarde, sólo concurrió Ágata al estudio de danza. Román la recibió con una sonrisa más ancha que lo habitual.

- *Hoy te voy a enseñar el estilo milonguero. Se baila con un abrazo más estrecho, el contacto de los cuerpos es total, y los pasos son más cortos*
- *Ah...*

Las notas de la cadenciosa orquesta de Osvaldo Fresedo, y el ruido de la lluvia daban marco a los bailarines. La última vez que Agata había estado tan abrazada a un hombre que no fuera su marido ya había sido

olvidada por su memoria. Quizás había sido en el viaje de egresados....

Lamentaba cada *chan chan* final del *Pibe de La Paternal*, porque los obligaba a separarse. Tras cuarenta minutos de clase, se sentía algo incómoda, acalorada; era invadida por sensaciones contradictorias. Quería seguir y seguir, y a la vez, salir corriendo.

A Román, su ambigüedad le facilitaba la percepción de las sensaciones femeninas. Cuando sonaba *Vida Mía*, Román superpuso su tenue voz sobre la de Héctor Pacheco, susurrando al oído de Agata:

- *Vida Mía,  
lejos más te quiero,  
vida mía,  
piensa en mi regreso,  
sé que el oro no tendrá tus besos,  
y es por eso,  
que te quiero más...  
...sos mi vida,  
Y quisiera llevarte  
a mi lado, prendida, y  
así ahogar  
mi soledad.*

Al terminar el tango, ninguno de los dos soltó el abrazo. Permanecieron largos segundos respirándose al oído mutuamente. Román interrumpió la escena besando delicadamente el cuello de Agata, quien lo empujó con violencia sacándoselo de encima.

Román se quedó con la cabeza gacha parado delante de ella, que comenzó a llorar.

- *Perdón, no quise ofenderte...*
- *No me ofendiste,* respondió entre sollozos.

Tras unos segundos vacilando, se volvieron a abrazar y se besaron con pasión. Se acariciaron con desesperación, se desnudaron y se amaron allí mismo, sobre el piso de madera, con *RE-FA-SI*, de Enrique Delfino, como fondo.

Cuando Agata volvió a su casa, sentía que todos eran extraños. Su marido le



comentaba que –una vez más- debía viajar al interior. Desde aquel cumpleaños, habían sido frecuentes esos viajes que antes nunca hacía. ¿Casualidad?

Los hijos ya tenían otros intereses, casi los mismos que su madre.

Román y Agata siguieron encontrándose en secreto, pero ambos sabían que esa historia jamás conocería la luz.

Pero a Agata le sirvió como detonante para poner punto final a su vieja vida.

Pocos meses después, Agata y Horacio formalizaron su divorcio. Con pena e inteligencia, cada uno de ellos encaró su nueva etapa de personas libres.

## Nueva vida II

Víctor Vairetti, el Tano, vivía con su familia en un caserón en el barrio de Flores, sobre la calle Bacacay frente a las vías del ferrocarril Sarmiento. No disfrutaba de la vida familiar, más bien la aborrecía.

A su mujer Graciela la consideraba una histérica eternamente insatisfecha. Compulsiva gastadora, desconocía lo que era generar dinero y solo veía en el Tano a un proveedor. Para Víctor, Graciela era incapaz de tomar por sí misma la más pequeña de las decisiones.

El Tano tenía tres hijos, dos mujeres y un varón, aunque a éste no lo consideraba como tal, dada su manifiesta homosexualidad. Víctor creía que *algo había hecho mal* por ello. El lo hubiera querido como continuador de la dinastía metalúrgica, pero a su hijo no sólo que no le gustaba estudiar, sino que soñaba con ser coiffeur en una peluquería llena de clientas famosas. Y las dos hijas sólo concurrían a la facultad para comenzar y abandonar carreras, a la expectativa de cazar algún novio. Ninguno de los tres eran motivo de orgullo para el padre conforme sus patrones de vida.

El Tano se había criado en la fábrica metalúrgica que había heredado de su padre, llegado de Italia con la oleada inmigratoria de posguerra. Sólo sabía trabajar y ganar dinero, caerse y levantarse. En tiempos de Martínez de Hoz y de Cavallo había estado al borde de la quiebra, pero salió adelante con un empuje y habilidad poco comunes. Ahora disfrutaba de un pasar excelente, con la producción a pleno y las cuentas bancarias rebosantes.

Pero él sentía que su familia no lo merecía. Muertos sus padres y sin hermanos, toda la familia del Tano eran su mujer e hijos, a quienes despreciaba cada día mas. Además, ninguno de ellos sentía la más mínima gana de continuar la tarea de Víctor en la fábrica, ni ganas de trabajar en algo “productivo”, al menos al parecer de Víctor.

Uno de sus amigos de siempre, Piero Fodrini, se había muerto de un infarto mientras se hallaba trabajando en su negocio mayorista. La noticia lo impactó doblemente a Víctor, ya que además del dolor por el amigo perdido, veía en Piero un reflejo de sí mismo. Habían llevado vidas muy similares, pero Víctor no quería morir del mismo modo.

Víctor rumiaba día a día la decisión de vender la fábrica. Pero ¿qué haría con ese dinero? Quería disfrutar la vida, pero ¿cómo?

Al fin y al cabo la fábrica era sólo suya. Legal y afectivamente. La había heredado antes de casarse con Graciela y por lo tanto, no la necesitaba para decidir al respecto.

Todas las noches, Víctor se encontraba con José, un croto que dormía cerca del cruce de las vías de la calle Gavilán. Hablaba algo con él todas las noches; le sorprendía el nivel cultural del croto. Hablaba con giros idiomáticos propios de un académico en filosofía y letras, y su volumen de cultura general superaba al de sus tres hijos juntos. Vaya a saber por qué José había ido a parar ahí, se preguntaba. Alguna vez le contó algo de su mujer que había enloquecido y de su hija, muerta siendo aún niña, en un accidente casero.

Una noche Víctor vio que unos policías lo estaban hostigando a José y se acercó a ver qué pasaba. Los policías se retiraron y le devolvieron el documento.

- *Menos mal que tenés documento, José...*
- *Sí, viste... qué te crees...*
- *A ver tu foto...*

Al mirar el DNI de José, Víctor tuvo una visión. Observó y memorizó los datos: José Abal, DNI número 92.456.908, nacido en Montevideo, el mismo año que Víctor...

Era aún la época del viejo documento verde con forma de libreta. La idea se empezó a instalar en la cabeza de Víctor. Después de despedirse de José, anotó en un papel los datos antes de olvidarlos.

Al poco tiempo, el Tano tomó la decisión y comenzó a desarrollar su plan.

Lo primero fue vender la fabrica a unos chinos que pelearon hasta el ultimo centavo. La operación la hizo sigilosamente, sin notificar a nadie de la familia. La plata la giró a una cuenta de Uruguay a nombre de una sociedad que ya había formado años antes, cuando era más fácil eludir ciertos controles.

Luego fue al Registro de Estadística y Reincidencia Criminal, en la calle Tucumán y pidió un certificado con los datos de José. Quería asegurarse que no tuviera antecedentes penales. El resultado fue favorable, José no tenía prontuario.

Esa misma noche, sin que nadie lo viera, Víctor tomó una valija y guardó en ella varias de sus ropas. Y salió de su casa en su camioneta. En una esquina

oscura cambió su vestimenta dejando la que llevaba en el asiento del acompañante.

Ya era más de medianoche. Se acercó despacio hasta la esquina en donde solía dormir José. Lo encontró tirado en el piso con una botella de vino semivacía.

Se ubicó al lado del croto y puso sus manos enguantadas en su cuello y lo ahorcó.

Cuando se aseguró de que ya estaba muerto, lo cargó en la camioneta. Adentro le sacó sus ropas harapientas y le puso la que había dejado en el asiento. Ellas tenían el DNI de Víctor, quien retiró el de José para guardarlo en su propio bolsillo.

Víctor tiró la ropa vieja en un contenedor de la calle y manejó unas cuadras con el cuerpo de José en el auto. En el cruce de San Nicolás, en Floresta, lo bajó y colocó sobre las vías, con la cabeza mirando a la locomotora.

Víctor dejó su camioneta allí y se fue a pasar la noche a un hotel de mala muerte de Constitución. Allí retocó el DNI de José sustituyendo su foto por una propia.

A la mañana siguiente se fue temprano a tomar el ferry a Montevideo. Pasó todos los controles sin problemas como José Abal.

Al llegar a Montevideo, fue al banco para empezar a disponer del dinero que había girado. Previamente, ya había designado en su sociedad uruguaya a José como apoderado.

Mientras tanto, en Buenos Aires, su familia reaccionó recién entrada la tarde siguiente a la fuga del Tano. *¿Sabés algo del viejo?* se preguntaban livianamente sus hijos, hasta que a la noche, Graciela entró de golpe en una crisis nerviosa al no tener noticias de su marido. Ella y sus hijos se quedaron en vela toda la noche sin hacer otra cosa que reprocharse mutuamente.

Recién a la mañana siguiente a alguien se le ocurrió hacer la denuncia policial. A las pocas horas, recibieron la noticia de había un cadáver con los documentos de su padre en la morgue judicial, pero le advertían que era irreconocible pues había sido arrollado por un tren

Allá fueron los tres hijos y su mujer. El único que se animó a entrar fue el varón, quien salió diciendo entre sollozos *es papá...¿por qué hizo esto.....?*

Al presunto Tano lo enterraron sin velatorio. Decidieron que la ceremonia fuera íntima. No le avisaron a los amigos de la infancia, clientes, empleados ni proveedores. A los dos meses, Graciela comenzó los trámites para la sucesión. No había querido arrimarse por la fábrica, y tampoco sus hijos mostraron mayor interés. No tenían idea qué hacer con ella, hasta que tuvieron la fatídica reunión con el abogado.

- *Señora, tengo malas noticias para ustedes...*
- *¿Qué pasa, doctor? ¿hay algún problema?*
- *Ustedes me hablaron de varios inmuebles, de los autos y de la fábrica... como los bienes que entrarían a la sucesión...*
- *Sí claro, ¿hay algo más?* volvió a preguntar Graciela
- *Pedí informes de dominio y el único inmueble que está a su nombre y suyo como esposa es la casa de Bacacay*
- *¿y el resto?*
- *Los departamentos de Buenos Aires están a nombre de una sociedad, que es de dos tipos de Córdoba, de apellido Arredondo, nada que ver con ustedes... el de Pinamar está a nombre de una tal Yamila Sfeir, los autos están a nombre de otras personas que no recuerdo y la fábrica está a nombre de unos chinos.*
- *¿y entonces... qué hacemos...?* preguntó una de las hijas
- *Ah me olvidaba, las tarjetas de crédito están al tope y el saldo en la cuenta corriente es de \$ 45.- y no tiene ningún plazo fijo a su nombre*
- *¡nos cagó...! ¡el viejo nos cagó...!* dijo la otra hija, única persona que empezaba a tomar conciencia de la situación
- *No digas éso de tu padre...* le recriminó sin convicción Graciela.

Allende el Plata, el Tano comenzó su nueva vida: se compró un departamento frente a la Rambla Chile, en Playa Malvín, y se abrió un pequeño local comercial sobre la Avenida Herrera, frente al Shopping, al que iba caminando todos los días.

Al poco tiempo conoció en un stand de la estación Tres Cruces a María Inés, una morena muy simpática con la que comenzó un romance rejuvenecedor.

Cada tanto se acercaba a la playa y miraba al fondo del horizonte, como apuntando a Buenos Aires.

Y respiraba felicidad.

## Cambio de mente

Anita era una muchacha bellísima. Delgada, tez morena, cabello corto, cuerpo perfecto y rostro angelical. Bailaba salsa con gracia, pero su mirada extraviada revelaba que adentro de su cabeza, algo funcionaba mal.

En efecto, pese a sus treinta y cinco años, Anita tenía la mente de una niña. Trabajaba de empleada administrativa en una pequeña fábrica de la zona sur, haciendo un trabajo sin muchas exigencias y con modesta remuneración.

Vivía con sus abuelos. Su padre había muerto y su madre, se había ido a vivir a Londres con un músico de rock que había conocido *chateando*. A los pocos meses se peleó, pero conoció a un médico argentino que deambulaba por el *Viejo Mundo* y se fueron a vivir a Miami.

Cuando la conocí, fui atraído por su belleza. Me sorprendió su torpeza e inseguridad al hacer el amor, pero al principio no le dí importancia. Con el paso de los días, fui advirtiendo sus limitaciones mentales y emocionales. Hablaba y actuaba infantilmente, y sus temas de interés en absoluto coincidían con los míos. Era –como una niña– absolutamente dependiente de sus abuelos, y también de mí.

Al poco tiempo, sentí que la relación no tenía sentido y decidí terminarla. En medio del llanto, me dijo que no entendía por qué lo hacía. Al poco tiempo empezó a salir con un muchacho de muy pocas luces que la cortejaba, hecho que logró despejar mis culpas.

Perdí todo contacto con ella hasta que un año después, una tarde de domingo volví a verla.

Estaba aún dormitando la siesta, y el timbre del portero eléctrico me sobresaltó. Cuando pregunté quién era, escuché una voz segura y firme:

- ¡Ana!
- ¿Ana? Pregunté descolocado
- Ana...Anita...¡estás dormido..! ¿no me reconocés?
- Anita....claro...subí

Al abrirle la puerta, ví una mujer muy distinta a la que yo había conocido. Era otra. El mismo cuerpo perfecto, la misma cara de ángel, pero con el pelo

largo y una actitud de mujer adulta y segura de sí misma que la convertían en una desconocida.

- *Estás cambiada, parecés otra mujer*
- *No parezco otra mujer, soy otra mujer. ¿Te cuento?*  
*Dale, hace unos mates....*

Mientras aún luchaba con mi perplejidad, escuché el relato de Ana. Unos meses después de nuestra separación, la madre vino a la Argentina, y la invitó a ir con ella a Estados Unidos. Le prometió llevarla a Disneyworld, lo que entusiasmó a la joven.

Pero en verdad, el motivo del viaje fue otro. El novio de la madre era un neurocirujano argentino, que se había ido al norte, tras cumplir una condena en nuestro país, por mala praxis. Allí había instalado un establecimiento en donde hacía algunos experimentos extraños.

De golpe, Ana interrumpe su relato, me mira, toma su cabellera y se la quita de un manotón. Su cabeza lucía totalmente calva, con una cicatriz que le rodeaba su perímetro.

Ana había sido llevada al quirófano con engaños. Allí, le abrieron la cabeza, y le inyectaron células cerebrales de otras personas –científicos, sabios, pensadores, algún periodista- en su propio cerebro. Luego de verificar la compatibilidad de los tejidos, la cerraron...y a esperar a ver qué pasaba.

Cuando despertó, recordaba toda su vida, pero desde otra dimensión. Sentía que había crecido de golpe. Su voz había agravado su tono. Su mirada ya no era extraviada. Empezó a actuar reflexivamente, y sus temas de conversación se hicieron más profundos.

Cuando llegó de vuelta, se encontró con una nueva realidad. Su novio –que esperaba ansioso un muñeco del pato Donald prometido por ella- le parecía un imbécil, y lo dejó inmediatamente. Sus pocas amigas le resultaban insoportables, y sentía que debía hacerse cargo de sus abuelos, y no al revés como hasta ese momento.

Al principio, se sintió muy sola. La transformación que había tenido la disfrutaba y padecía a la vez. Cambió de trabajo y empezó a estudiar psicología. Conoció otra gente y empezó lentamente a adaptarse a su nueva vida.



- *Quedaste mudo...* me dijo mientras se acercó a centímetros

Allí nomás, me besó y en minutos nos desvestimos e hicimos el amor. Su rol fue activo y variado, y llegamos –casi a la vez- a un orgasmo profundo y sentido.

Nos empezamos a ver seguido, y al poco tiempo, estar con ella pasó a ser una necesidad para mí.

Además de la fuerte atracción sexual que ejercía sobre mí, me fascinaba su inteligencia, sus temas de conversación, sus sutilezas y su refinado gusto estético.

Ella no paraba de leer, asistir a conferencias, exposiciones de arte, mirar documentales en televisión, y conocer gente nueva. Parecía que quería ponerse al día de tantos años de inactividad cerebral.

Hasta que un día, decidió terminar conmigo. En medio del llanto, le dije que no entendía por qué lo hacía. Con el tiempo comprendí que –en su evolución- me superó, y acabé resultándole poca cosa para ella.

Semanas más tarde, empecé a salir con Gladys, una chica sin muchas luces, y despejé todas sus culpa

## La compra

Ramón era un taurino hosco, dedicado a trabajar y hacer dinero, con dificultades para relacionarse con la gente. Tenía un pequeño bar en la *city* porteña, que trabajaba de lunes a viernes, atestado de clientes.

Vivía solo, y le pesaba. Ya estaba grande. Sus dos hijas se habían casado, y se habían ido a vivir a Europa a finales de los años noventa, y no tenían contacto con él. Su casa era un desastre, con todos sus muebles rotos y abandonados, en medio de un gran desorden.

Le costaba acercarse a una mujer. Sus deseos sexuales, sólo los satisfacía con profesionales, en sórdidos departamentos del microcentro.

Una tarde se le apareció en el bar una vieja amiga, Eliodora, o Dora, como prefería ser llamada. Una paraguaya que respondía a la fama de corpulentas y vigorosas. Se había casado con Eleuterio, un paisano veinte años mayor, que había hecho fortuna en Buenos Aires en la industria de la construcción. Después de un tiempo, ambos volvieron a Paraguay. Allí falleció Eleuterio de un paro cardíaco mientras tenía sexo con su empleada doméstica.

Cuando Dora quiso iniciar la sucesión, se encontró con una situación económica totalmente distinta a la imaginada. Las deudas y juicios laborales habían devorado el patrimonio de su marido.

Dora ya estaba grande para aventuras y prefirió quedarse en Asunción, donde se las rebuscaba como empleada en un comercio, y podía atender a su madre, que ya estaba muy anciana y enferma.

Pero quería un destino mejor para Jessica, su hija que anhelaba viajar a Buenos Aires para estudiar medicina.

El problema era que no tenía dónde vivir ni trabajar.

Por eso, Dora se fue a Buenos Aires a ver a su viejo amigo Ramón. Ellos habían sido amantes en los primeros años del matrimonio con Eleuterio. Pero Ramón no tenía paciencia para una pareja estable, por lo que Dora prefirió seguir manteniéndolo en ese rol alternativo.

Dora quería poner su propio negocio en Asunción, y necesitaba un aporte de

capital. ¿Con qué contaba?

Con Jessica. Igual a ella, pero veinte años más joven. Morocha de labios gruesos, pechos prepotentes y piel gruesa, era una muchacha formada en la tradición guaraní de respeto casi sumiso al varón.

Dora le expuso a Ramón su propuesta, sin medias tintas, mostrando la triple conveniencia del proyecto, dejando de lado pruritos y cuestiones morales:

- *¿Te acordás de Jessica, no?*
- *Sí..debe estar grande*
- *Ya tiene veintidós. Quiere ser médica. Me parece bien, sino se muere de enfermera.*
- *¿Tiene novio?*
- *No. Se quiere venir pa'Buenos Aires.*
- *Ah, qué bien...*
- *Necesita un lugar para vivir*
- *.....*
- *Yo pensé...mirá la foto de ella...*

Ramón mira y queda impresionado

- *...que podría vivir en tu casa. Te propongo lo siguiente: ella se ocupa de todos los quehaceres domésticos: te hace la comida, te lava, te plancha, te limpia...y a la noche, cuando vos llegás...bueno ya sabés, es tuya, hacé lo que quieras, a cambio de casa y comida.*
- *¿Y ella está de acuerdo?*
- *Sí, ya lo hablamos*
- *Bueno, dale...*

Ramón quería cerrar de inmediato, y empezar cuánto antes, pero Dora le pinchó el globo:

- *Escucháme, no te imaginarás te voy a entregar a mi hija así nomás..*
- *¿no? ¿qué querés?*
- *Cincuenta mil*
- *¿pesos?*

- *Dólares. Es lo que necesito para abrir mi negocio.*
- *¡Estás loca! ¡Me querés vender a tu hija!*
- *Cuando te mostré la foto, no te parecía mala la idea. El único problema parece que es que tenés que poner plata.*
- *No sé...es tu hija*
- *¡Si el acuerdo era mano a mano estaba bien para vos! Lo que te jode es poner los billetes...No importa ¡ya me arreglaré!*
- *¡No..! Está bien... tráela a la chica y te doy la plata*

El encuentro entre los tres fue a los dos días. Jessica bajó del micro con un bolso, enfundada en una gruesa campera. Dora la esperaba en Retiro, e inmediatamente fueron a la casa de Ramón.

El encuentro fue tenso e incómodo para los tres. Dora llevó la voz cantante:

- *Bueno Jessy, vos tenés que hacer todo lo que te diga Ramón, ¿entendés? Todo es todo*
- *Sí, mamá*
- *Y vos Ramón, para que quede claro, te vas a cuidar siempre. ¡Siempre! ¿te queda claro? ¡y nada de besos en la boca, eh!...y lo que haga Jessy mientras estés trabajando no es asunto tuyo, mientras a vos te cumpla. ¿Está bien?*
- *Sí, Dora, como habíamos quedado*
- *Acompañame hasta la puerta*

Allí, a escondidas, Ramón le dio el dinero a Dora, quien inmediatamente se fue a Retiro a tomarse el primer micro a Asunción.

Cuando Ramón volvió al interior de la casa, todavía Jessica no se había sacado la campera. Estaba rígida y callada.

- *Podés guardar tus cosas en el placard. Ponéte cómoda, ésta es tu casa*
- *Gracias, señor*
- *Decime Ramón, nomás*

Ya se acercaba la hora de la cena. Jessica preparó lo que pudo con lo que había. Cenaron en silencio, sin mirarse. Ramón habló muy poco,

sólo para ponderar la capacidad culinaria de la muchacha.

Súbitamente, se levantó y le dijo a Jessica:

- *Lavá todo, bañate y te espero en el dormitorio*
- *Como mande, señor... Ramón*

La morocha guaraní hizo todo lo que le ordenó su amo. Al salir del baño se acercó a la cama matrimonial con un *baby-doll* rosa muy seductor. Todo lo contrario era Ramón. Se hallaba acostado, por fuera de las sábanas, ligeramente despeinado, en camiseta musculosa, con su abundante panículo adiposo en primer plano, calzoncillos de tela descolorida y medias con agujeros aún puestas.

Jessica se recostó tímidamente sobre la cama. Miraba a Ramón con pánico. Este la contemplaba agitadamente. Puso su gastada mano derecha en uno de los pechos de Jessica y se lo estrujó sin delicadeza. La desnudó torpemente, babeándole el cuello.

Temblándole la mano tomó un preservativo, lo desenfundó con los dientes, lo colocó en su miembro con ansiedad, y penetró a la joven con desesperación, sin sacarse ni las medias ni la camiseta.

Jessica gritaba del dolor y la bronca contenida, pero Ramón siguió empujando brutalmente hasta eyacular en medios de alaridos destemplados. Después la besó alocadamente por todo el cuerpo, mientras Jessica tenía en su rostro una mueca de repugnancia.

Cuando se cansó, la apartó, se puso el calzoncillo y se dio media vuelta, echándose a dormir pesadamente.

Los ronquidos de Ramón y la amarga sensación de Jessica le impidieron a ésta dormir, pese a su cansancio. Contuvo el llanto, que soltó apenas Ramón se fue al día siguiente.

La noche siguiente fue casi igual. Ramón recriminó a Jessica por no tener limpia y planchada la ropa. El encuentro sexual no fue tal, sino una cuasiviación como la perpetrada veinticuatro horas antes.

Una noche, después de su deposición seminal, Ramón le preguntó si a

ella le gustaba lo que hacían. La joven bajó la vista y guardó silencio. El se enojó y se dio media vuelta dando un quejido con la voz.

Con el paso de los días, Ramón observó que su performance viril decaía.

Fue a una farmacia unas seis veces, sin animarse a pedir lo que quería. Al final lo hizo escribiendo en un papelito la frase *quiero biagra* y pudo llevarse una caja de citrato de sildenafil.

Justo esa noche, al llegar a la casa, vio que Jessica no estaba. Se puso furioso. A los diez minutos, ella llegó apresurada

- *¿Dónde estuviste?*
- *Empecé la facultad*
- *Hacéme la comida rápido y vamos a la cama..* le ordenó él.

La ingesta del medicamento le generó una potencia inédita, y una gran confianza en sí mismo. Jessica lo notó y –sin llegar a disfrutarlo- le hizo menos traumático su trabajo. Advirtió rápidamente la influencia del comprimido azul en el rendimiento de Ramón.

Una mañana, estando sola en el departamento, revolió el cajón de la mesa de luz de su amo, y encontró la caja del medicamento. Se detuvo a leer detenidamente el prospecto, y en especial, las contraindicaciones.

Con los días, Jessica fue cambiando su actitud. Cuando tenían sexo, cambió su postura. En lugar de permanecer en silencio, alentaba a Ramón con frases como *estás hecho un toro*, o *ahora me gusta más estar con vos*.

Una noche, Jessica se acercó a Ramón con una botella de whisky. Jugó con él histéricamente, mientras tomaba de su vaso. Se dejaba tocar por Ramón, pero no le permitía la cópula, entre risas y bromas.

- *Ah, no si no tomás whisky conmigo no te dejo* le dijo una y otra vez entre carcajadas

Ramón finalmente accedió a beber, en forma ansiosa, fruto de su propia excitación. En medio del juego que le proponía Jessica, se tomó tres vasos al hilo, hasta que al final pudo acceder a penetrarla a la

joven.

En más de una ocasión, cuando se aproximaba el orgasmo de Ramón ella lo interrumpía con cualquier excusa, y volvía luego a comenzar.

Hasta que en una ocasión, Ramón se hallaba a punto de estallar. Su piel estaba roja, su boca temblaba, sus ojos saltaban de sus órbitas y sus gritos perforaban la noche. Súbitamente, su voz se volvió ronca, sus manos se pusieron tiesas, la miraba se clavó en el fondo de los ojos de Jessica.

El corazón de Ramón se detuvo, mientras la eyaculación salía ya, por reflejo de un cuerpo sin vida. Jessica empujó el cuerpo de Ramón hacia arriba y se corrió a un costado.

Había dado resultado su plan, que combinaba alcohol, sexo, citrato de sildenafil,... y desesperación. Mientras contemplaba el cuerpo desnudo y aún sudoroso de Ramón, boca abajo, recordaba el final de su padre, casi idéntico.

Mientras la policía retiraba el cadáver, pensaba en que su plan había sido tan perverso como el que su madre había tenido con ella.

Semanas después, sabiendo de la ausencia fáctica de herederos y con el auxilio de un escribano rendido ante sus encantos, logró acomodar toda la documentación necesaria, para que el departamento y el bar fueran suyos.

Igual siguió estudiando medicina, pero sin apuro.

## La doctora

Me despertó con su vozarrón imponente. Insultaba –cuándo no- a Oscar, a quien imagino aterrado del otro lado de la línea. Apagó el celular con un dedazo sobre la pantalla y seguía maldiciéndolo. Para mí resultaba un amanecer insólito.

Me parecía increíble tenerla allí. Desnuda, sin maquillaje, con el cabello revuelto. Ella. Nada menos. La mujer más temida, más odiada y más amada. La que se llevaba a todos puestos. La que envolvía con su inteligencia abrumadora, su palabra inagotable, su histrionismo insistente y su colocada voz de *mezzo soprano*.

Pese a haber perdido su *make up* tras la noche de pasión, la sexagenaria lucía seductora. O a mí me parecía así, quizás por tener conciencia de *quién* era. Quizás ese mismo cuerpo en otra mujer no me hubiera movido un pelo.

Apartó su vista del teléfono, me ofreció su ancha sonrisa y me pidió disculpas por despertarme. Me dio un beso en la boca y me acarició los genitales mirándome con picardía.

Hacía apenas dieciséis horas que nos conocíamos. O que ella me conocía a mí, porque obviamente, yo sabía quién era. Decenas de artículos escribí sobre ella. Críticos, filosos. Obsoletos ya, desde que volvió al llano, después de tantos años.

Una de esas notas la leyó en internet y le llamó la atención. Quizás porque mi crítica intentaba volar más alto que los habituales ataques que superpoblaban los medios masivos de comunicación.

Me llamó una asistente y me dijo que la doctora quería verme y hablar personalmente. Yo pensé que me iba a pelear, pero me equivoqué.

Me recibió una tarde otoñal en su petit hotel de la calle Uruguay. Apenas llegué, la misma voz que me llamó se despidió de ella con un escueto *hasta mañana*. A los pocos minutos, apareció desplegando inéditas virtudes de cálida anfitriona. Al menos lo eran para mis prejuicios.

Lejos de buscar controversias, ponderó mis artículos, demostrando



haberlos leído de cabo a rabo. Sólo me observó determinados párrafos aclarando *... algunas cosas no sabés cómo sucedieron...*

Mirándome fijo y poniéndose seria, me declaró convencida *voy a volver*. Me ofreció sumarme a su equipo. Lo hizo con tal poder de convicción, que no supe cómo decirle que no. Inmediatamente, me hizo tomar nota de futuras reuniones, sin consultarme sobre mis posibilidades de agenda.

Hablamos animadamente de todo tipo de temas. Ella estaba relajada y parecía disfrutar de la charla. Cuando empecé a tomar conciencia del tiempo que llevábamos conversando, me dijo *¿querés cenar?* aunque aún me resultaba temprano. Tampoco me pude negar.

Yo sentía algo extraño. Me resultaba raro tener una conversación tan amable con ella. A la vez, me inquietaba su sensualidad. Una voz interior me pedía que tomara alguna iniciativa para avanzar en pos de mayor intimidad.

Fue a la cocina a ver qué tenía para ofrecer. Abriendo la heladera me gritó *tengo empanadas de jamón y queso... ¿te gustan?* Asentí con timidez acercándome con las manos en los bolsillos, sintiendo algo de frío en la espalda. La escena cada vez me parecía más inverosímil.

Puso cuatro empanadas en el horno a microondas y sacó una botella de agua mineral, acomodando rápido la mesa de la cocina. Dispuso las dos sillas muy próximas y me miró con una sonrisa sin hablar. Cuando el impulso interior me llevaba a aproximarme, la campanita del horno me frenó.

Devoré las empanadas con ansiedad. Pese a ello pude esperar a que ella terminara su último bocado. Allí le acaricié la mejilla y jugué con su cabello. Cuando bajaron sus párpados, la besé en la boca.

Durante más de media hora nos hicimos arrumacos. En algún momento, uno de los dos propuso ir a la habitación. Nos sacamos el uno al otro la ropa con lentitud, y a ese ritmo desgranamos caricias y succiones, hasta llegar al punto más álgido de la pasión.

Renacida la calma, conversamos sobre temas más personales. Quizás recién allí encontramos el verdadero sentido del encuentro.

Pese a mis prejuicios, ella resultó ser una mujer, ni más ni menos. Su ambición, su soledad, su alegría, su ira, sus miedos, sus deseos, sus arrepentimientos y sus dudas, eran las mismas que las de cualquier otra.

## Fiscalía sin control

Rosario. Algo especial tiene esta ciudad. De allí salieron el *Negro* Olmedo, el Che Guevara, Lio Messi, Fito Páez y el también *Negro* Fontanarrosa. Hace casi tres décadas que es gobernada por el socialismo, toda una peculiaridad. El portón de salida de la Pampa Húmeda hacia el mundo comprador de soja. Un territorio donde se mezcla la prosperidad, la cultura, el fútbol, los narcos...Y el caso de la fiscalía sin control.

En una casa reciclada de la calle Montevideo, casi esquina Moreno, funciona la Unidad Fiscal de Investigación y Juicio número siete. Fue la última en abrirse. Sus oficinas están al fondo, subiendo una escalera que parece que no lleva a ningún lado. Pareciera que está desconectada del resto.

Su primer titular fue un joven abogado graduado en la Universidad Católica, Ernesto Rentería. De modales duros, pelo peinado a la gomina y comunión diaria. Hijo de un estanciero de Cañada de Gómez, era el octavo hijo de la familia. Pese a su linaje, tenía vínculos cercanos con el ex gobernador Helio Schneider, uno de sus ex suegros. A él le debía su ingreso a la fiscalía. Paradojas de la política.

La fiscalía se convirtió rápidamente en la mejor de la Regional Rosario. Resolvía rápidamente cada cuestión y la llevaba a juicio con prontitud, y alto porcentaje de condenas. El nombre de Rentería empezaba a sonar fuerte en el mundillo judicial rosarino.

Pero la curiosa personalidad del fiscal empezó a generarle problemas.

Todos los fiscales suelen ser más versados en un tipo de delitos por sobre los demás. Algo que les atrae con mayor intensidad, y que lo subliman convirtiéndolo en su especialidad. En el caso de Rentería, ello ocurría con los delitos en los que había algún contenido sexual.

A alguien le empezó a llamar la atención la intensa actividad de la fiscalía más allá de su horario normal de funcionamiento, y el compromiso de sus empleados con la misma, quienes se empezaron a quedar hasta la noche y aún la madrugada sin chistar.

Rentería era un bipolar. Hasta las tres de la tarde era un magistrado

ultracatólico, de rígida moral, y luego se transformaba. Y transformó a todo su equipo.

Todo comenzó un día, en que el secretario entró sin avisar al despacho del fiscal, y lo encontró tendido en su sillón con cara de éxtasis. Debajo del escritorio podía verse a la empleada de la mesa de entradas arrollada, en plena sesión de sexo oral.

Lejos de retirarse, el secretario se quedó allí mirando hasta que la chica lo invitó a quedarse, prometiéndole una participación a él también.

Luego se fueron sumando el prosecretario letrado, el audiencista, las asistentes sociales, la chica que hacía la limpieza...y los miembros de las otras fiscalías.

Cuánta más gente participaba, aumentaba la complicidad entre los miembros del club. Se empezó a correr la bola que *en la siete arman jodas todas las tardes*...lo que aseguraba un fluido tráfico de personas.

En algún momento de caos, alguien ideó una especie de reglamento interno para llevar a cabo cada fiesta. Al fin y al cabo, la mayoría eran abogados. Se decidió por mayoría —no se alcanzó la unanimidad— que sólo se aceptaban relaciones heterosexuales y usando preservativo. Nadie podía obligar a nadie. Además, no podía ingerirse alcohol ni ningún tipo de drogas. Se dispuso asimismo que a las 23 horas indefectiblemente, la fiesta terminaba y había que dejar todo limpio y ordenado, sin rastros dejados por ahí. Obviamente, regía entre los socios un rígido secreto de grupo. Nadie podía hablar de lo que allí pasaba, ni siquiera como testigo en causa judicial.

Los días más intensos eran los jueves, en los que concurría la mayor cantidad de participantes. Pocas veces eran parejos los números de varones y mujeres. Las damas siempre eran menos, con lo que disfrutaban de mayor cantidad de encuentros. Incluso competían entre ellas a ver quién era la que más encuentros tenía en una tarde-noche. En un momento se organizó un sistema de premios; primero eran camisetas de Newell's o de Central, y luego fueron teléfonos celulares y televisores.

Pero todo tiene un final.

Mientras ésto pasaba, el nombre de Rentería empezó a sonar para juez.

Había un juzgado vacante, y varios candidatos. La fiscalía siete funcionaba mejor que cualquiera, y colocaba a su titular en la *pole position*.

Fernando Lynch, un renegado pariente lejano del Comandante ultimado en Bolivia, aspiraba a esa silla vacía. Estaba dispuesto a cualquier cosa para ser elegido.

Contrató a un detective de Buenos Aires, Guillermo Vinelli, quien tenía una peluquería sobre la Avenida San Juan como pantalla de su actividad principal. La misión era encontrarle algo a Rentería, para desacreditarlo y dejarlo fuera de competencia.

El investigador-estilista se acercó a la fiscalía a chusmear, a ver qué le decía el instinto. Nada, así varios días. Una mañana, tomando un café en *El Cairo*, escuchó la conversación de dos tipos de traje que hablaban y se reían a los gritos.

- *¿Escuchaste lo que se dice de la fiscalía siete..?*
- *Sí, algo me contaron...parece que hay orgías, putas y éso...*
- *Sí...y debe haber falopa en grande...*
- *Y claro, en vez de juzgar a los narcos, arman las jodas con ellos...*

Vinelli por fin tenía una punta para trabajar. Al día siguiente fue al edificio de la fiscalía cerca del horario de cierre, pero no entró en ella, sino que se encerró en un baño. Salió cuando estuvo seguro que nadie deambulaba por los pasillos, y se dirigió hasta la escalera que parecía no llevar a ningún lado.

Al llegar a la puerta, oye los primeros gritos. Intenta abrir, pero la puerta está cerrada con llave. Toca el timbre, y una embarazada le abre y lo interroga.

- *Hola quién sos?*
- *Guillermo, soy de Granadero Baigorria. Me invitó un amigo...Marcelo... que trabaja en la seis...*
- *¿Sabés como es ésto, no?*
- *Sí, él me contó...¿puedo pasar?*
- *Mirá. Igual te recuerdo las reglas...*

La chica le explica el reglamento y Vinelli pasa. Camina extasiado entre

cuerpos desnudos que se vinculan entre sí. En un rincón, se saca la ropa y tímidamente intenta integrarse. Una pelirroja regordeta se percata de él y se le acerca.

- *¿sos nuevo, no? ¿trajiste forro? Soy Karen...soy poli en la primera...vení..*

Lo lleva a Guillermo a la sala de audiencias y tira una colchoneta en el piso. Allí tienen sexo durante unos minutos. Al terminar, se cruzan con Rentería, quien le da la bienvenida al recién llegado.

Al día siguiente, Vinelli se reúne con Lynch, y lo pone al tanto de la situación.

En pocas semanas, logra que se ordene un allanamiento a realizarse justo un jueves. Así se hizo, y el resultado fue demoledor para las aspiraciones de Rentería.

Lo curioso fue como reaccionó la sociedad. El mundillo abogadil condenaba a Rentería, pero a medida que el tema se trataba más lejos de los tribunales, el juicio popular era más indulgente para el acusador acusado. Incluso, se recordaba que era el fiscal más eficiente en sus funciones, por lo que se lo veía como un factor positivo en la lucha contra la inseguridad.

En el Partido Socialista se debatía entre dos alas, como actuar frente a Rentería. Una lo atacaba desde lo moral, la otra lo excusaba, por el mismo motivo. Era solo éso y no un delito.

Me voy para Santa Fe. Mañana dan la sentencia en la corte provincial. Pronóstico reservado, para el caso de la fiscalía sin control.

# **Sublimaciones**

(Cuentos simbólicos)

## El lupanar

Es medianoche. Llego al salón, y tras dejar mi abrigo en el guardarropas, me paro frente al paisaje danzante. Mi miopía otea el horizonte, buscando rostros familiares. Voy a mi mesa de siempre, contra la pared, al fondo. Un sábado más de milonga, reencarnación del lupanar porteño de diez décadas atrás.

El tango nació allí, entre varones osados y meretrices obedientes. Un rosario de mesas con manteles punzó adornados con velas rosadas, como toda iluminación. Allí conoció el esplendor, en otros tiempos de mayor grandeza nacional.

Para resurgir, debió volver a los orígenes. Se paseó por salones alfombrados y escenarios rutilantes con Primeros Ministros de esmoquin en la primera fila. Ganó de visitante durante años, mientras se lo despreciaba en su propia casa.

Recompuso su hábitat original, para volver a ser amado por su pueblo. Recreó su ambiente provocador y otra vez, hizo sentir a sus cultores como rebeldes transgresores que nadan contra la corriente de lo socialmente correcto.

Entro, y al trasponer la puerta de entrada a la milonga, derroto al tiempo y al olvido. Me convierto en un *Cachafaz* posmoderno. Palpo mi cintura, y por un minuto convierto a mi celular en un temible cuchillo justiciero.

A medida que avanzo por el delgado desfiladero entre las mesas, cada una de las *grelas* me intima con su mirada de fuego a que la elija. Todas se sientan erguidas, luciendo salientes sus pechos semidescubiertos. Cruzan sus piernas apenas tapadas por minifaldas negras con tajos hirientes. Tapizan sus labios con gruesas pántinas color bermellón, y esconden sus ojos en el medio de un mural de purpurina. Sangran deseo. Se ofrecen tentadoras en el mercado de la sensualidad.

Saben que si no juegan el rol, *planchan* toda la noche. Algunas no la quieren entender. Son señoras también allí dentro. Y se van a ir con las manos vacías.

Yo simulo indiferencia y falta de apuro. Contemplo los ojos, los pechos y las piernas de cada una. Sé que soy el que elige, y mi criterio poco tiene que ver



con sus habilidades para la danza. Ellas lo saben, y hacen lo mismo cuando dicen *sí* y cuando dicen *no, gracias*.

Cuando me decido, un breve ademán alcanza para individualizar la mercadería. Una morocha sonriente me ofrece su cintura. Me cuesta mirarla a los ojos. Un prendedor dorado que descansa entre sus senos succiona mis pupilas.

La abrazo con delicada estrechez. Mi mano derecha protege su omóplato desnudo y frío. Su brazo izquierdo se cuelga de mis hombros. Nuestras mejillas pueden, entre sí, sostener una hoja. No nos miramos, pero nos sentimos.

Su perfume hubiera alcanzado para diez mujeres más. Su pelo barre mi sien. El vistoso aro de su oreja derecha espera ansioso un susurro de mi boca.

Suena la orquesta del infortunado músico bahiense, o de Pugliese, qué más da. En cada paso, avanzo con la decisión necesaria como para atravesarla al medio. En el impulso, nuestros pechos se sellan. Las pieles de uno y otra entran en confianza a medida que se desgranán los compases.

Ella se somete dócil y satisfecha a mis requerimientos. Disfruta de un macho que la gobierna y la protege. En cada *ocho* me exhibe su femineidad. Al final de cada tango, apenas se suelta y me mira a los ojos, esperando mi aprobación.

La invito a mi mesa. Ella es feliz, porque la compré, despreciando a las otras. Tomamos alcohol y hablamos de trivialidades. Seguramente, nos iremos juntos a esperar abrazados el sol del domingo.

## El duelo

Sábado a la noche en Buenos Aires. Intento sacarme el gusto a pizza tomando otra cerveza en el quiosco de Rivadavia y Castro Barros. Antes de entrar al estadio, se dejan oír los gritos de la popular, mezclados con la chicharra y una voz afónica que ordena *¡segundos afuera...!*

Me gustaba más el *gong* que producía el martillo lanzado sobre la campana chata. Era otra cosa. Tampoco es lo mismo entrar al *Luna* que hacerlo en la *Federación*.

Me siento en la fila seis del ring-side. Están peleando un par de desnutridos recién salidos de la adolescencia. No tengo idea quiénes son. Apenas si saben pararse.

La pelea de semifondo es distinta. Tiene más emoción, hasta que un cross zurdo de un ascendente moreno del conurbano deja despatarrado y con el bucal semidesprendido al pulcro cordobés. Le hizo pelea hasta donde pudo.

La pelea principal es por el título argentino de los medianos. Setenta y dos kilos, el hombre ideal. Sin ser mastodontes, los medianos son tipos de buena altura y aceptable musculatura. Es la categoría del zurdo Lausse, un virtuoso que mereció ser campeón mundial, y del inolvidable Carlos Monzón, el paradigma del macho criollo, vanidoso y triunfante.

El campeón es un moreno retacón, de ascendencia guaraní o toba. Sus piernas son gruesas y fibrosas. Su pecho está decorado por un matorral de pelos negros, que se adelgaza en el abdomen y se le mete más abajo del cinturón.

Feo y viril, su cara está tallada por el hambre y la impiedad de los rivales. Su mirada denuncia la ausencia de la niñez. Sus horizontes no son lejanos. Ya intentó suerte en el norte y se volvió con una aceptable paga y un nocaut en contra en el tercer round. El cabotaje es su destino. No usa pantalón blanco como antes se acostumbraba. Su vestuario se agota en un lienzo rojo con una publicidad sindical.

La estrella es el retador. Un carilindo que hasta ahora no le ganó a nadie, pero su buena línea y exitoso record de aficionado invitan a creer en él. Es flaco y alto, simpático y entrador. Rico *guacho*. Sabe dónde está la cámara de televisión y frente a ella pone cara de salvaje. No le sale. Es hermoso y

parece buen tipo. Si fuera yanqui, lo llamarían *golden boy*.

Segundos antes de comenzar la pelea se paran uno frente al otro, rodeados de humo danzante y luces que encandilan. Se lanzan entre sí furiosas miradas con las que prometen destruirse. El arbitro les habla inútilmente, recordándole disposiciones reglamentarias que conocen de sobra.

Se retiran los auxiliares, y se llevan los banquitos. Un burócrata carga en su hombro el cinturón de campeón argentino. Dos hombres se batirán por el favor de una hembra caprichosa: la victoria.

Empezó la pelea. Son dos varones que despliegan valentía, estrategia, vigor y astucia. El campeón está más seguro, pero tiene prisa por terminar rápido el asunto.

Con el correr de las vueltas, el muchachito se va afirmando. En cada *clinch*, los hombres intercambian insultos y sudores. Se refriegan sus pechos y sus brazos. Verlos así me produce una excitación especial.

Terminó la pelea. Después de pegarse, insultarse y refregarse los cuerpos, con el tañido final se abrazan como viejos amigos. Que decepción. Yo creí en el odio que se declaraban y fantaseé con disfrutar de un final trágico.

Allí están ambos esperando el fallo. Sus cuerpos están bañados por gotas de sudor que no se deslizan por la copiosa untura de vaselina que sus afortunados asistentes les han prodigado. Ahora son dos fatigadas esculturas humanas que esperan tomados de la mano por el árbitro.

Fallo unánime y nuevo campeón. El triunfo de la lógica. Uno se vuelve a su casa y tiene por delante el ocaso de su carrera. El otro, pronto hará las valijas rumbo a Las Vegas. En medio del festejo del bello y nuevo campeón, una chirusa impertinente sube al ring y lo besa en la boca. Esta noche la muy perra lo va a disfrutar...

Me voy caminando por Rivadavia para Once. En mi mente danzan mil fantasías de clinchs y vaselina. Veré cómo hago para dormir.

## La guerra

Allí están. Veintidós varones y una dama blanca. Dos banderas flamean a su lado. Tres hombres de negro. Una copa de oro macizo sobre una modesta mesa de madera. Veinte jerarcas que cada cuatro años comprueban su influencia. Cien mil testigos y por lo menos tres mil millones de espectadores a la distancia.

Para los ingenuos, se trata de la final del Campeonato Mundial de Fútbol. Es mucho más que eso.

Allí están los que inventaron el fútbol a cada lado del Atlántico. De un lado, la civilización, con once europeos adiestrados en el orden, la organización, el sistema. Once ingleses educados en el rigor, la disciplina, el respeto a un plan y la sumisión a Su Majestad. Once herederos de mil guerras de sangre, sudor y lágrimas. Once jóvenes educados en el esplendor, el poder y la arrogancia.

Del otro lado, once sudamericanos paridos por la injusticia, el hambre y la ilusión. Once resentidos, indolentes y rebeldes argentinos. Once hijos de la Pampa húmeda redimidos por la gambeta. Once individuos a los que cuesta asirlos a una noción de equipo.

Ambos países llegan a la final sorprendiendo a los catedráticos del fútbol, postergando a los alemanes –dueños de casa- y a los brasileños, dueños de gloria. Argentinos e ingleses juegan la final del mundial. Juegan por el título, por el honor, por la gloria, por el orgullo. Vida o muerte.

Desde 1806, argentinos e ingleses tienen cuentas pendientes entre sí. En cada pierna fuerte que se cruzan uno a uno, está el recuerdo de Malvinas, de la Baring Brothers, de la Vuelta de Obligado, del aceite hirviendo, de la *Mano de Dios*, de la expulsión de Rattin, del Tratado Roca-Runciman, de la nacionalización de los ferrocarriles, del *imposible* de Grillo, del León de Wembley....

*Animals* y *piratas* corresponden su odio proporcionadamente. Se detestan y se admiran. Mezclan sentimientos y argumentos. Con forma de pelota, ven rodar por el verde teatro de operaciones, su valía personal de guerreros insaciables. Quiénes son más fuertes, más arrogantes, más brillantes, más poderosos, más pícaros, más insaciables, más hombres. Ellos o nosotros.

Suenan los himnos. El nuestro ya no dice que yace *rendido un león*. Alguien que quiso quedar bien con ellos eliminó la estrofa. ¿Los ingleses habrán hecho algo similar? Difícil. De todos modos, cuando los criollos gritan *o juremos con gloria morir*, merecen crédito.

El siete de ellos es el típico inglés: inteligente, soberbio, talentoso, cínico. Está de novio con una cantante de moda. Al lado suyo, sus compañeros parecen una jauría de pataduras. Salvo el diez, un chiquilín que ya nos amargó un par de noches. El pibe parece nacido en un inquilinato de Barracas, pero no, es de la misma ciudad que los Beatles.

El diez nuestro es un atorrante salido de la villa miseria más populosa del conurbano bonaerense. A pesar de ser feo, y carecer de algún diente, salió con modelos y vedettes. Es vivo, rápido, hábil y ocurrente. También fanfarrón e impredecible. Es argentino.

Dentro de noventa minutos, once subirán al pedestal máximo de la gloria. El mundo los venerará, y millones de personas se postrarán ante sus pies. Los otros once, se volverán con el rabo entre las patas a su casa, en medio del silencio y la vergüenza de sus millones de compatriotas. Desearán más ser tragados por la tierra a mirar cara a cara a su pueblo.

Hasta que el olvido repare las heridas y alisten las armas para la próxima batalla.

## El poder

Llegó la primavera. Sábado al mediodía en una linda terraza de Villa Crespo. Nos convoca un asado de solos y solas que oscilamos los cuarenta.

Me recibe la dueña de casa. Liliana es una separada histericonica que me abre la puerta en gastadas bermudas de jean. Arriba, luce el corpiño de su celeste malla de dos piezas. Es la primera vez que tengo acceso visual al paisaje de parte de sus pechos salpicados de pecas.

*¿Vos prendés el fuego, no?* me interroga por vigèsima vez. Yo la miro fijo y simplemente le exhibo mis manos ennegrecidas por el carbón. Estamos solos, pero sabemos que pronto llegarán los otros: Alfredo, un atolondrado que se le tira cada tanto a Liliana, Oscar, el mayor de todos, que parece *retirado* pero no lo está, Silvina, con quien yo ya tuve una breve historia, y Patricia, con quien por primera vez coincidimos en nuestros tiempos de soledad. Las tres mujeres me resultan atractivas, y yo a ellas. Eso creo.

Van llegando todos: mientras el fuego comienza a arder, Oscar lo mira vaso en mano y pontifica sobre las conclusiones que le va dejando su paso por la vida. No opina sobre mis proceder de asador. Sabe que es lo mejor que puede hacer.

Silvina y Patricia están preparando ensaladas mientras despotrican contra los hombres. ¿Se darán cuenta de que las estamos escuchando? Hace calor, todos nos ponemos *fresquitos*, desnudándonos un poco, en especial yo que tengo la responsabilidad de prender el fuego.

El asador es el dueño de la situación. Maneja los tiempos, decide el orden de los platos. Verifica la calidad de la bebida y el volumen de las guarniciones. Pone fin a una conversación incómoda y estira los temas que le convienen. Al final, casi sin ropas y bañado de sudor, y con restos de carbón y grasa animal, recoge los aplausos de sus ahítos compañeros.

Estoy cumpliendo eficientemente mi rol de estrella del mediodía. Apenas el sol se anima a disputarme el protagonismo. Las brasas están en su punto justo, y yacen prolijamente sobre la parrilla las lonjas de carne vacuna y embutidos varios. En quince minutos podríamos empezar a comer. Sólo falta Alfredo.

De golpe, llega llevándose todo por delante –cuándo no- y trae una bolsa

llena de morrones, papas y berenjenas que nadie le pidió.

A los gritos, me ordena que me corra de delante de la parrilla. Con la cuchilla en la mano y sin moverme de *mi* lugar, le pregunto *¿qué hacés, boludo?*

*Vamos a poner esto a la parrilla*, dice mientras corre desordenadamente las achuras y la carne al extremo derecho de la parrilla.

- *Estás en pedo, dejá eso ahí como yo lo puse*, contraataco

- *No seas hinchabola, dejáme poner los morrones...*

- *El que viene a hinchar las bolas sos vos, viniendo a cualquier hora y modificando lo que yo hice*, digo ya en medio de un ataque de ira.

Así seguimos, mientras va aumentando el volumen de nuestras voces. Oscar notifica a las chicas del conflicto vociferando *¡socorro...! ¡dos peronistas peleando por el poder...! ¡en cualquier momento empiezan a los tiros...!*

Con decepción, veo que nadie se solidariza conmigo. Yo, que me estoy cagando de calor en beneficio del grupo, no recibo ninguna muestra de apoyo del mismo. Peor, se están matando de risa de la escena, y no les importa nada que se esté por frustrar el asado.

Sé que soy imprescindible en ese momento, pero la necedad del conjunto no lo percibe. Decido así una jugada política brillante que vuelva a poner las cosas en su lugar.

Súbitamente, arrojo la cuchilla sobre la mesada, y exclamo con fastidio *¡¡ yo no hago más un carajo!!* y me siento pesadamente sobre la silla de playa, con un vaso de vino con hielo y mis piernas abiertas de cara al sol.

Alfredo aprovecha para terminar de llenar la parrilla de tubérculos, permitiendo que se cocine despareja la carne, retrasando el inminente y anhelado momento de empezar a masticar.

*¿No estábamos por empezar a comer?* Pregunta Silvina angustiada *Ya habíamos puesto la mesa...* agrega Patricia. Oscar prefiere no hablarme. Yo estoy ausente, furioso, pero en la certeza de que me van a venir a buscar de rodillas en cualquier momento.

Las mujeres se miran perplejas. Había un hombre que les estaba haciendo el asado y lo dejaron ir. Liliana se acerca a la parrilla y empieza a tomar conciencia de la gravedad de la situación.

*Chicas, a la carne le falta y todo lo que puso este salame está crudo... Bella melodía para mis oídos.*

Alfredo intenta demostrarle a Liliana sus bondades de asador, pero ésta -con la lógica del estómago- aprovecha para maltratarlo una vez más: *tarado, yo tengo hambre, son las dos y media de la tarde...*

Mientras Liliana y Alfredo continúan intercambiando reproches, Silvina y Patricia le piden a Oscar, que en su carácter de único hombre sereno del grupo, se ocupe del tema.

La última vez que Oscar había tocado un carbón fue para escribir *Libertad a los presos de Trelew* en una pared del Ferrocarril Sarmiento. Se acerca a mí y empieza a intentar una mediación.

*¿Podés terminar el asado..? Yo me llevo a Alfredo a la cocina. Perdonalo, que va a hacer....*

Una vez que Oscar retiró del lugar a Alfredo, me acerqué al fuego con paso cansino, la boca entreabierta y la mirada autosuficiente. Empuñé despacio los atributos del mando –la cuchilla y la pala del carbón- y desalojé la parrilla de vegetales, con excepción de unos pocos morrones. Un gesto de magnanimidad hacia el vencido.

Comimos a las tres de la tarde. Alfredo reconoció su error y pidió disculpas. Guardó sus papas y berenjenas semicocidas en una bolsa de supermercado. Los demás disfrutaron del asado ponderando mi mano para el tema. A pesar de las idas y vueltas, la carne estaba sabrosa.

Al final de todo, un cerrado aplauso colmó de gozo a mi ego. Mientras las palmas de mis amigos chocaban entre sí, se humedecían mis ojos y acariciaba emocionado mi cuchilla.



# **Fantasías inconfesables**

(Cuentos eróticos)

## La empleada

No daba pie con bola. La nueva empleada sólo tenía que atender el teléfono, hacer café, y demás grises tareas de oficina, pero sus torpezas eran constantes y mi paciencia iba terminándose.

Aquéel viernes a la tardecita ya no quedaba nadie más que ella y yo. Su horario estaba por cumplirse, pero no hacía movimientos como para irse.

Además de insegura para el trabajo, era muy atractiva. Sus piernas eran tan insolentes como su juventud, y su mirada taladraba los espejos. Su tez morena y su pelo lacio eran imposibles de ser ignorados cada vez que la veía.

Un poco por todo eso, y otro poco por su situación en la oficina, me acerqué para hablarle en un tono más cercano que el habitual de un jefe para con su empleada.

Quizás fui paternal, o tal vez, fui algo *baboso*. Pero ella correspondió con simpatía mi acercamiento, el que fue interrumpido por el timbre chillón del teléfono.

Atendí allí mismo, parado detrás de mi empleada, que permaneció sentada sin moverse. Era una de esas clientas que sólo llaman los viernes al atardecer, para hacer siempre las mismas preguntas.

Mientras la Señora Cantizano descargaba en mis oídos su neurótica ansiedad, mis ojos se entretenían con las rodillas de Valeria.

Ella lo advirtió. En un momento en que mi mirada enfocó sus ojos, me choqué con la suya, lacerante y provocativa.

Intenté retomar el hilo de lo que hablaba con mi locuaz clienta. Mientras buscaba en la moldura del techo algún dato que mi memoria olvidaba, sentí que sin decir *agua va*, Valeria apoyaba su pequeña mano derecha sobre mi órgano más importante.

Mientras luchaba con mi perplejidad y las obsesivas preguntas de mi clienta, Valeria acariciaba con suavidad extrema mi músculo viril, que comenzaba a desplegar su envergadura máxima.

Con delicadeza, mi fiel empleada bajó el cierre del pantalón. *¿A usted le parece, doctor...?* me decía indignada mi clienta.

Los delgados dedos de Valeria sacaron afuera al pequeño gigante. La punta de su lengua, con la precisión de un relojero, recorrió varias veces la longitud de mi miembro enloquecido.

Mi clienta me intimaba a que le diera respuestas más asertivas. Yo contenía mis susurros. Más de un *siíí...* fue interpretado por la anciana como un asentimiento a sus ideas, lo que aparentemente la tranquilizó, ya que se despidió amablemente y me deseó buen fin de semana.

El tubo del teléfono lo dejé caer sobre el escritorio de Valeria, pero ésta –sin sacar mi pene de entre sus fauces- lo acomodó prolijamente para cortar la llamada.

El rouge de sus labios carnosos se iba desdibujando con cada succión. Mi miembro estaba por estallar. Mi voz se quebraba entre jadeos y mis pantorrillas se golpeaban entre sí, en medio de la tensión y el placer prohibido.

Un torrente de semen se derramó quién sabe dónde. Mis piernas se aflojaron, y un vacío interior descendió hacia mis tobillos.

Mientras con su lengua repasaba las rémoras de mi producción, sobre mi pene aún conmocionado, me miró con una sonrisa inocente y pícara a la vez. Su mirada me decía *¿viste que no soy tan inútil...?*

Los viernes siguientes fueron similares. Siempre en la oficina, pero dentro de mi despacho. Nuestros encuentros fueron en el piso moquetado, sobre mi escritorio, parados frente a la pared, o sentado en mi sillón con su delgada desnudez encima mía. Los viernes pasaron a ser un vicio irresistible.

Una de esas tardes, mi socia volvió sin avisar. Con prudencia, no ingresó a mi despacho, pero sé que oyó todo.

Así no podíamos seguir. El trabajo no salía, y el clima en la oficina se había vuelto agobiante. Cada vez que me hablaba, no podía escucharla con atención. Ella tenía que irse.

Aquel lunes hable con mi socia. Le costó entender, pero finalmente accedió a disolver la sociedad. Ese viernes, ya no hubo riesgos de encuentros

inesperados.

## La alumna

Se acercaba fin de año. Entre el calor y las ganas de que éste terminara cuanto antes, el trato entre los alumnos y yo se fue haciendo más relajado.

El colegio era un típico establecimiento católico del norte de la ciudad, con rígidas pautas de convivencia, y una línea de represión de todas las manifestaciones juveniles.

De mala gana, las autoridades habían aceptado el carácter de establecimiento mixto pocos años antes. Esta era la primera camada de varones y mujeres que llegaban juntos al quinto año.

El grupo era desigual. Los varones en general eran atorrantes, gritones y desordenados, aunque con mucha inteligencia práctica.

Las chicas eran en su mayoría aplicadas, charlatanas y con tendencia a ahogarse dentro de pequeños vasos de agua.

Entre ellas se destacaba Bárbara, una corpulenta morocha de ojos verdes, muy segura de sí misma, y con pocos lazos con el resto del grupo.

Sus participaciones en clase eran certeras y cuestionadoras, reflejando un nivel de inquietud y madurez superior al de sus pares.

La estrecha relación de mi materia con la que sería su carrera universitaria originó que fuese habitual que nos quedásemos conversando fuera de hora, a pedido siempre de ella.

Un par de consultas que se prestaban a ambiguas interpretaciones me llamaron la atención. Pero a medida que llegaba el fin del ciclo lectivo, sus preguntas eran cada vez más directas.

En los momentos en que quedábamos solos, abandonaba el *usted*, y en forma casi imperceptible me tuteaba, inquiriéndome si era casado, cuántos años tenía y cómo era mi vida personal.

En medio del acto de fin de año, Bárbara me preguntó si tenía algún inconveniente en recibirla en mi casa, para orientarla sobre asuntos universitarios.

La cité una tórrida tarde-noche de mediados de diciembre. Yo ya no era su profesor, ni ella mi alumna.

Llegó puntualmente, con un descolorido jean ajustado, y una musculosa verde esmeralda, que combinaba muy bien con sus ojos y su tez mate.

De su cuerpo, sólo conocía sus piernas que dejaba ver la breve pollera cuadrillé de su uniforme azul marino.

Esta vez, con su rostro ligeramente maquillado, su pelo suelto y las formas de su cuerpo destacadas por su ajustada vestimenta *basic*, tenía delante de mí –ni más ni menos- que a una mujer.

Tomamos un par de cafés, y hablamos de varios temas, pero había cierta tensión entre ambos. Nuestras miradas no lograban fijarse entre sí por mucho más de un instante. Sonreíamos nerviosamente, y nos sentíamos torpes e incómodos.

Se paró para observar de cerca mi biblioteca. Yo permanecí sentado, admirando su imagen posterior. Jamás la había visto así.

Las mujeres –aún las más jóvenes- en estas ocasiones tienen ojos en la espalda. Ello *vio* que yo la miraba distinto. Se dio vuelta, y en silencio sostuvimos nuestras miradas por segundos cargados de mensajes recíprocos.

Me incorporé lentamente, y me acerqué hacia ella. Pensé *que sea lo que Dios quiera...*, y con toda la ternura que jamás nadie había sabido despertar, puse la palma de mi mano sobre su cara, y la acaricié con suavidad.

Ella cerró sus ojos, y dejó entreabierta su boca. Interrumpí su suspiro apoyando mis húmedos labios veinte años más antiguos sobre los suyos. Nos dimos un largo beso, en el que se fundieron nuestras lenguas y nuestras almas.

Nos abrazamos con la fuerza necesaria para quebrar una viga de hierro, sintiendo que nuestros cuerpos se integraban centímetro a centímetro.

Puse mi mano sobre uno de sus prepotentes pechos, mientras ella desabrochaba mi camisa. El peso de la pasión nos echó sobre el sillón crema del living, sobre el que en pocos minutos más, nos hallábamos totalmente

desnudos.

Yo me arrodillé detrás de ella, y la penetré como lo hacen los cuadrúpedos. Nuestros gritos se oyeron por los pasillos consorciales, mientras duró nuestro intenso acople.

Luego del orgasmo agitado, abracé su cintura transpirada de locura y besé con suspiros su espalda y su nuca. Me sentía victorioso. Había derrotado al tiempo, a la decadencia, a la mediocridad y al tedio.

Nunca supe por qué yo le atraía. Sólo supe que era así. Nos seguimos encontrando, y nuestros momentos en común fueron siempre hondamente vertiginosos. Afuera de las sábanas, nuestros horizontes se volvían a bifurcar, y éramos otra vez, una jovencita y un hombre veinte años mayor.

## La profesional

Dicen los que recurren al servicio profesional por un pequeño rato de sexo, que es difícil que se busque tan sólo canalizar a través de él, los impulsos más básicos. También se busca compañía, alguien con quien conversar, y por qué no, un poco de cariño y comprensión.

Lucía era una veterana de la profesión y de la vida. En su rostro mitad moro, mitad indio, el tiempo había tallado medio siglo de traiciones masculinas, maternidades adolescentes, privaciones materiales y largas noches de whisky.

Una berruga estratégicamente ubicada cerca de su labio superior, lejos de afearla, le daba carácter a su semblante.

Hablaba con acento bonaerense o santafecino. Apenas me vio, quizás como parte de su *marketing*, comenzó a piropearme.

Su desnudez era atractiva, y su figura, delineada, manteniendo a pesar del paso del tiempo su forma de guitarra. Apenas una leve redondez en su vientre la separaba de la perfección.

Sus pechos eran apetecibles como frutos que caen de maduros. Su espacio genital revelaba un cuidado obsesivo, como quien guarda del más frágil de los tesoros. La pilosidad vaginal, la había cortado casi al ras. Ninguna imperfección poblaba su epidermis, y un delicado perfume aromaba su triángulo esencial.

Yo estaba en uno de esos días de abulia en que no tenía disposición para hacer el más mínimo esfuerzo, tras salir de una agotadora reunión de trabajo.

Lucía desarrolló su tarea con abnegación, prodigándose como una obrera leal en cada caricia, beso o succión. Lamió la íntegra superficie de mi cuerpo con obstinada delicadeza.

Me sorprendió al darme un beso de zaguán. Jamás las profesionales besan en la boca. Algunas lo reservan para el hombre amado, y otras se abstienen por razones de higiene.



Lucía se entregó entera en ese beso. Todas sus colegas fingen placer, pero por un instante, fantaseé que ella no lo hacía. En medio de esa ilusión, ella comenzó a jugar agitadamente con mi órgano. Al rato, tomó mi mano izquierda, y la introdujo compulsivamente dentro de su vagina.

La misma estaba bañada por un mar de excitación. Nunca había sentido sentir tanto a una trabajadora del sexo. Sus gemidos empezaban a ser verosímiles. Puse mi oreja sobre su corazón, y éste galopaba desenfrenadamente.

¿Qué había hecho yo para llegar a esto? Quién lo sabe. Lucía ya había cobrado su arancel, pero era la que se estaba llevando la parte más sabrosa del encuentro.

Se subió arriba mío, y abrigó con su vagina chorreante mi pene tan erecto como perplejo. Gritamos juntos y acabamos rítmicamente como si nuestros cuerpos se conocieran de otra vida.

Mojada de sudor y de placer, me miró con una sonrisa iluminada por la felicidad y por un leve haz de luz que entraba por una hendidura de la persiana rota. A media voz –de esa voz de whisky y cigarros- me dijo *...mi amor, vení cuando quieras...*

Se acurrucó sobre mi pecho, y me relató detalles de su vida. Su hijo adolescente no sabía de su verdadero trabajo. Creía que cuidaba una anciana enferma...

Cada vez que me miraba a los ojos me hacía temblar. Me repitió diez veces que volviera, aunque me pareciera que estaba loca. Obviamente, no me devolvió el dinero. Era bien ganado con el sudor de su frente y de sus genitales. Es cierto que disfrutó mucho de su trabajo, pero ello no es un pecado contra Dios, sino una de sus mayores bendiciones.

Volví muchas veces. Los encuentros fueron gratuitos y muy placenteros. Terminábamos tomando mate y hablando de las cosas de la vida.

Un tiempo estuve sin ir. Cuando volví, me encontré con un cartel de una inmobiliaria sobre el balcón. Le pregunté al insoportable portero del edificio si sabía algo, quien me contestó enigmático y fulminante:

*Tuviste suerte, pibe. Mejor no te juntés más con esa mina. Es por tu bien....*

Drogas, mafias, traiciones...no sé por qué me convenía alejarme de Lucía. En el diario, la creciente publicación de avisos hacía imposible localizarla. Ni ella ni yo sabíamos dónde buscarnos.

Pocas veces me apareé tan bien con alguien. Quizás a Lucía le haya ocurrido lo mismo. Fue una historia insólita en la que el destino –a través de un desencuentro- puso las cosas en su aburrido lugar.

## La amiga de mi mujer

Diana lo era, a la vez que mi clienta. Una vez llegó a mi oficina, para conversar sobre un tema que me requería como profesional.

Cuando venía por esos motivos, terminábamos siempre hablando de bueyes perdidos. La charla solía ser agradable para los dos.

Ultimamente, el tono de nuestras conversaciones se había vuelto más íntimo, tocando temas personales, y hablando a menudo de nuestras respectivas parejas.

Esa tarde, se despachó con una confesión impresionante:

- *Ricardo tiene un problema neurológico*
- *Ah, sí ¿qué le pasa?*
- *No sé, le afecta el funcionamiento de algunos órganos*
- *Uy, qué problema*
- *No tiene erecciones*
- *.....*
- *No podemos hacer el amor desde hace un mes, porque.....porque no se le para. Además, perdió las ganas, se pone nervioso, qué se yo. Quizás, ya no le gusta. Estoy muy mal por todo esto*

Farfullé algún comentario intrascendente, sin saber qué decir o hacer. ¿Me estaba dando un mensaje? ¿Se lo había contado a otras personas? Preferí cambiar de tema, pero el clima ya estaba enrarecido.

Mirándola bien, era atractiva. Su rostro no era bello, pero su cuerpo era armónico. Ese verano, la había visto en malla, y francamente, me costó mirarla a los ojos.

Cuando la acompañé hasta la puerta, nos quedamos un largo minuto en

silencio, parados el uno frente al otro, mirándonos fijamente.

Sin convicción, tomé su mano, y me acerqué a su boca extremadamente despacio, dándole tiempo a que me rechazara. Sus labios temblaban, y tras ellos, podía verse su lengua, inquieta y ansiosa.

Nos besamos con miedo. Con el paso de los segundos, fuimos entregándonos. Nuestras respiraciones se encimaron, y nuestras pelvis se soldaron en la eternidad.

Como siameses, caminamos con torpeza hacia el escritorio. De un manotazo, desalojé de él todos mis papeles y útiles de librería. Nos acostamos sobre su parte superior.

Uno desabrochó el pantalón del otro. Calcé como pude un solitario preservativo que encontré en el cajón de los sellos, y la penetré con cierta violencia, que a ella le pareció mágica.

Sus gemidos desgarraban. Al llegar al orgasmo, clavó sus uñas en mi cuello, y los músculos de su bajo vientre se golpeaban como castañuelas.

Nos volvimos a mirar en silencio durante un largo minuto. Sin hablar, nos vestimos y ordenamos algo el escritorio. Me dio un beso en la mejilla y se fue.

Tres días más tarde, mi mujer me dijo que Diana nos invitaba a su casa, para cenar juntos *los cuatro*. Allí fuimos.

A la mesa, los varones nos sentamos enfrentados, con nuestras mujeres a nuestra derecha.

Diana introdujo su pie desnudo varias veces dentro de mi botamanga. Se había vestido provocativa como nunca. Reiteradamente, trató a su marido en forma desconsiderada. Hablamos tonterías todo el tiempo.

Antes del café, quedé a solas con Ricardo, de quien no me consideraba amigo. Por lo bajo, me hizo otra confesión:

- *No sabés la pendeja que me estoy culeando...*

- *¿Ah sí?*

- *Trabaja conmigo desde hace un mes. No sabés...es una bestia. Llego hecho un trapo a casa. A la bruja igual le cumplo, eh? Pero no es lo mismo....*

Quizás los dos me mintieron, pero me sentí en medio de un problema.

Las mujeres trajeron el café. *Este es para vos* dijo Diana, sin darme opción a otra cosa.

Ricardo empezó a bostezar. Pidió disculpas, y se fue a dormir. *¿vamos al sillón?* invitó mi mujer, y al rato, yacía fulminada sobre sus mullidos almohadones.

Diana y yo nos fuimos a la pieza de servicio, vacía por el franco de su doméstica. Casi sin desvestirnos, iniciamos un feroz intercambio de besos y manoseos. Todo fue relampagueante, aun el coito. No gritamos, y nuestros movimientos fueron nerviosos y atolondrados. Igualmente, saboreamos juntos el dulce placer de lo prohibido.

Preferí no verla por un tiempo. Nos encontramos casi un año después, en el bautismo de su bebé recién nacido.

## La monjita

La vigilia de Pentecostés era una ocasión para pasar la noche todos juntos. Ellas y nosotros. A esa edad, estábamos todos un poco alterados. Igual que ahora.

En el ámbito parroquial, la histeria entre los jóvenes de ambos sexos estaba a la orden del día. Había mucha seducción y *chichoneo*, y pocas concreciones efectivas. Quizás la culpa, la represión y cierto mensaje de desprecio por el placer y el autoconocimiento corporal, condicionaban la vida sexual de jóvenes como nosotros, más aún en esos duros años.

Habíamos pasado la noche tomando mate, cantando canciones del estilo de *Dulce doncella* o *Sólo le pido a Dios*. Un carismático seminarista tocaba la guitarra, sintiéndose Joan Manuel Serrat o Palito Ortega, según se lo mirara.

Entre las monjitas se destacaba por su juventud Mariángeles, una entrerriana de voz muy dulce y preciosos ojos azules. Teníamos onda, y esa noche hablamos mucho. Eramos casi de la misma edad, y si bien nuestras historias eran diferentes, encontrábamos puntos en común permanentemente.

Las otras no tenían temas de conversación fuera de los sacramentos o las parábolas, pero Mariángeles sabía de música, de literatura, de cine y hasta se animaba a la política, en tiempos en que pocos lo hacían.

Era *fana* de Charly García, leía a Borges y a Cortázar; había visto todas las películas de Woody Allen, y dentro de su placard, tenía una foto de Evita color sepia, con los cabellos al viento y su rostro lozano iluminado por el sol y su amplia sonrisa.

Mariángeles escapaba al modelo clásico de monja. Pensaba con libertad, lo que generaba desconfianza en alguna de sus superiores. Se dirigía sin prejuicios a los varones, usaran o no sotana.

Esa noche de vigilia nos conocimos profundamente. Hablamos con confianza y sinceridad de nuestras cosas más íntimas. Lamenté varias veces, que entre ambos se interpusiera un hábito y un voto de castidad.

Cuando llegó la misa del domingo, a pesar de estar cansados, no nos

queríamos despedir. Ello fue imposible de evitar, pues Mariángeles también quería ver por unas horas a su familia.

Nos volvimos a ver el sábado siguiente. Una de las chicas del grupo juvenil de la parroquia hacía una reunión en la casa para festejar su cumpleaños. Fueron el cura, el diácono y las monjitas. Todos ellos, menos Mariángeles, se retiraron a las once de la noche.

Después de las doce, se armó el baile. Nadie se animaba a sacar a la monja. Yo me dije *¿por qué no?*, y le extendí mi mano. Ella me sonrió con una dulzura arrolladora y salió a bailar.

Yo estaba demasiado metejoneado con Mariángeles como para percibir la ridiculez del cuadro. Al transpirar, se sacó la cofia y quedó –por primera vez– su rubia y corta cabellera al descubierto. *¿Qué pasa?* me preguntó al percibir que la miraba cada vez más embobado.

A eso de las cinco, todos se empezaron a retirar. Yo quería irme con ella. Me dijo que no sabía dónde ir, porque a esa hora por la parroquia no podía aparecer.

La invité a mi casa, y que durmiera en mi cama. Obviamente, yo lo haría en el living. Para mis padres, una vez superada la sorpresa inicial, no habría objeción alguna. Ellos conocían a Mariángeles, y después de todo, era una monjita...

Llegamos a casa, y sin hacer ruido, la acompañé hasta mi habitación. Mientras ella se cambiaba, fui a la cocina a preparar unos mates.

Cuando volví, estaba dentro de mi cama envuelta dentro de una de mis remeras, con el pelo revuelto y el hábito tirado en el piso.

Cerré la puerta de la habitación, pedí perdón a Dios por anticipado, y me acerqué a Mariángeles más de lo necesario. Tomamos dos o tres mates, sin dejar de mirarnos a los ojos, y sin decirnos palabra.

Una orden dada desde el más allá nos encendió en un instante. Nos besamos como poseídos, y sin hacer ruido, nos acariciamos con salvajismo. Nos queríamos comer el uno al otro en cada beso, y nuestras pieles desnudas llegaban a una temperatura apta para fundir un hierro.

Tras apagar la luz, la penetré agitadamente. Para no gritar, ella estrujó mis

orejas, y cruzó sus piernas por detrás de mí.

No sentimos nada de culpa. Hubiésemos preferido seguir toda la mañana, pero tras unos minutos de caricias posorgásmicas, preferí irme a dormir al living.

A la mañana, la visita causó sorpresa. A mi madre le cayó bien y no sospechó nada, pero al viejo le quedó el *entripado*.

Dos noches después, fuimos con Mariángeles a un albergue transitorio. Allí nos desatamos del todo. Los espejos, el jacuzzi y la atmósfera de sensualidad le dieron libertad a nuestros instintos, y nos entregamos con locura.

No podíamos dejar de tocarnos. Nos quedamos toda la noche en el *telo*, y no necesitamos ver un solo minuto de cine *porno* para estimularnos. Bastaba con mirarnos.

Mariángeles ya había hecho los votos, por lo que estaba en problemas, al menos de conciencia.

Si seguía con la relación, tenía que dejar su actividad pastoral, que incluía visitas a enfermos y ayuda a chicos indigentes.

Si optaba por su vocación, teníamos que dejar de vernos *ipso- facto*, y sin términos medios. El solo compartir una guitarreada entre veinte muchachos podía encendernos de nuevo.

Ella eligió. Tuve que dejar de ir a la Parroquia, y nunca volvimos a vernos. Sé que anda por la Provincia, llevando el consuelo de la palabra de Dios y de algunas ayudas materiales a los pobres de la zona.

Sé que nunca más volvió a permitirse bailar un rato, ni disfrutar de una película, ni ningún otro acto que la acercara al mundo de los que no quieren morir célibes.

Menos aún, permitió que otro varón conociera el rubio color de su pelo.



## Las hermanas

Dolores era rubia, de modales finos y pocas palabras. Rara vez sonreía. Luchaba agriamente contra su tendencia a engordar y era amiga de la ley del menor esfuerzo. Vestía de gris, y siempre lograba que se hiciera lo que ella quería.

Angela era morocha, muy delgada y conversadora. Lloraba a sollozos, y reía a carcajadas. Hablaba con las manos y disfrutaba de bailar y hacer deportes. Ninguna decisión importante la tomaba sin la aprobación de Dolores.

Finalmente, habíamos llegado a un acuerdo. Ellas vivían con sus soledades en una inmensa casona de Palermo Viejo. El esplendor de la familia era un recuerdo lejano.

Ellas se quedarían con el piso de arriba, que a las dos les resultaba más que suficiente para sus sombrías vidas de solteras cuarentonas. A mí me quedaba la planta baja y el jardín, para desarrollar un *pub*, que funcionaría por las noches.

Todo salió bien en el negocio. Con ellas no tenía casi contacto. El cánón mensual se lo pagaba a Dolores, con quien no intercambiaba más que unas pocas palabras.

Una tarde fui a pagar, y me atendió Angela. Dolores estaba en la cama, afectada por una úlcera. Nos quedamos charlando como una hora entre risas y anécdotas jugosas. La invité a bajar al pub esa noche.

Así lo hizo. *Dolores se quedó dormida...* me dijo con tranquilidad de conciencia. Bailamos, bebimos, y nos divertimos hasta las seis de la mañana. Cuando se estaba por despedir, la abracé y la besé sin pedirle permiso.

Al principio parecía resistirse algo, pero con los minutos se fue encendiendo. Introdujo con agitación su mano izquierda en mi zona crítica y tomó mi miembro como lo hace un recién graduado con su diploma. Me hizo estallar. Al rato, la desnudé, sacándole la ropa a los tirones.

La subí al mostrador de madera y allí la monté de un salto. En la locura, no pude evitar que su cabeza golpeará un par de veces contra la *chopera* de Quilmes.

El sabor del encuentro fue profundo y difícil de repetir. Lo intentamos varias veces más en la pieza del encargado, en el sótano y en un imponente albergue transitorio de Constitución.

Al mes siguiente, el cánon me lo volvió a cobrar Dolores, quien no me dirigió la palabra. Cuando me despedí, me dijo – enigmática- que me esperaba al día siguiente a las ocho de la noche. *Tengo algo para mostrarte*, fue lo único que me anticipó.

Con curiosidad, allí estuve cinco minutos antes de lo pactado. Me llevó hasta su habitación. Al abrir la puerta, el ámbito del lúgubre cuarto estaba teñido por una única luz azul. En medio de la cama matrimonial, con cabecera de bronce sin lustre, estaba Angela, desnuda y con la mirada perdida.

*Sentate*, me dijo dominante Dolores, señalándome un sillón Luis XVI con el asiento vencido.

Dolores se sacó su ropa gris, y también quedó desnuda, con su pálido cuerpo bañado de azul. Le hizo un gesto a Angela, y ésta empezó a acariciarla. Se besaron en la boca, primero con dulzura, y luego con desesperación. Luego, las hermanas se lamieron la una a la otra por todos los centímetros de sus cuerpos.

Angela era más activa y enloquecía succionando los pezones de su hermana mayor. Dolores daba órdenes permanentemente, que Angela obedecía con tanta sumisión como agrado.

Luego se entrecruzaron, y mutuamente degustaron sus vaginas. La escena fue larga, y sus gemidos ensordecían.

Dolores me hizo un gesto para que me sumara a la *troika*. Me desnudé, y me acerqué excitado al cien por ciento. Dolores se abalanzó sobre mi boca, y Angela sobre mi pene para acariciarlo con sus labios. Repentinamente, Dolores desalojó a su hermana, y se sentó sobre mi miembro, y me cabalgó hasta llegar al clímax. Angela observaba sentada mientras introducía su índice zurdo en su húmeda cavidad. Su mirada estaba clavada en nosotros pero su mente había viajado miles de kilómetros.

Lo repetimos varias veces, intercambiando roles, siempre cuando lo ordenaba Dolores. Ellas no me exigían nada, y parecían disfrutar de cada encuentro.

Un sábado a la tarde llegué a la casa dispuesto a preparar todo para la noche. Un patrullero de la Federal estaba en la puerta.

*¿Tiene llaves del piso de arriba?* me preguntó uno de los policías. Intrigado, dije que no, pero me quedé con ellos, sin animarme a preguntar qué pasaba.

Con la intervención de un cerrajero, entramos a la unidad. Caminamos hasta la habitación de la fraternal pareja. La puerta se veía entreabierta, y la luz azul se escapaba pálida.

Un charco de sangre alfombraba el piso de pinotea. Los dos cuerpos desnudos yacían sobre aquél. La mano izquierda de Angela todavía apretaba un revólver, de la misma forma que un recién graduado lo hace con su diploma.

## La paciente

Un poco por presión familiar, y otro poco por propias indecisiones, estudié medicina. Tardé casi tres lustros en recibirme, y unos cuantos años en ser hallado por mi especialidad.

Un amigo de mi padre estaba ya algo cansado de más de cincuenta años de profesión. Tenía una *clientela* calificada y voluminosa, y necesitaba un profesional joven, y con disposición a quedarse hasta tarde atendiendo a sus pacientes. Todas mujeres.

Me incorporé a su consultorio de ginecología, como su hombre de confianza. Ganarme la de las pacientes no fue fácil. De muchas de ellas, conocía secretos que sus maridos ya habían olvidado.

Una noche de verano, entre la Navidad y el Año Nuevo, atendí a una extraña mujer que llegaba al consultorio por primera vez.

Era flaca, pálida, de unos treinta y pico de años, con el pelo ensortijado y anteojos parecidos a los que usaba Arturo Frondizi, pero de color azul eléctrico. Cargaba una bolsa de polietileno con una decena de libros. De su largo y angosto cuello, pendían los auriculares de un *walk-man*, que puestos en su máximo volumen, permitían escuchar un gangoso cassette de música *country*.

Vestía una túnica –tal vez hindú– sandalias y una mochila con aires humahuaqueños le servía de cartera. Ni una gota de maquillaje adornaba su cara, que no era un canto a la belleza, por cierto. Pero tenía *algo*.

Me tuteó de entrada, cosa rara en pacientes primerizas, y se ubicó con toda soltura y sin esperar mis indicaciones en la silla especial que tenemos los ginecólogos para practicar las revisiones.

Se levantó la túnica y se bajó la bombacha sin ningún pudor, como si nos conociéramos de toda la vida. Abrió sus piernas antes de que yo se lo pidiera, para introducir en su vagina mi espéculo.

Mientras la revisaba, veía que en sus muslos se le ponía la *piel de gallina*, pero eso es más o menos normal en ciertos casos. Cuando levanté la cabeza, ví que tenía los ojos cerrados y una media sonrisa dibujada en su ancha boca.

*Voy a hacerte tacto*, le dije con profesionalidad. *Dale..* fue su respuesta entusiasta, mientras ella misma, con sus largos y finos dedos, abría los labios vaginales.

Tardé más de lo normal en enguantarme las manos, como si sospechara que algo inédito iba a ocurrir. Introduje mis dedos índice y mayor lo más estrechamente unidos posible, de manera cuidadosa y muy lenta.

Apenas había traspuesto medio centímetro de falange, ella inspiró por su nariz una tonelada de aire. Me detuve *¿estás bien? ¿sigo?* le pregunté ya algo nervioso. *Seguí, seguí ...* me repitió con tono suplicante.

Fui avanzando en mi búsqueda científica, a la par que su ritmo respiratorio se aceleraba, y sus exhalaciones pasaban a ser suspiros electrizantes.

Giselle era la última paciente de la noche. Estábamos solos en el consultorio. Si alguien llamaba, el contestador automático sería mi eficaz secretaria. La ocasión me estaba llamando...

Siempre muy lentamente, comencé a recorrer con mis dedos los rincones de su fémina cavidad. Por ese entonces, ya gritaba sin prejuicios, mientras notaba que sus músculos se ponían tensos.

En medio de estas gestiones, con su dedo mayor se empezó a acariciar el clítoris, con giros de izquierda a derecha y viceversa, en forma alternada.

Con mis dedos, llegué hasta los confines de su anfractuosidad, cada vez más húmeda. Sus ayes retumbaban en mis tímpanos y en mi piel.

*¿Te gusta..?* le pregunté esperando su obvia confirmación. *No parés, no parés ...* me decía después de morderse los labios.

A esa altura, yo ya no tenía nada que ver con la ciencia, y estaba excitándome casi a la par de mi paciente. Con la mano izquierda me toqué mi miembro, y éste estaba alistado como el más valiente de los soldados a punto de entrar en combate. Igual lo acaricié con cariño unas quince veces.

Con la misma mano torpe me bajé los pantalones y los calzoncillos de una sola vez, y busqué algún preservativo que por milagro estuviera cerca. Ella misma –con la voz entrecortada- me señaló su mochila puneña, y me indicó

que allí había lo que buscaba.

Cambié de mano, para llegar sin interrumpir la operación; con los dientes, me saqué el guante de látex, y tomé uno de los pequeños productos fabricados con el mismo material. También con los dientes abrí el envoltorio, escupí el resto que me quedó entre los labios, y enfundé dentro de aquél a mi órgano. Todo ello, mientras continuaba con la otra mano la tarea con mi paciente. Todo era muy incómodo, pero yo no me daba cuenta.

La posición de Giselle en la silla daba perfecta para que la penetrara parado. Así lo hice, sosteniéndola a ella y a la silla ginecológica con ambos brazos.

Los dos desbordamos de gritos, y llegamos al paroxismo al unísono. Después nos miramos, con la respiración aún agitada y las ropas desordenadas, sin decirnos nada por minutos.

*¿Cuándo vuelvo, doctor?* Me preguntó con irónica complicidad. *Usted necesita terapia intensiva...* le dije en el mismo tono.

Salimos de mi consultorio, y me disponía a acompañarla hasta la puerta para despedirla, cuando ví algo que me heló la sangre:

Sentadita en el sillón de la recepción, una tradicional paciente del consultorio, la septuagenaria Sra. de Gómez Tellado me miraba socarrona.

*Estaba en el baño cuando pasó esta chica y se fue la secretaria...Doctor, ¿ahora me toca a mí, verdad....?*



# MARIANO ROVATTI

Nació en Mar del Plata  
en 1964.

Abogado, coach ontológico,  
docente, escritor y  
comunicador social

Libros publicados:

*Historia Argentina Contemporánea 2007-1943 de Kirchner a Perón* (2011) Ensayo

*Besos de sangre* (2014) Novela corta histórica

[www.marianorovatti.com.ar](http://www.marianorovatti.com.ar)

## ***Fantasías inconfesables***

Cuentos escritos entre 2002 y 2018.

Textos que incluyen historias, sublimaciones y fantasías.

El amor, la soledad, el poder y el erotismo percibido desde diferentes formas de sentir.

Aventuras que suceden en la literatura, territorio libre de prejuicios, reglas morales y sanos comportamientos.